

HARLEQUIN®

Deseo®

UN SENTIMIENTO ESPECIAL

Kristi Gold

385 ptas. / 2,31 e - Argentina: $2,70 - México: $12,00

Un sentimiento especial

Kristi Gold

1º Hombres para conservar

Un sentimiento especial (2001)
Título Original: Cowboy for keeps (2000)
Serie: 1º Hombres para conservar
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: Deseo 1002
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Will Baker y Dana Landry

Argumento:

Para Dana Landry, Will Baker tenía un aspecto tan salvaje como un tornado de Texas. Y a pesar de su recelosa actitud hacia los hombres, se sentía hechizada por él. Aquellos hoyuelos de sus mejillas y el pelo rubio como el oro le daban el encanto de un niño, aunque el brillo de sus ojos era el de todo un hombre.

El problema estaba en que con aquel vaquero errante nunca podría ver hecho realidad su sueño de volver a casarse y formar una familia. Y en cuanto ella consiguiera derribar las barreras que protegían su corazón, iba a desear salir huyendo otra vez.

Aunque en aquella ocasión, no iba a resultarle tan fácil…

Capítulo 1

Cuando Dana Landry alcanzó a hija en el interior del establo, su primera reacción fue de alivio. La segunda fue algo más desconcertante: una respuesta definitivamente femenina al ver al hombre que estaba acuclillado frente a su hija de ocho años, manteniendo una animada conversación con ella.

Callie había encontrado un vaquero. Pero no era un simple vaquero. Se trataba de un vaquero de hombros anchos y perfecto perfil que exudaba fuerza por cada uno de los poros de su piel. Sus vaqueros acentuaban sus atributos masculinos, de manera que, a pesar de la cautelosa actitud de Dana hacia los hombres, era absolutamente imposible no notarlos.

Se suponía que al darse cuenta de que su hija estaba a salvo, su pulso debería haber recuperado la normalidad. Pero no había sido así. Y todo por culpa de aquel hombre.

Y no por que pareciera peligroso, que no lo parecía en absoluto. Y tampoco porque Callie habitualmente no hablara. De hecho, si Callie nunca hablaba con desconocidos era porque ellos rara vez le respondían.

Pero aquel hombre sí lo hacía. De hecho, parecía encantado de poder hablar con Callie. Una sonrisa iluminaba su atractivo rostro. Y era una sonrisa sincera, no la habitual sonrisa de compasión que su hija despertaba.

Y Callie estaba pendiente de cada una de sus palabras. O quizá fuera mejor decir de cada uno de sus gestos.

Porque Callie era sorda.

El vaquero le hablaba con unas manos que parecían excesivamente grandes para comunicarse a un ritmo tan fluido. Pero de alguna manera, él conseguía convertir su conversación en un grácil baile de palabras.

Callie estaba cautivada. En su rostro de querubín se dibujaba una sonrisa y sus ojos brillaban mientras se concentraba en aquel discurso silencioso.

En cuanto salió de su hechizo, Dana caminó hacia la pareja, tomó a su hija por los hombros y le hizo volverse.

—Callie Renee Landry, no deberías haber entrado aquí sin mí.

El vaquero se levantó, haciéndole sentirse a Dana como una niña pequeña a su lado.

—Eh —comenzó a decir—, la niña está bien, solo quería echar un vistazo a los caballos.

El sonido de su voz sorprendió a Dana. Sin saber por qué, había asumido que él también era sordo.

—Lo siento, pero a mi hija le entusiasma meterse en problemas.

Dana bajó la mirada ante los incesantes golpecitos que Callie le estaba dando en la cadera. La niña la estaba mirando con el ceño fruncido. Dana, vocalizando exageradamente para que su hija pudiera comprenderla, la regañó:

—No deberías salir corriendo sin mí.

El hombre miró a Callie sonriente y le revolvió el pelo.

—Tu mamá tiene razón. No querrás que tenga que estar persiguiéndote por todo el establo, ¿verdad?

Movía las manos tan rápidamente mientras hablaba que Dana no habría conseguido comprenderlo si no lo hubiera oído. Ella era tan inepta para el lenguaje de signos como aquel hombre habilidoso. Callie parecía considerarlo además ingenioso y divertido, a juzgar por su silenciosa risa.

Callie deletreó algunas palabras y señaló al hombre.

—Lo siento, cariño —le dijo Dana—, tienes que hablar más despacio para que pueda comprenderte.

El vaquero se quitó el sombrero y le tendió la mano a Dana.

—Lo siento, he olvidado mis buenos modales. Me llamo Will Baker.

Su sonrisa marcó dos atractivos hoyuelos en sus mejillas y unos dientes blancos y perfectos resplandecieron en su bronceado rostro. Aquellos hoyuelos combinados con su pelo lacio y rubio le daban un aspecto encantadoramente infantil. Pero sus ojos, del color de la media noche, le proporcionaban un encanto absolutamente varonil.

Dana pestañeó dos veces.

—Oh, Will… —dijo, como si se tratara de alguien a quien de pronto hubiera reconocido. Rápidamente, se obligó a volver a la realidad y estrechó la mano que él le ofrecía. Una mano larga y fuerte—. Yo soy Dana Landry.

—Encantado de conocerla —su sonrisa se profundizó. Había algo en sus oscuros ojos que evocaba en Dana sentimientos que no se atrevía a reconocer. Su contacto le hizo consciente de lo pequeña que era su mano al lado de la suya.

Tras saludar a Dana, Will se arrodilló al lado de su hija.

—¿Quieres que vayamos alguna vez a montar en el viejo Pete?

La expresión de alegría de Callie fue más elocuente que cualquier palabra.

—Estupendo. Tendrás que decirle a tu mamá que te traiga pronto por aquí. ¿Y ahora quieres ir a despedirte de Pete?

Callie asintió con entusiasmo. Will se levantó, se colocó el sombrero y se dirigió con la niña hasta uno de los pesebres. Colocó un cubo en el suelo, subió allí a Callie para que pudiera ver al caballo. Se volvió entonces hacia Dana.

—¿Está recibiendo clases de equitación?

—Iba a apuntarla cuando se ha escapado.

—Oh, al verla con los pantalones de montar y el gorro he pensado que ya habría asistido a alguna clase.

—Ha montado alguna vez. Pero el traje era mío. Ha insistido en ponérselo.

—¿Entonces usted sabe montar?

—Hace mucho que no lo hago. Recibí algunas clases cuando tenía la edad de Callie, pero eso fue hace más de veinte años. Supongo que ya habré olvidado todo lo que aprendí.

Will le dirigió una turbadora sonrisa.

—Lo dudo.

Dana se cruzó de brazos, reprimiendo la necesidad de estirarse la falda. Aunque era suficientemente larga, la sensualidad de su mirada le hacía sentirse incómodamente expuesta ante él.

—La próxima vez que venga por aquí procure ponerse algo más informal. No me gustaría que se echara a perder una ropa tan elegante.

—Intentaré recordarlo —farfulló Dana. Alzó la mirada y vio a Will apoyado contra la puerta del establo, con los brazos cruzados sobre su pecho, revelando sus perfectos bíceps.

—¿Cuándo empezará a montar Callie? —preguntó. Dana se entretuvo quitando una brizna de paja de la falda, evitando así sus ojos y la absurda necesidad de mirarlos.

—El jueves, si todo sale bien.

—¿Por qué no iba a salir bien?

—Callie es… digamos que está llena de vida y parece que la equitación la tranquiliza. Pero aquí no tienen ningún curso específico para niños con necesidades especiales, de modo que no sé si encontrará algún problema.

Will miró a Callie, que continuaba acariciando al caballo.

—Lo hará estupendamente —dijo—. En cuanto a lo de estar llena de vida, no creo que eso tenga nada de malo.

La mayor parte de las veces no, pensó Dana. Pero aquel hombre no podía hacerse una idea del desafío que a veces representaba Callie.

—Me gustaría que aprendiera las cosas más básicas del estilo de montura inglés: caminar y trotar. ¿Usted es uno de los profesores?

—No, señora. Yo me dedico a entrenar caballos para los circuitos de rodeo.

Así que se trataba de un entrenador de caballos. Dana lo miró desilusionada. Para Callie habría sido una gran ventaja contar con alguien con quien pudiera comunicarse. Y, definitivamente, Dana también habría encontrado sus propias ventajas al poder verlo en acción.

—¿Se dedica a entrenar caballos a tiempo completo?

—También entreno al equipo de lazo. La confusión de Dana debió de mostrarse en su expresión porque rápidamente le aclaró:

—Es una especie de deporte. Dos vaqueros montados a caballo tienen que atrapar un novillo, uno le ata los cuernos y el otro las patas. Después tienes que arrastrarlo. El equipo que lo hace en menos tiempo gana.

A Dana le habría gustado preguntar qué sentido tenía hacerle algo así a un pobre animal, pero ya había demostrado su ignorancia suficientes veces aquella tarde, de modo que se limitó a decir:

—Qué curioso.

—En realidad, es bastante aburrido para quien no participa.

Will bajó a Callie del cubo y la colocó al lado de su madre.

—Será mejor que vayas con tu mamá para que pueda apuntarte a las clases de equitación —le pellizcó la nariz—. Y esta vez no salgas corriendo.

—Muchas gracias por haber cuidado de ella, señor Baker —le dijo Dana.

—De nada. Y llámame Will, por favor —se llevó la mano al borde del sombrero—. Hasta luego, señora Landry.

—Nada de señora, llámame Dana.

Callie se despidió de Will, agarró la mano de su madre y tiró de ella hacia la salida. Antes de marcharse, Dana se volvió hacia Will con intención de satisfacer su curiosidad.

—¿Dónde aprendiste el lenguaje de signos?

Una sombra de emoción, tristeza o quizá dolor, empañó la mirada de Will.

—De un miembro de mi familia —dijo, y se volvió, dejando a Dana con más curiosidad todavía.

Por alguna extraña razón, ansiaba saber algo más sobre aquel hombre. Estaba definitivamente intrigada.

Mientras Callie la arrastraba hacia la pista, sus pensamientos volvían hacia Will Baker y hacia su extraña reacción a su pregunta. Quizá tuviera un hijo sordo. Eso explicaría su facilidad para conversar con Callie. Aunque en realidad podía ser cualquiera de su familia. Quizá incluso su esposa, aunque no había visto que llevara alianza… Como si eso pudiera significar algo… Como si eso importara. Pero la verdad era que no podía dejar de pensar en sus ojos oscuros y en su sensual sonrisa. Caminó junto a Callie hasta el registro y ocupó su sitio al final de la cola.

Cuando llegaron a la mesa, Dana alzó la mirada y vio a Will reclinado contra la puerta del establo. Llevaba una soga enrollada al hombro; apoyaba una bota en la puerta del establo y hundía las manos en los bolsillos. Parecía recién salido del una película del Oeste. Era un hombre demasiado guapo para ser verdad. Un vaquero maravilloso que no era en absoluto su tipo. En el caso de que ella tuviera algún tipo.

—Le toca a usted, señora —le indicó la dama que estaba tras la mesa.

—Lo siento —musitó Dana, apartando la atención de Will y concentrándose en sus responsabilidades. Sin perder a Callie de vista, rellenó los formularios que le correspondía.

Callie permanecía a unos metros de ella junto a un niño que aparentaba unos nueve años. Aunque Dana deseaba que su hija encontrara pronto algún amigo, los miró preocupada.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el niño.

Callie vaciló un momento y deletreó su nombre.

—He dicho que cómo te llamas —repitió el niño.

Dana se acercó a Callie y posó la mano en su hombro.

—Se llama Callie.

—¿Y por qué no lo dice? ¿Es tonta o algo así?

—No puede entender lo que le dices si no le hablas despacio.

—Oh —el niño se encogió de hombros y se apartó. A Dana se le cayó el corazón a los pies al ver la expresión alicaída de su hija. ¿Qué pasaría por la mente de Callie cuando se daba cuenta de que no la aceptaban? ¿Hasta qué punto comprendería aquellas crueles injusticias de la vida? ¿La habría protegido excesivamente del mundo al meterla en un internado?

Dana todo lo había hecho por Callie. Pero todavía no había podido comunicarse del todo con su hija. Y no podía decirse que no lo hubiera intentado.

Fuera cual fuera el método de comunicación que se propusiera, Rob, su ex marido, siempre lo encontraba insatisfactorio. No le gustaba el lenguaje de signos porque decía que Callie se ponía en evidencia en público. No le gustaba el método oral porque no quería que Callie hablara: consideraba que lo hacía de una forma muy extraña. En realidad, lo que quería era una niña normal.

Sin embargo, Callie había aprendido a utilizar sus manos para hablar y sus ojos para comprender lo que otros decían. Desgraciadamente, había aprendido tan rápido que Dana todavía no había conseguido alcanzarla.

Como si quisiera decir que la perdonaba, Callie le dirigió a su madre una adorable sonrisa. Después alzó la mano y dobló los dedos corazón y anular, formando el signo del corazón con el que cada noche, antes de acostarse, le decía a su madre que la quería. Dana tragó saliva y le dijo con los labios que la quería. Callie la abrazó tan fuerte como si acabara de regalarle la luna.

Dana sintió que se le humedecían los ojos. No había absolutamente nada que no estuviera dispuesta a hacer por aquella niña. El lunes por la mañana pensaba reducir su horario en la empresa en la que trabajaba para poder pasar, al menos en verano, más tiempo con la niña. Y estaba completamente decidida a recibir clases de lenguaje de signos, aunque eso significara dormir y cobrar menos. Vendería su casa si hacía falta. Al fin y al cabo, nunca la había sentido verdaderamente suya. Era una casa en la que Rob había diseñado hasta el último detalle; una casa plagada de amargos recuerdos.

Sacudiendo su resentimiento, Dana levantó a Callie en brazos y giró con ella. Se sentía repentinamente animada, con energías suficientes para enfrentarse a cualquiera que se interpusiera en la felicidad de su hija, incluyendo a Rob. Costara lo que costara, iba a conseguir una vida mejor para Callie. Aquel día era solo el principio. Y, quizá pudiera convencer a Will Baker de que la ayudara.

El jueves por la tarde, Will reía para sí mientras observaba a la señora Landry salir de un carísimo coche. Evidentemente, la idea que ella tenía de la ropa informal no era exactamente la que él tenía en mente. Una blusa de seda sin mangas y unos pantalones negros del mismo material no eran el atuendo indicado para un picadero. Y eso no quería decir que no le quedaran bien. Mejor que bien. Diablos, aquella mujer estaría atractiva hasta con un saco de forraje… Su sexo se tensó al imaginárselo, pero inmediatamente puso freno a sus pensamientos.

Aquella mujer estaba fuera de su alcance. Probablemente había tenido una vida perfecta hasta que Dios le había hecho la jugarreta de darle una niña con problemas de audición.

Como si acabara de conjurarla con sus pensamientos, Callie salió corriendo de detrás de su madre. Sus travesuras le hicieron sonreír. No, a la pequeña Callie no le iba a bastar con aprender a andar y a trotar a caballo. Aquello la mantendría entretenida durante veinte minutos, después ya querría empezar a galopar.

Si fuera su hija, la enseñaría a tirar el lazo. O al menos a saltar obstáculos.

Pero no era suya. Y aquello no era asunto suyo. Callie dejó de

lado la puerta de la pista en la que estaban reunidos los alumnos y se dirigió hacia Will, moviendo las manos a la misma velocidad que sus pies. Cuando llegó hasta él, lo abrazó por la cintura.

—¡Guau! ¿A dónde vas tan rápido? La niña se llevó la mano a la sien y meneó dos dedos, como si fuera un caballo.

Dana se reunió en ese momento con ellos y señaló a Callie:

—Si vuelves a escaparte, este será tu último día dedicado a la equitación.

Callie miró a Will y pasó su dedo índice sobre su mano izquierda, indicándole que no había entendido lo que significaba «equitación».

—Equitación quiere decir montar a caballo. Y si no te portas bien, tu madre no te dejará hacerlo.

Callie asintió con el ceño fruncido, indicando que no le hacía ninguna gracia que la regañaran. Will no la culpaba. A él también le entraban a veces ganas de salir corriendo. Como en ese momento.

Le bastó mirar a Dana Landry a los ojos para que se extendiera por todo su cuerpo una inesperada oleada de calor.

—Callie está encantada contigo —le dijo Dana con una voz tan suave como su sonrisa.

Y él estaba encantado con la madre de Callie. No cabía duda de que aquella mujer era preciosa. Más que preciosa. Sexy. Y tenía verdadera clase. Era exactamente el tipo de mujer que él siempre evitaba. Pero algo le decía que no le iba a resultar fácil ignorar a Dana Landry.

Y en vez de salir corriendo cuando todavía estaba a tiempo de hacerlo, se descubrió a sí mismo diciendo.

—Ya que estoy aquí, voy a aprovechar para presentarte a la profesora de Callie.

Mientras caminaba hacia la pista, sintió los delgados y frágiles dedos de Callie deslizarse en la palma de su mano. El gesto lo sorprendió tanto que estuvo a punto de apartar la mano. Pero en

vez de eso, le sonrió. Mientras andaba, se preguntaba si aquella niña quería o necesitaba algo de él. Algo que él estaba seguro no podría darle. Aquel pensamiento le hizo sentirse incómodo. Casi tanto como le hacía sentirse Dana.

La miró de reojo. Ella no tenía la nariz cubierta de pecas, pero sus ojos eran del mismo color azul que los de su hija. Tenía el pelo castaño y lo llevaba peinado en una cola de caballo. Will se preguntó qué aspecto tendría con el pelo salvajemente suelto y revuelto tras haber pasado horas haciendo el amor.

Inmediatamente detuvo sus pensamientos. Era obvio que aquella mujer no tenía nada de salvaje.

Además, ni siquiera debería considerar la posibilidad de conocerla mejor. Por lo que él sabía, podía estar casada. Aunque teniendo en cuenta la conversación que habían mantenido en el establo, tenía la sensación de que no lo estaba. En cualquier caso, él estaba soltero y le gustaría seguir así. Sin ataduras, sin compromisos permanentes. Todavía no tenía ganas de sentar cabeza y probablemente no las tendría nunca.

Soledad y libertad, aquella era la vida que había elegido. Bueno, más o menos. En realidad había sido ese tipo de vida el que lo había elegido a él.

Se acercaron a Marge Golden, que permanecía cerca de la puerta de la pista, escuchando explicar a una mamá el talento de su pequeño Philip con una voz que resucitaría a un muerto. Will se echó a reír cuando Marge lo miró. Esta, fingiendo un ataque de tos, volvió la cabeza y elevó los ojos al cielo.

En cuanto la madre de Philip terminó su discurso, Will condujo a Callie y a Dana hacia Marge.

—*Madam,* esta es la niña de la que te hablé —le soltó la mano a Callie para hablarle—: Callie, esta es tu profesora, tú puedes llamarla Marge.

Marge se volvió hacia Dana y le explicó:

—Will es el único que me llama *madam,* como si lo que dirigiera fuera un negocio de dudosa reputación —sonrió a Callie—. Dile a la señorita Callie que estoy encantada de conocerla.

—Ella sabe leer los labios —le explicó Dana.

—De acuerdo —se volvió hacia la niña—. Estoy encantada de conocerte, Callie. Estábamos a punto de empezar —tomó a Callie de la mano y se dirigió con ella al interior de la pista.

Dana dio un paso adelante, como si pretendiera seguirlas, pero Will posó la mano en su brazo, estremeciéndose al sentir la piel desnuda de Callie bajo sus dedos. Se aclaró la garganta y le dijo:

—Ven por aquí. Nos quedaremos en la cerca para que puedas verla.

Dana lo siguió en silencio. En cuanto llegaron a la cerca, se aferró a ella con ambas manos, como si estuviera dispuesta a saltarla en cuanto hiciera falta.

—¿A dónde van? —le preguntó, mientras veía a Callie y a Marge cruzando la pista.

Will señaló hacia el otro extremo, donde había algunos caballos.

—Lo primero que les enseñan es a preparar los caballos. Volverán en seguida.

—Espero que le presten atención. No creo que Callie pueda ponerle las riendas al caballo. Es demasiado bajita para su edad. Debería haberle dicho a Marge que le prestara atención, por si…

—Tú relájate —repuso Will—. Marge sabe lo que hace. Además, Callie va a montar una yegua de veinticinco años que no es mucho más alta que un pony.

Al cabo de diez minutos, dos de los alumnos, un chico y una chica, llegaron a la pista en sus respectivas monturas. Ambos iban con el traje de equitación. Will pensaba que estarían mejor con vaqueros y unos zahones de cuero. Además, aquellas condenadas sillas inglesas, eran completamente inútiles. Sería mejor que los enseñaran a montar a pelo.

—Mira, aquí viene.

Las palabras de Dana sacaron a Will de sus meditaciones. Alzó la

cabeza y vio a Callie sobre la yegua, con los pies en los estribos y sujetando con ambas manos las riendas.

—Tiene estilo —comentó Will—. Lo va a hacer estupendamente.

—Eso espero —dijo Callie con escepticismo.

Callie no abandonó su concentración hasta que se acercó a Will y a Dana. Entonces se colocó las riendas en la boca e intentó decir con las manos «miradme». El caballo, comenzó a girar, confundido por las indicaciones que Callie le estaba enviando. Will oyó gemir a Dana y decidió intervenir. Se subió a la cerca, se inclinó y le indicó a la niña cuando esta pasó por delante de él:

—No sueltes las riendas y mantén las manos quietas, Callie —la niña asintió y volvió a colocarse correctamente.

Dana soltó un largo suspiro.

—Quizá deberían atarle las riendas a las manos. Le encanta hablar.

—¿Por qué tú no utilizas el lenguaje de signos? —quiso saber Will.

—Sí lo utilizo. A veces. Pero Callie ha estado viviendo en un internado durante los dos últimos años. Antes estuvo apuntada a un programa de aprendizaje oral y la niña aprendió a leer en los labios. Pero con el lenguaje de signos parece mucho más contenta.

—¿Ha aprendido a hablar?

—No mucho, y además no va a intentarlo todo ahora.

—¿Su padre conoce el lenguaje de signos? —aquella pregunta le interesaba más que ninguna otra, aunque tenía poco que ver con Callie.

—No, en absoluto —parecía que la molestara. O quizá fuera el padre de Callie el que la disgustaba, aunque no sería sensato pensar en esos términos. Aun así, Will se descubrió preguntando:

—¿Entonces cómo se comunica con ella cuando estáis en casa?

—No vive con nosotras.

—¿Estás divorciada? —el entusiasmo que advirtió en su propia voz lo asustó.

—Sí.

Al ver que el rostro de Dana se había convertido en una máscara de piedra, Will decidió que no le había hecho especialmente feliz aquella separación. Le hubiera gustado hacerle más preguntas sobre Rob, pero desistió.

—Él espera que la niña lea en los labios —continuó explicándole Dana.

—¿Y cómo piensa que se las va a arreglar para hablar?

—Escribiendo, señalando. Ese tipo de cosas. El y la niña no están muy unidos.

—¿Y tú cuántos signos conoces? Dana bajó la mirada.

—No muchos. Callie está teniendo mucha paciencia conmigo, no es tan fácil como parece, bueno, supongo que eso tú ya lo sabes —lo miró a los ojos—. ¿Cuánto tiempo tardaste tú en aprenderlo?

A causa de sus padres, Will había empezado a aprender el lenguaje de signos el mismo día que llegó al mundo. Pero no era algo que le revelara a mucha gente. Y no porque se avergonzara de ello, sino porque odiaba la compasión y las disculpas por haberlo preguntado.

—He tenido mucha práctica. En mi opinión, lo mejor es poder hablar con la boca y con las manos. Así puedes disfrutar de lo mejor de ambos mundos. Solo es cuestión de dedicarle tiempo y practicar.

—Lo sé. Estoy intentando encajar algunas clases en mi horario, pero la verdad es que el trabajo me quita la mayor parte del tiempo.

Afortunadamente, acababa de proporcionarle la excusa ideal para cambiar de tema.

—¿Eres una especie de esclava del trabajo?

—Sí, podría decirse así.

—¿A qué te dedicas exactamente?

—Soy economista.

¡Maldita fuera! Probablemente tenía más dinero del que había tenido él en toda su vida. Otra razón más para que no estuviera interesada por un simple vaquero. Mejor así, pensó con rencor. Él no necesitaba enredarse con una mujer de ese calibre. Con ninguna mujer, de hecho.

—Ah, ahora lo entiendo.

—¿Entiendes qué? —preguntó Dana, confundida.

—Lo de la ropa, el coche… Todo encaja.

Dana hizo un sonido que parecía casi un gruñido, como si le hubiera molestado aquella asociación. Aunque él no entendía por qué.

Un inesperado golpe de viento levantó la arena de la pista. Will se llevó la mano a los ojos y se sujetó el sombrero.

—¡Oh, Dios mío! —Dana se subió de nuevo a la cerca, pisándole el brazo en el proceso.

Will dio media vuelta. Oyó los aterrados gritos de los niños y a continuación vio trotar una yegua. Y en medio de la arena, una figura frágil y diminuta.

Callie.

Capítulo 2

Los padres se precipitaron a la valla. Los caballos relinchaban. La mayor parte de los niños se limitaban a mirar asustados, pero Philip comenzó a llorar. Dana, incapaz de contenerse, se abalanzó hacia la puerta, obligando a Will a ponerse en acción. Pero antes de que hubiera podido ayudar, Marge ya había levantado a la niña del suelo mientras otro trabajador se ocupaba del caballo.

—Está bien —gritó Marge—. No se ha hecho ningún daño.

Dana se quedó helada.

—Quiero llevármela a casa.

—Deja que vuelva a montar —le recomendó Will.

—¡No! No quiero que vuelva a montar otra vez en ese animal salvaje.

—Todo el que conoce a los caballos sabe que el mejor remedio para superar una caída es volver a montar.

—Yo no lo hice.

—¿Te caíste y no volviste a montar?

—Mi madre no me dejó.

—Entonces no cometas el mismo error con Callie. Deja que vuelva a montar.

Y eso fue exactamente lo que hizo Callie mientras ellos hablaban.

—Nos vamos —dijo Dana, apretando los dientes.

—Si te la llevas ahora se va a poner furiosa.

—No me importa lo que pueda pensar Marge.

—Estoy hablando de Callie.

Callie no parecía haberse amilanado por la caída.

Al contrario, sonreía como si acabara de vivir una gran aventura.

Aquella niña le gustaba cada vez más, pensó Will. Y, aunque odiaba admitirlo, también su madre le gustaba más de lo que debería. Estaba seguro de que había pasado momentos muy duros. Y sentía la irracional necesidad de protegerlas a ambas. De consolar a Dana. Un pensamiento peligroso.

—¿Cómo es posible que esté tan tranquila? Podría haberse roto un brazo. O algo peor.

—Yo me he caído más de una vez y nunca me he roto un hueso.

—Pero tú sabes lo que haces.

—Y Callie lo sabrá con el tiempo.

—Si consigue entenderlo —señaló hacia su hija, que estaba intentando decirle algo a Marge—. Marge no parece entenderla muy bien.

Will tenía que admitir que tanto Callie como Marge parecían un poco confundidas.

—Si vuelve a tener problemas, le prestaré atención.

Dana comenzó a hablar, clavando en él sus enormes ojos azules.

—¿Puedo pedirte un favor? ¿Podrías ayudar a Marge? Solo por hoy.

Maldita fuera. Él jamás había sido capaz de negarle nada a una chica bonita. Y Dana Landry era mucho más bonita que la mayoría.

—Sí —gruñó, mientras se dirigía hacia el establo.

A Dana le dio un vuelco el corazón al ver entrar a Will cabalgando sobre Pete en la pista, con una soga al hombro. Al cabo de unos minutos de conversación con Marge, ató una cuerda desde

su caballo al de Callie.

Al principio Dana lo observaba con preocupación, después con cauteloso interés mientras él cabalgaba al lado de Callie, guiando su caballo sin necesidad de utilizar las manos. Dana asumía que lo hacía con las piernas y probablemente aquella era la razón por la que las tenía tan musculosas.

Will se detuvo un instante y le habló a Callie por signos. Después se quitó la camisa, quedándose con una camiseta blanca que se pegaba a su cuerpo como una segunda piel. Dana desvió la mirada hacia su hija, pero sus ojos volaban una y otra vez sobre él y sobre la forma en la que manejaba la cuerda mientras controlaba la yegua.

Cuando se volvió, Dana tuvo que hacer un esfuerzo para no fijarse en cómo se pegaba la camiseta a los músculos de su espalda.

¿Es que no había aprendido nada? ¿Qué le importaba a ella que fuera un hombre atractivo? Era un hombre. Y la experiencia le había enseñado que los hombres no eran capaces de permanecer a su lado cuando las cosas se ponían difíciles, especialmente cuando había una niña con necesidades especiales de por medio.

Por supuesto, Will Baker era diferente en ese aspecto. Él ya había aceptado a Callie. Pero era un vaquero. Un vaquero extraordinario, tenía que admitirlo. Y probablemente deseado por ciento de mujeres del condado de Dallas.

Will sonrió a Callie y se volvió a Dana como si estuviera diciéndole «¿Lo ves? Claro que puede hacerlo».

Sí, Callie le había demostrado que estaba equivocada. Una vez más. Y Dana descubrió que le resultaba muy difícil ignorar la sonrisa de Will. Descubrió que le resultaba difícil ignorar cualquier cosa sobre él.

Y era completamente absurdo, se dijo mientras lo veía desmontar media hora después. Aquel hombre no significaba para ella nada más que la capacidad para comunicarse con su hija. Aun así, no podía evitar sentirse atraída por él.

Después de ayudar a Callie a desmontar, Will condujo a Pete y a la yegua hacia el establo. Pasó por delante de Dana con Callie a su

lado. Ambos charlaban como si fueran viejos amigos.

Callie corrió hacia su madre, le rodeó la cintura con el brazo, se llevó un dedo a los labios y los frunció como si estuviera lanzándole un beso. Era un gesto que Dana comprendía.

—Me alegro de que estés aquí.

Dana quería compartir la alegría de su hija, pero el miedo se lo impedía. Un sentimiento que, obviamente, no detenía a Callie. Callie se había caído, pero eso no parecía haberles preocupado ni a ella ni a su profesora. Y además, Marge Golden no tenía el aspecto de una profesora y no era capaz de hablar con su hija. ¿Podría confiar a su hija a una desconocida?

Will parecía responsable. Podía hablar con Callie, comunicarse con ella. De modo que quizá… No le haría ningún daño preguntárselo.

—Perdona, Will…

—¿Sí?

—¿Estarías dispuesto a enseñar a montar a Callie?

Will retrocedió un paso y frunció el ceño.

—No. No me ha importado enseñarle hoy, pero no me gusta nada la montura inglesa.

—Sin embargo sabes montar.

Will se metió las manos en los bolsillos y la miró con atención.

—Sí.

—Y estoy segura de que no lo has olvidado.

—No. Pero soy una persona muy ocupada. Tengo que encargarme de los rodeos, de mis clientes habituales y todo eso…

Dana decidió aprovechar aquella oportunidad para averiguar algo más sobre él.

—Ya veo. Bueno, puedo comprender que no quieras pasar más tiempo separado de tu familia y…

Will la miró con expresión sombría.

—No tengo familia.

—Oh, ¿entonces no estás casado?

—No.

—¿Ni tienes hijos?

—Tampoco.

¿Entonces de quién habría aprendido el lenguaje de signos? ¿De sus padres quizá?

Callie, que había estado mirando intensamente a su madre, tiró a Will de la mano. Cuando consiguió llamar su atención, se rodeó el corazón con la mano y deletreó su nombre.

—Por lo menos tú conservas los buenos modales —dijo, acariciándole la nariz con un dedo—. Pero aunque te pases el día pidiéndomelo «por favor», jamás llegaré a ser tan buen profesor como Marge.

—Te pagaré —añadió Dana—. Dime cuánto quieres.

Will fulminó a Dana con la mirada.

—No necesito tu dinero.

Evidentemente, había herido su orgullo.

—¿Entonces qué puedo hacer para convencerte?

Aquella inocente pregunta sonó como una proposición. Dana se sonrojó violentamente al darse cuenta.

—¿Sabes cocinar? —preguntó él al cabo de unos segundos.

—Es una de mis aficiones favoritas.

—¿Y qué otras aficiones tienes?

—No tengo mucho tiempo para aficiones.

Will se frotó la barbilla con la mano.

—Una buena comida casera puede ser algo tentador. Creo que no rechazaría ese tipo de pago.

Dana pensó que la sonrisa de Will era la más tentadora que había visto en mucho tiempo.

—Lo tendré en cuenta. Pero incluso así, insistiría en pagarte.

Afortunadamente, Callie llamó la atención de Will tirándole de la mano y le dijo algo por señas.

—De acuerdo, si insistes… Pero tengo que preguntarle a Marge si está de acuerdo.

—¿Y si Marge acepta, entonces estaremos todos de acuerdo? —preguntó Dana con una buena dosis de entusiasmo.

—Supongo que sí.

—Y te pagaré lo mismo que le pago a Marge.

—Si insistes….

—Estupendo —le tendió la mano para sellar el trato. Will la tomó sin vacilar. Pero después de estrechársela, se la llevó a los labios y le dio un beso.

—Will Baker a su servicio, señora.

Dana se sintió aliviada, y tan emocionada a la vez que temía haber pedido ayuda a ese hombre no solo por su hija. No quería sentir lo que estaba sintiendo, aquella sobrecogedora necesidad de conocerlo mejor. Conocía demasiado bien el sufrimiento que podía causar una relación.

Pero tenía que tener en cuenta a su hija. Callie podía beneficiarse de aquellas clases particulares. Y si Will podía ayudar a Callie, entonces no había nada más que decir.

Intentó ignorar el cosquilleo que los labios de Will habían dejado en su mano. Se negaba a dejarse arrastrar por su encantadora sonrisa. Por el bien de su frágil corazón, necesitaba mantener sus sentimientos bajo control.

Cuando se dio cuenta de que Will continuaba sosteniéndole la mano, la apartó suavemente.

—¿Entonces nos vemos el jueves?

—El viernes mejor. Así tendremos la pista para nosotros solos —se volvió hacia Callie con expresión burlona—. Y tú, señorita, procura venir con almohadillas por si decides volver a caerte.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Dana.

Will sonrió lentamente, haciendo que el corazón de Dana revoloteara en su pecho.

—Solo estoy bromeando, mamá osa.

Entonces Callie, que apenas había hecho sonidos durante los últimos años, comenzó a reír.

Eran risas audibles, que sonaban extrañas, pero eran maravillosas. A Dana le pareció tan increíble al principio que creyó que estaba llorando.

Miró a su hija asombrada, tragó el nudo que tenía en la garganta y volvió a mirar a Will.

—Hacía mucho que no se reía.

Una expresión solemne sustituyó a la sonrisa de Will.

—Quizá tengamos que hacer algo para que ría más a menudo.

El viernes Dana se adentraba en los Establos Willbrook maldiciendo la carrera que llevaba en las medias y la mancha que tenía en el regazo. En realidad no tendría que por qué importarle, pero el caso era que le importaba, aunque seguramente él la recibiría con sus gastados vaqueros y su camisa igualmente

desteñida.

Dana abrió la puerta, pero no antes de que Callie hubiera escapado del asiento de pasajeros. Cuando se detuvo en la colina antes de descender a la pista, vio a Will y advirtió que estaba confundida sobre su atuendo. En vez de su habitual ropa de trabajo, llevaba una camiseta negra sin mangas, revelando sus perfectamente torneados bíceps. Unos músculos firmes y bronceados cuyos planos y ángulos cambiaban mientras hablaba con las manos a Callie.

Aquel día no llevaba sombrero, lo que le permitió a Dana contemplar a placer su pelo. La brisa del verano lanzó un mechón sobre su frente. Will dejó de hablar para apartárselo con una sensual sonrisa que provocó un estremecimiento en Dana.

Cuando Will la saludó con la mano, ella se sonrojó violentamente. Era ridículo. En vez de concentrarse en él, fijó la mirada en el suelo. Los tacones se hundían en la tierra húmeda, dificultando su progreso.

Cuando por fin llegó hasta ellos, Will todavía estaba sonriendo.

—Vestida de esa manera no podrías montar.

Dana se tiró suavemente de la falda, pero le devolvió la sonrisa, incapaz de hacer otra cosa.

—No tienes por qué preocuparte. No pienso hacer nada parecido.

—¿Hoy o nunca?

—Nunca.

—Bueno, ya veremos —parecía seguro, como si tuviera alguna razón para creer que Dana terminaría subiéndose a una caballo.

Callie comenzó a tirar de Will para que cruzara la pista. Dana intentó no fijarse en la forma en la que se ajustaban los vaqueros de Will a determinadas partes de su anatomía mientras movía sus largas piernas.

Tras hacerse algunas advertencias silenciosas, fijó la atención en

el caballo que había en el otro extremo de la pista. Que, por cierto, no era la yegua que la niña había montado la vez anterior. Era Pete el que estaba atado a vino de los postes de la cerca. Se trataba de un caballo alto, compacto y musculoso. ¿Cómo iba a aprender su hija la monta inglesa en un mamut de aquellas dimensiones?

Dana caminó dificultosamente hasta donde estaba Will.

—¿Por qué no va a montar la yegua? —le preguntó.

—Porque ahora soy yo el profesor y tendrás que acostumbrarte a mis métodos. Y Pete es un caballo muy seguro.

—¿Lo ha montado antes algún niño?

Will palmeó el lomo del caballo.

—El viejo Pete era un caballo muy remilgado en sus tiempos. Pero terminó aburrido de dar vueltas en la pista así que decidí convertirlo en un caballo de rodeo. Digamos que es un tipo versátil.

—¿Puedes garantizarme que es un caballo seguro?

—Completamente. No hay ni una gota de salvajismo en todo su cuerpo. Igual que su dueño.

Si Dana hubiera sido jugadora, en aquel momento habría hecho una apuesta. Will Baker probablemente era tan salvaje como un tornado de Texas, capaz de arrastrar con su encanto a todo cuanto quedara bajo su radio de acción, especialmente a mujeres. Aquella idea despertó en Dana el absurdo aguijón de los celos. Oh, si no quería correr ningún peligro, tendría que mantenerse fuera de su camino.

Bajo la atenta mirada de Dana, Will enseñó a Callie a montar el caballo. Una vez estuvo la niña sentada, ató una larga cuerda de nylon a las bridas del caballo y lanzó a Callie a cabalgar.

—Espera un minuto —dijo Dana—. ¿No vas a montar tú a su lado como hiciste el otro día?

Will continuaba mirando a Callie.

—No es necesario. Confía en mí, Dana, yo la controlo. Además,

Callie tiene un talento natural. Mírala.

Mientras observaba a su hija recorrer el perímetro de la arena, Dana comprendió que tenía razón. Callie estaba radiante.

Al cabo de varias vueltas, Will llamó la atención de Callie y le hizo acercarse al centro de la pista.

—Ahora baja —le dijo.

Dana pensó que la clase había terminado. Pero en vez de despedirse de ellas, Will alargó los estribos todo lo posible, desató la cuerda y se subió a aquella minúscula silla inglesa. Callie se llevó la mano a la boca y lo miró con ojos risueños. Dana tuvo que disimular su propia risa.

—Ni se os ocurra reíros —les advirtió Will.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Dana.

—No puedo explicarle cómo se fija la silla, así que voy a intentar mostrárselo. Y si oigo la más mínima risa, me bajaré inmediatamente y me iré a casa —aunque su voz sonaba dura, de sus ojos salían chispas de diversión.

Antes de comenzar, le pidió a Callie que lo observara con atención. Entonces comenzó a cabalgar.

Ver a aquel hombre a caballo era todo un espectáculo, a pesar del ridículo tamaño de la silla. Dana miraba de vez en cuando a su hija, que no apartaba en ningún momento los ojos de Will.

Al cabo de unas cuantas vueltas, Will desmontó y subió a Callie a la silla. Dana observaba admirada mientras su hija repetía exactamente los movimientos de Will.

—Estupendo —le dijo Will por señas a la niña—. Muy bien.

Para no poner nerviosa a Callie, Dana salió de la pista y esperó en la puerta durante el resto de la clase. Cuando terminó, Will le enseñó a Callie a desmontar y le dijo que llevara a Pete al abrevadero para refrescarse.

Cuando Will le hizo un gesto a Dana para que los siguiera, esta

corrió hasta ellos y llegaron los tres juntos al establo.

—¿Te has dado cuenta de lo bien que monta? —le preguntó a Dana con cierto orgullo.

—Sí. Solo has tenido que explicárselo una vez. Siempre es así cuando hay algo que le interesa.

—Aprende rápido. Es como si sus ojos compensaran la falta de oído. Lo que no pueda decirle, se lo mostraré.

El trío caminó hacia el establo en silencio. Callie llevaba las riendas de Pete y cuando Dana anunció que había llegado el momento de marcharse miró al caballo con tristeza, como si la estuvieran obligando a abandonar a su mejor amigo. Se volvió después hacia Will y le dijo algo por señas que Dana no comprendió. Will contestó afirmativamente a lo que su hija había preguntado.

Dana tomó a Callie de la mano y miró a Will.

—Gracias por el tiempo que nos has dedicado. Creo que Callie ha hecho grandes progresos.

—¿Entonces a qué hora cenaremos? —preguntó Will.

—¿Perdón? —preguntó Dana, con los ojos abiertos como platos.

Will la miró confundido.

—Callie me ha dicho que… tú le habías dicho… —se volvió hacia Callie, que había vuelto a concentrar su atención en el caballo —. Me parece que me han tomado el pelo.

—No, es cierto que te había prometido invitarte a una comida —aunque no esperaba cumplir su promesa aquella tarde.

Will estudió su rostro con una media sonrisa.

—Podría ser alrededor de las siete. Así tendré tiempo de darme una ducha rápida.

—¿De verdad te apetece?

—Siempre me apetece ducharme después del trabajo.

Dana sonrió en respuesta a su broma.

—Quería decir que si de verdad quieres que cocine para ti.

—No me digas que me mentiste sobre tus cualidades culinarias y que voy a tener que pedir una pizza…

—No, no te mentí.

—¿Entonces a qué hora quedamos?

La idea de que fuera a su casa la ponía nerviosa, y por razones que no acertaba a comprender. Miró el reloj, intentando pensar una excusa para retrasar el momento del encuentro.

—Tendré que parar a comprar. Seguramente eso me llevará algún tiempo.

—No tengo prisa, podemos quedar a las ocho.

—Por favor, mamá… —dijo Callie con las manos.

Dana no se había dado cuenta de que Callie había estado siguiendo la conversación. Vaciló un instante. Miles de protestas rondaban su mente. Miró a Will y después a Callie. Ambos la observaban expectantes. Suspiró.

—Está bien, a las ocho. Y ahora será mejor que nos vayamos.

Cuando pasó por delante de Will para salir del establo, este la detuvo agarrándola del brazo.

—No sé dónde vives.

A Dana ni siquiera se le había ocurrido pensar en ello. Y no estaba segura dé poder decirle nada coherente si continuaba tocándola. Como si le hubiera leído el pensamiento, Will bajó la mano.

—Al Norte de Dallas —contestó.

—El Norte de Dallas es muy grande.

Dana metió entonces la mano en el bolso para buscar un trozo de papel en el que garabateó su dirección.

—Te apuntaré también mi número de teléfono por si te pierdes.

Will leyó el papel durante unos segundos y alzó después la mirada. La miraba con unos ojos tan penetrantes que parecía querer leerle con ellos el alma.

Intentando acabar con aquella sensación, se volvió, pero Will todavía tuvo tiempo de añadir antes de que se fuera:

—No te preocupes, te encontraré.

Will rodeó la manzana por segunda vez, detuvo el coche y soltó un juramento. No porque no pudiera encontrar la casa, puesto que era imposible no ver la mansión que encumbraba la colina, sino porque no estaba del todo seguro de por qué había aceptado ir hasta allí.

Podría haber disfrutado de una comida casera junto a Marge en el café del pueblo. No, la comida no había tenido nada que ver con su decisión. Lo que realmente le interesaba era volver a ver a Dana Landry. Podía disfrazar su decisión con todo tipo de excusas pero la verdad era que se sentía atraído por ella.

Dana Landry representaba un desafío. Y no el tipo de desafío al que él estaba acostumbrado en lo que a las mujeres se refería. No, aquel consistía en averiguar qué podía mover a una mujer como aquella, en llegar a conocerla. Y si pensaba que él era suficientemente hombre para hacer algo así, era que estaba completamente loco.

Callie le abrió la puerta antes de que Will hubiera pulsado siquiera el timbre. Llevaba unos vaqueros cortos una camiseta y el pelo recogido en una cola de caballo.

Will entró en el vestíbulo y soltó un silencioso silbido. Observó las escaleras, con su barandilla de roble, y el suelo de cerámica. Sacudió la cabeza. Aquella mujer estaba completamente fuera de su alcance.

Se volvió hacia Callie y le preguntó:

—Es una casa grande, ¿cuánta gente vive aquí?

Callie se echó a reír, se llevó el pulgar a la barbilla y movió los dedos.

—¿Solo tu mamá y tú?

Callie asintió y sonrió.

Tomándola por sorpresa, Will levantó a Callie en brazos y la sostuvo por encima de él.

—Caramba, ¿ya está hecha la cena? Estoy tan hambriento como el viejo Pete —oyó entonces pasos y todos sus sentidos parecieron cobrar nueva vida. Mientras Dana se acercaba al vestíbulo, dejó a Callie en el suelo.

La cola de caballo de Dana había desaparecido. Y, tal como él había imaginado, su pelo flotaba suavemente por sus hombros. Era un pelo castaño rojizo que le recordaba a una puesta de sol. El jersey de cuello vuelto y sin mangas marcaba la suave curva de sus senos. Llevaba unos pantalones que en principio parecían demasiado grandes, pero que cuando ella se movía, se mecían revelando bajo ellos unas piernas que quitaban la respiración.

Dana se acercó a Callie y apoyó una mano en su hombro.

—¿Has encontrado bien la casa? —le preguntó a Will.

Will se aclaró la garganta antes de hablar.

—Sin ningún tipo de problema. Solo he tenido que buscar la más grande de la zona.

—No es la más grande —repuso Dana, frunciendo el ceño—. Bueno, sígueme.

Al observar su trasero mientras caminaba, Will llegó a la conclusión de que era mucho más débil de lo que pensaba. Y mil veces más pecador. Como continuara allí, iba a ceder a la tentación de saltarse todo tipo de preliminares… Pero después se acordó de Callie, que lo miraba con la más dulce de las sonrisas.

Callie y Dana eran diferentes, especiales. Y él no tenía ningún motivo para meterse en sus vidas. En la vida de Dana. Además, una relación con ella no funcionaría por muchísimas razones. La combinación campo—ciudad rara vez funcionaba. Excepto en el caso de sus padres; pero ellos también eran especiales.

Dana lo condujo al salón, le pidió que se sintiera como en su propia casa y desapareció. Callie se dejó caer entonces en un sofá de cuero y le pidió que la imitara. Will se sentó a su lado y continuó mirando a su alrededor. No había periódicos viejos ni calcetines sucios en la alfombra. Y tampoco marcas de humedad en la mesita del café, ni botas dejadas de cualquier manera al lado de la chimenea. Pero vio en una esquina algunos juguetes, señal de que Callie era la única persona a la que Dana permitía alterar el orden de la casa.

Cuando llegó hasta ellos una bocanada de olor a ajo procedente de la cocina, Will se llevó la mano al estómago.

—Aquí tengo un oso hambriento.

Callie posó la mano en el vientre de Will.

—Un oso muy grande.

La sonrisa de Will se desvaneció al oír hablar a Callie. Reconoció las palabras sin dificultad, aunque seguramente le habrían resultado extrañas a cualquiera. Pero aquel tono le resultaba tan familiar como su propio hogar. Tomó a la niña por la barbilla y le hizo mirarlo a los ojos.

—¿Tu madre sabe que hablas?

—No. No se lo digas —le dijo por señas.

—Entonces tendrás que decírselo tú, esta misma noche.

—No —respondió la niña con convicción.

—¿Por qué? —preguntó Will.

—Porque suena raro —respondió la niña con los ojos llenos de lágrimas.

Will no necesitó más explicación. Sabía perfectamente a qué se estaba enfrentando Callie, conocía la incomodidad que había visto en los rostros de aquellos a los que hablaba.

Dana entró en ese momento con una bandeja con galletas saladas y queso. Después de dejarla en la mesa les preguntó:

—¿Ya vosotros qué os pasa?

Callie le dirigió a Will una mirada suplicante.

—Callie está cansada —mintió Will.

—Entonces se irá a la cama después de cenar.

Callie asintió y se acurrucó en el sofá como si la estuviera esperando un destino peor que la muerte. Will le tomó la mano, sabiendo en ese instante que no iba a ser él el que desvelara su secreto. Pero de alguna manera tendría que convencer a la niña para que lo hiciera ella.

Capítulo 3

Dana había preparado la comida favorita de Callie: pollo con pasta y pudín de chocolate de postre. Pero aquella noche la niña apenas probó la comida.

Por otra parte, Will comía con ganas aunque también él estaba inusualmente intranquilo. Para cuando terminó la cena, se había instalado entre los tres un incómodo silencio. Will dejó la servilleta en la mesa y arrastró ligeramente su silla.

—La cena estaba exquisita —dijo alegremente, pero había algo en su voz que le hacía parecer falso.

—Gracias, me alegro de que te haya gustado —Dana tomó la mano de su hija—. ¿Ya has terminado?

Callie asintió, tomó su plato y lo llevó a la cocina. Dana le preguntó entonces a Will:

—¿Sabes lo que le pasa?

—Te lo diré más tarde, cuando se haya acostado.

La idea de quedarse con Will cuando Callie se fuera a la cama, incomodaba a Dana. No estaba segura de que necesitara estar a solas con él, pero sí de que tenía que averiguar qué le pasaba a Callie. Y era evidente que Will tenía respuesta para la reserva de su hija. Respuestas que Callie no podía o no quería darle.

Ante la insistencia de Dana, Callie y Will se quedaron en el salón mientras ella terminaba de recoger. Desde la cocina, le llegaba el sonido de la televisión, pero no oía la voz profunda de Will y tampoco las risas de su hija.

Dana se entretuvo limpiando los mostradores y barriendo mucho tiempo después de haber metido el último plato en el lavavajillas. Al mirar el reloj y ver que ya eran casi las diez, comprendió que había llegado la hora de que Callie se fuera a la cama, la hora de enfrentarse a lo inevitable.

Entró en el salón y se sorprendió al encontrar a Will solo, frente

al televisor.

—¿Dónde está Callie? —le preguntó.

Will se levantó rápidamente.

—Se ha ido a la cama, quería que subieras a arroparla.

—Siéntate —le indicó Dana.

Will se sentó al borde del sofá, tomó el sombrero que había dejado a su lado y retorció el borde nervioso.

—Tienes una casa muy bonita.

—Gracias, pero no pienso seguir viviendo aquí durante mucho tiempo. Es demasiado grande para nosotras —se sentó en el sofá, pero a una prudente distancia de Will y preguntó abiertamente—. ¿Qué le pasa a Callie, Will?

—En realidad no le ocurre nada.

—No te creo. La conozco y sé que algo no anda bien.

—¿De verdad la conoces?

Dana se levantó indignada.

—¿Cómo te atreves a hacerme una pregunta así?

Will se incorporó lentamente.

—Probablemente no sea asunto mío, pero…

—Tienes razón, no lo es.

—Pero de todas formas voy a decir lo que tengo que decir. Por el bien de Callie.

Se acercó hasta ella con expresión compasiva.

—Sé lo difícil que es tratar con ella. Y comprendo lo mucho que te duele no poder hablar con ella. Pero quizá si hicieras un esfuerzo…

—No tienes idea de cuánto me he esforzado —Dana apretaba los puños con fuerza, clavándose las uñas en la palma de la mano con la esperanza de que el dolor físico pudiera mitigar el dolor de su alma.

Cuántas noches se había culpado a sí misma de sus fracasos. Según Rob, todo lo que hacía por Callie estaba mal. Y probablemente tuviera razón.

Dana continuó hablando, sin saber por qué, sentía la necesidad de darle explicaciones a Will.

—Cuando era bebé, lo único que Callie quería era mi amor. Ahora quiere mucho más y yo no puedo dárselo. Sin embargo, eso no significa que no lo haya intentado. Probablemente más de lo que nunca puedas llegar a imaginar. O de lo que ella pueda llegar a imaginar —suspiró.

Sentir la mano de Will sobre su hombro era más que suficiente para que se desmoronara. Pero se mantuvo firme, conteniendo las lágrimas. No quería que Will advirtiera su debilidad, su falta de control. Esbozó una falsa sonrisa y añadió:

—Lo siento, no pretendía parecer tan sensiblera.

—A veces es imposible evitar un poco de autocompasión —repuso Will—. Pero no es ese tu problema con Callie.

—Y supongo que ahora vas a decirme cuál es mi problema —respondió cortante.

Will se pasó la mano por la barbilla.

—Tal como yo lo veo, creo que deberías intentar no controlarlo todo. Aflojar un poco en lo que a Callie concierne. Ella sabe que la quieres. Ahora necesita saber que la comprendes.

—A veces no la entiendo.

—Eso es porque la ves como a una niña sorda. Intenta verla simplemente como una niña. Deja que extienda sus alas.

Dana sintió bullir el enfado en su interior ante aquella

acusación.

—Tú no puedes saber lo que siente una madre. Y menos la madre de una hija con necesidades especiales.

Una sombra de tristeza cruzó el semblante de Will.

—En eso tienes razón.

—Callie es mi vida, soy responsable de ella.

—Y estarías dispuesta a hacer cualquier cosa para protegerla.

—Tengo miedo de que sufra.

—Y sufrirá mucho más si no permites que sea ella misma.

Aquel hombre hablaba como si conociera los más íntimos temores de Dana.

—¿Por qué hablas como si fueras un experto, Will?

Will desvió la mirada.

—La libertad siempre ha sido muy importante para mí. Y supongo que también es importante para Callie.

—¿Qué otras cosas son importantes para ti?

Will sonrió, pero la tristeza no había desaparecido de su rostro.

—Una buena comida, por ejemplo. Así que ya sabes, puedes invitarme cuando quieras.

El enfado de Dana se desvaneció y, por alguna razón, necesitaba que Will la comprendiera. Se acercó a una de las estanterías de la habitación, acarició una foto enmarcada y pestañeó para contener las lágrimas al tiempo que luchaba para detener una inoportuna oleada de recuerdos.

Sonrió con ternura al bebé que aparecía en la fotografía.

—Esta era Callie cuando tenía seis meses, antes de ponerse enferma —le explicó sin volverse—. Poco después de cumplir un

año, tuvo meningitis. No sabíamos si sobreviviría, estuvo varias semanas en el hospital. Cuando por fin la trajeron a casa, pensé que todas nuestras preocupaciones habían terminado. Pero en realidad aquello solo fue el principio. Los médicos nos explicaron las posibles secuelas de la enfermedad y cuando la niña cumplió dos años, pudimos comprender el alcance de las mismas. Había perdido el oído. Solo la oí llamarme mamá unas cuantas veces. Y desde entonces ha pasado mucho tiempo…

Dana escuchó los pasos de Will tras ella, pero no se volvió.

—La metimos en un internado después de divorciarnos. Es una escuela preciosa, la niña la adora. Rob paga la matrícula. Teniendo en cuenta que yo trabajo, es lo mejor.

Pero hasta a ella le sonaba falsa aquella frase. ¿De verdad era lo mejor? ¿Habría cometido un nuevo error al ceder ante la insistencia de Rob? Los años pasaban volando y ya se había perdido demasiadas cosas de la vida de su hija, además de la oportunidad de aprender a comunicarse mejor con ella.

—En cualquier caso —continuó—, antes de que fuera al colegio teníamos nuestra propia forma de comunicarnos. Desde entonces he estado intentando aprender el lenguaje de los signos. Callie tiene mucha paciencia conmigo, pero no pasa suficiente tiempo en casa para que pueda practicar. Y durante este último año, ha aprendido mucho.

Will hizo que Dana se volviera hacia él y le dijo algo con las manos.

—No te comprendo —dijo Dana.

—¿Ves lo que te estás perdiendo? —le preguntó sonriente—. Piensa en todas las cosas que Callie ha estado diciéndote. Pero eso puede cambiar si te das a ti misma una oportunidad.

—Aprender el lenguaje de signos puede llevar años.

—Eso depende de quién sea el profesor.

Una pequeña esperanza cosquilleó en el corazón de Dana.

—¿Estás diciendo que estás dispuesto a enseñarme?

—¿Tú quieres aprender?

¿Se atrevería a aceptar su oferta? ¿A abrirle todo su mundo a pesar de lo poco que sabía sobre él?

—Supongo que podrías añadir una cuota adicional a las clases de equitación si decido aceptar.

—No pretendo cobrarte ni un penique. Y lo único que tendrás que hacer es observar y aprender a escuchar con los ojos.

—Supongo que podría intentarlo.

—Piensa en ello. Además, hay muchas cosas que no encontrarás nunca ni en las clases ni en los libros. Y estaré encantado de poder enseñarte esas cosas también.

Le sonrió, Dana perdió su codiciado control y se sonrojó violentamente. Pero Will no se burló de ella. Se limitó a levantar su sombrero del sofá y a decir:

—Será mejor que me vaya —antes de salir al vestíbulo, se volvió de nuevo hacia ella—. ¿Por qué no venís mañana tú y Callie a montar?

—No podemos. A Callie le toca pasar este fin de semana con su padre.

—Entonces ven tú.

La tentación de dejarse arrastrar por los encantos de Will era demasiado fuerte. Y la posibilidad de pasar un día entero en su compañía increíblemente atractiva. Pero no sería un movimiento inteligente. Acudió a una de sus excusas habituales.

—Normalmente intento adelantar algo de trabajo cuando Callie no está.

—Bueno, yo también aprovecho los fines de semana para herrar a los caballos.

Dana se quedó mirándolo fijamente.

—¿También te dedicas a poner herraduras?

—Tengo algunos clientes. Nunca viene mal un poco de dinero extra. Pero mañana estaré libre como un pájaro.

—Eres un hombre con muchos talentos.

—Algunos —respondió con una sonrisa que le hizo preguntarse a Dana qué otros trucos tendría escondidos debajo de la manga—. ¿Entonces vendrás?

Su cabeza le decía que rechazara aquella invitación, pero su corazón le suplicaba que la aceptara. Tomó aire antes de contestar.

—No puedo prometerte que vaya a montar.

—Solo prométeme que vendrás.

—De acuerdo. ¿A qué hora?

A los labios de Will asomó una nueva sonrisa.

—Después del almuerzo. Ah… y una cosa más —apoyó el brazo en la pared, por encima de la cabeza de Dana y se inclinó hacia delante, acortando la distancia que había entre ellos—. Mañana ponte unos vaqueros.

Dana suspiró, aliviada de que fuera eso lo único que quería.

—En eso no habrá ningún problema. Lo del lenguaje de signos ya es otra cosa.

—Esta será tu primera lección —la señaló con la mano, a continuación cubrió su propio rostro con la mano y deslizó su voluptuosa mirada desde los ojos de Dana hasta su boca.

—¿Qué has dicho? —le preguntó Dana, casi sin respiración.

Will acercó sus labios a su oído.

—Mañana —susurró—. Te lo diré mañana.

Cuando a la mañana siguiente sonó el timbre de la puerta, lo

primero que hizo Dana fue mirar el reloj. Las once en punto. Tal como era habitual, Rob llegaba una hora tarde.

Durante la media hora anterior, Dana había estado arreglándose, probándose diferentes camisas que se adecuaran a su nueva imagen. A primera hora de la mañana Callie y ella habían salido a desayunar y después se habían pasado por unas galerías para comprarse unos vaqueros. Habían salido de la tienda con un par de pantalones cada una y sintiéndose especialmente unidas.

Y faltaban ya solo minutos para que Dana fuera a ver a Willl.

El timbre de la puerta volvió a sonar. Palmeándose las mejillas, como si de esa forma pudiera eliminar su sonrojo, Dana corrió a abrir. No porque estuviera ansiosa por ver a su ex marido, sino porque estaba deseando deshacerse de él.

A Dana la sorprendió que Callie no hubiera aporreado la puerta al ver las luces que anunciaban una visita. La niña se quedó esperando al final de la escalera, con su bolsa de viaje a los pies. Cuando Dana pasó por delante de ella, le dirigió una mirada de desolación.

«Solo serán dos días, pequeña», deseó decirle su madre.

Dana miró por la mirilla. Roben Barret Landry III permanecía en la puerta, sin un solo pelo fuera de lugar y el rostro bronceado gracias a la periódica práctica del tenis. A su lado estaba Gloria, aferrada a su brazo. Eran Barbie y Ken. La pareja ideal.

Dana abrió la puerta.

—Un poco tarde, ¿no?

—No empieces, Dana —contestó Rob mientras entraba en el vestíbulo. Vestido con un polo rosa pálido y unos pantalones caquis, era la imagen perfecta de un arquitecto.

Y su perfecta pareja entró tras él.

—Hola, pequeña —saludó Gloria a Callie, hablándole a gritos—. Tenemos planes muy divertidos para hoy.

A Dana le habría gustado explicarle que Callie no podía oír por

mucho que la gritaran, pero estaba segura de que no lo entendería. Su cerebro no daba para tanto. Intentando mitigar su hostilidad, le preguntó:

—¿Cómo te encuentras, Gloria?

Gloria se palmeó su abultado vientre y curvó sus labios perfectamente pintados en una sonrisa.

—Muy bien, gracias. El bebé ya me está dando pataditas.

Aquella ya era más información de la que Dana quería. La envidia crecía en su interior. Y no porque Gloria esperara un hijo de su marido. Lo que envidiaba Dana era su embarazo, la nueva vida que crecía en su interior.

Descartando los celos, Dana observó a Callie, que a su vez observaba a Rob. Este palmeó la cabeza de su hija como si se tratara de uno de sus perros favoritos.

—Hola, bizcochito.

Tras un breve saludo, Callie dejó caer las manos a ambos lados del cuerpo.

Rob le explicó entonces a Dana:

—Gloria la llevará el lunes al colegio. Así podrá pasar dos noches con nosotros.

Dana intentó dominar una oleada de enfado.

—Creía que habíamos acordado que la traerías el domingo por la noche.

—Tenemos entradas para el ballet —miró a Callie—. A ti te gusta mucho el ballet, ¿verdad, bizcochito?

Callie se encogió de hombros, tomó su bolsa y suspiró.

Dana se arrodilló entonces al lado de su hija.

—Te echaré de menos, cariño.

Callie frunció el ceño y deletreó el nombre de Will. Dana le dio un beso en la mejilla.

—Lo saludaré de tu parte cuando lo vea. Y a Pete le daré un enorme abrazo.

Callie se separó de ella y tomó con desgana a su padre de la mano.

Cuando se enderezó, Dana descubrió a Rob mirándola con expresión de desaprobación.

—¿Quién es Pete? —le preguntó.

—Un caballo, Rob, un caballo. Callie está recibiendo clases de equitación. Y yo voy a ir hoy a montar.

—Oh, esa es la razón de tu nueva imagen —su voz rezumaba sarcasmo.

—Es solo por hoy —le explicó, aunque no sabía por qué. Rob no se merecía ninguna explicación.

—Tu forma de vestir no es asunto mío, Dana. Sin embargo, Callie debería llevar algo más adecuado. Le habrás metido algún vestido bonito, ¿no?

—Siempre lo hago.

Rob se volvió hacia Gloria.

—Pasaremos por casa para que pueda cambiarse. Mi madre no nos espera hasta las dos.

Pobre Callie. Un día en presencia de la señora Landry era insoportable.

Mientras Rob y Gloria se alejaban con Callie, Dana sintió la terrible urgencia de hacer volver a casa a la niña. De decirles que no se merecían pasar ni un solo segundo en compañía de su hija. Pero sabía que no podía hacer una cosa así. De manera que cerró la puerta y pensó en Will con la esperanza de que este no le causara más problemas.

Caramba, él si que iba a tener problemas serios. Will se echó la visera hacia atrás para asegurarse de que no estaba viendo visiones. No, efectivamente, aquella era Dana. Pero aquel día iba vestida con unos vaqueros y un top de color rosa con una cremallera que Will habría desabrochado en cuestión de segundos.

Inmediatamente relegó aquellos pensamientos al rincón más oscuro de su cerebro. Pero no le iba a resultar tan fácil relegar a Dana, que se había presentado tal como la imaginaba en sus fantasías. Y la culpa era suya. Al fin y al cabo, había sido él el que le había sugerido que se pusiera unos vaqueros.

Dana se acercó a él con una sonrisa y lo saludó.

—Bonito día.

—Sí, un día perfecto —aunque, por supuesto, no tanto como ella.

Permanecieron un momento en silencio, hasta que Will comentó:

—Parece que vienes preparada para montar.

—Estoy dispuesta, si tú estás dispuesto.

Will no fue capaz de disimular su sonrisa de satisfacción.

—Así que voy a tener que buscarte un caballo.

—Pero recuerda que hace mucho tiempo que no monto. Tendrás que tener paciencia conmigo.

En eso no habría ningún problema. Siempre que ella estuviera dispuesta a tener paciencia con él. Porque le iba a resultar imposible apartar la mirada de su cuerpo.

—Sígueme —señaló hacia el establo, al tiempo que sacudía de su mente las tórridas imágenes que parecían haberse clavado en su cerebro—. Montarás a Pete.

Cuando estuvieron ya en el interior del establo, Dana preguntó:

—¿En qué pista vamos a montar?

Will caminó a grandes zancadas hasta el pesebre de Pete.

—No iremos a una pista. Montaremos por los pastos. Es mejor para los caballos —y también para ellos. Tendrían kilómetros y kilómetros para ellos solos, sin nadie que pudiera molestarlos.

Después de revisar las herraduras del caballo, Will desató a Pete y le tendió a Dana las riendas.

—Montaremos fuera de las pistas.

Dana tomó las riendas con expresión recelosa.

—No me tirará, ¿verdad?

Will la miró los pies. Llevaba zapatillas de lona. No eran lo más apropiado para espolear a un caballo.

—A menos que lleves púas clavadas en las suelas, no lo creo. Y no te pongas nerviosa. Hoy nos limitaremos a pasear tranquilamente.

Will no era un hombre al que le gustaran los paseos tranquilos, pero con Dana haría una excepción. Tiró de las riendas de Tina, la yegua de tres años a la que había estado entrenando para un compañero de rodeos y la sacó al exterior. Dana salió tras él, mirando con recelo a Pete, que había dejado caer la cabeza y se había detenido para saborear un puñado de hierba que salía entre la grava.

—Tírale de las riendas y oblígalo a moverse —le aconsejó Will cuando Pete alzó la cabeza—. Enséñale quién es el jefe.

Dana tiró de las riendas sin éxito.

—Pesa mucho más que yo. Me temo que el jefe es él.

Will se echó a reír.

—Es completamente inofensivo. Y en general, le gustan las mujeres. Y le gusta complacerlas.

—¿Como a su propietario? —preguntó Dana con una sonrisa.

—Yo le he enseñado todo lo que sabe.

—Estoy segura.

Hicieron un alto en la entrada a los pastos, Will tomó las riendas de Pete y las colocó alrededor de la silla. A continuación se volvió hacia ella.

—¿Necesitas que te ayude a montar?

Dana deslizó la mirada desde la grupa del caballo hasta los estribos.

—Está muy alto. Creo que voy a necesitar ayuda.

Will ya se lo temía. Y por una vez en su vida, deseó que Pete fuera un poco más pequeño.

—Pon la punta del pie en el estribo, agárrate a la silla y yo te daré un empujón —se colocó detrás de ella—. Y no se te ocurra pegarme cuando haga lo que tengo que hacer.

Dana se agarró a la silla y miró a Will por encima del hombro.

—¿Y por qué iba a pegarte?

Will sintió un intenso calor en el rostro. Un calor que no tenía nada que ver con el sol.

—Tengo que ponerte la mano en el trasero. Pero piensa que por lo menos te lo he advertido.

—Gracias… por advertirme.

El estribo también estaba bastante alto, de modo que Will la ayudó a colocar el pie. Después, posó la mano en su trasero, intentando ignorar la delicada curva que se adivinaba bajo los vaqueros. Pero no pudo. La ayudó a alzarse y en cuanto estuvo en la silla, Dana comentó:

—No ha estado tan mal.

No, para ella no. Pero él todavía estaba temblando. Y dudaba

que pudiera olvidar pronto una cosa así.

Tras ajustarse sus propios estribos, Will montó y se adelantó con la yegua. Como si fuera un niño siguiendo a su mamá, Pete comenzó a caminar tras él.

Pasaron por los campos y se dirigieron hacia el pequeño arroyo en el que Will había tenido algunos de sus mejores pensamientos. Aunque últimamente no había tenido demasiadas cosas en las que pensar, salvo en las finanzas y en cómo conseguir dinero suficiente para montar su propio negocio. Y últimamente, claro, en Dana Landry.

El pequeño remolque que le había alquilado a Marge se veía en la distancia. Will se preguntaba qué diría Dana si supiera que vivía allí, en un lugar de menos de quince metros cuadrados con un solo dormitorio. Allí no había ni chimenea ni una gran cocina, pero era suficiente para él. Will no tenía mucho más que su nombre, pero le gustaba que así fuera. De esa forma le resultaría más fácil marcharse cuando llegara el momento de hacerlo.

Hizo que la yegua aminorara el paso y esperó a que Dana lo alcanzara. Pete ya no tenía ninguna prisa.

—¿Qué tal vas? —preguntó cuando Dana estuvo a su lado.

—Bien, no está tan mal.

—Si tu madre pudiera verte ahora montada en esa silla, pondría el grito en el cielo. Por cierto, ¿a ella qué le parece que Callie esté aprendiendo a montar?

Dana desvió la mirada.

—Mi madre murió antes de que Callie naciera. Y mi padre murió hace dos años.

—Lo siento —y lo decía de verdad. Él no podía imaginarse la vida sin sus padres, aunque no los viera demasiado a menudo.

Dana lo miró sonriente, aunque no podía disimular la tristeza que reflejaban sus ojos.

—Creo que mañana voy a estar muerta de agujetas.

—Eso solo serán las dos primeras veces. Después te acostumbrarás.

Dana lo miró con coquetería.

—¿Y qué le hace pensar, señor Baker, que voy a querer volver a montar?

Will le devolvió la sonrisa.

—Lo harás por Callie. Si aprendes a montar con ella, tendréis muchas más cosas en común. Podréis hacer algo que no suponga ninguna barrera lingüística entre vosotras.

Will vio la ráfaga de dolor que cruzó su rostro y se sintió como un auténtico canalla. ¿Por qué habría tenido que recordarle que no era capaz de comunicarse con su hija? Como si ella misma no se lo recordara cada día sin necesidad de que se lo dijeran.

Aquello le hizo acordarse de algo. Había prometido enseñarle el lenguaje de los signos y aquel era un buen momento para comenzar.

Hizo que la yegua se detuviera. Dana se paró a su lado.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó.

Will señaló uno de los robles y después hizo un signo con las manos.

—¿Qué me estás diciendo?

—¿No has entendido nada?

Dana sacudió la cabeza.

—He dicho que ese árbol —colocó el codo derecho sobre la palma de su mano y alzó los dedos hacia arriba—, es grande —terminó formando una ele con cada mano—. Ahora inténtalo tú.

—No sé si sabré hacer el árbol…

—Solo tienes que recordar que tienes que hacer un tronco y mover los dedos como si fueran las hojas.

—Nunca consigo acordarme. Son demasiadas palabras.

—Claro que te acordarás. Callie y yo podemos ayudarte. Antes de que te des cuenta, nos estarás hablando por señas.

Will retrocedió mentalmente. Aquello sonaba como una especie de compromiso. Como si estuviera pensando en pasar mucho tiempo con Dana y con Callie. Y la verdad era que no tenía pensado nada parecido. Debía tener más cuidado. No podía permitir que Callie y Dana dependieran de él.

—En cualquier caso —continuó diciendo, evitando mirarla—, dentro de algún tiempo Callie y tú podréis hablar como si fuera lo más natural del mundo.

—Me temo que se me dan mejor los números que los juegos de palabras.

—El lenguaje de signos no es precisamente un juego —pensó un momento. Quizá estuviera a punto de cometer un grave error.

Capítulo 4

Mientras cabalgaban, Will iba haciendo signos exagerados, uniendo frases y haciendo poemas. Dana reía al tiempo que aprendía. De hecho, rió más de lo que se había reído desde hacía años.

Pero tenía la sensación de que bajo la apariencia alegre de Will se ocultaba una gran tristeza. Dana deseaba saber más sobre él. Quería conocer al hombre que se escondía tras aquel vaquero fuerte y alegre. Pero no estaba segura de que Will quisiera revelar mucho más sobre sí.

Para cuando llegaron a la puerta del establo, estaba agotada de reír y terriblemente dolorida. Habían cabalgado durante casi dos horas y solo se habían detenido para que los caballos bebieran.

Dana bajó sola de la silla, intentando disimular el dolor provocado por las incipientes agujetas y al volverse se encontró con la oscura mirada de Will.

—¿Estás un poco dolorida, señorita Dana? —preguntó él en tono burlón.

—Solo un poco. Sobre todo el trasero —sostuvo las riendas con una mano y se frotó el trasero con la otra.

Will siguió aquel movimiento con la mirada. Cuando volvió a mirarla a los ojos, algo brillaba en sus profundidades.

—Un buen baño bastará para aliviarte ese dolor —se volvió hacia el establo y metió en él a Pete.

Una vez en el interior, Dana se acostumbró a la mínima luz que había mientras observaba a Will desensillar a los caballos. Sus brazos y piernas exudaban fuerza. Parecía hacer sus tareas sin ningún tipo de esfuerzo.

Por su parte, los músculos de Dana parecían gritar su protesta. Sentía los brazos y la espalda terriblemente tensos. Alzó la mano y se frotó el cuello.

Will metió a cada uno de los caballos en sus respectivos pesebres y se volvió hacia ella.

—¿Te duele mucho? —le preguntó.

Dana dejó caer las manos.

—No estoy tan mal, de verdad.

Will se acercó a ella en dos grandes zancadas.

—Date la vuelta y apóyate contra esa puerta.

—¿Qué? —preguntó Dana, odiando el temblor de su propia voz.

—No pongas esa cara. No voy a atracarte ni nada parecido. Te estoy ofreciendo ayuda solamente.

—¿Y cómo piensas ayudarme?

—Date la vuelta y aprovecha la oportunidad que te ofrezco por una vez en tu vida.

El corazón de Dana parecía estar jugando a la rayuela mientras ella calculaba el riesgo. No tenía idea de lo que Will pretendía, pero temía que no le gustara… O, peor aún, que le gustara demasiado.

—No sé si debería…

—Si quisiera hacerte daño, ¿no crees que podría habértelo hecho ya? Confía en mí, Dana.

Y Dana decidió confiar en él. Tomó aire, giró lentamente y posó las manos en la madera.

—Échate el pelo a un lado —susurró Will contra su oído.

Dana vaciló un instante, pero inmediatamente deshizo la coleta y apartó el pelo de su cuello. Will tomó su nuca con las dos manos y comenzó a darle un masaje en sus tensos músculos. La tensión iba abandonándola a medida que Will ponía en funcionamiento su magia. Dana se reclinó contra la pared, esperando que las rodillas pudieran sostenerla en aquel lánguido estado. A continuación Will deslizó las manos por su espalda, presionando con los pulgares su

columna vertebral con movimientos firmes, pero delicados. Duros y tiernos a un tiempo.

—¿Dónde has aprendido a hacer eso? —Dana bajó la barbilla, para permitirle un mejor acceso a sus hombros.

—Ha sido una cuestión de práctica.

Dana se lo imaginó administrando masajes a todo tipo de chicas. Y estuvo a punto de apartarse bruscamente de él.

—¿Siempre has sido entrenador de caballos?

—No, al principio me dedicaba a los rodeos. Lo de entrenar caballos ha sido posterior. Y lo de los rodeos estoy empezando a abandonarlo, tengo ya treinta años y soy demasiado mayor para hacer más de dos cosas a la vez.

Will deslizó las manos por su cintura, incrementando la presión al trabajar los músculos bajos de la espalda.

Dana se estremeció al sentir que alzaba las manos, alcanzando con las yemas los bordes de sus senos.

—Estoy segura de que puedes manejar a las mujeres y a los caballos al mismo tiempo sin ningún tipo de problema —debía haberse vuelto loca para decirle algo tan personal. Además, no estaba segura de querer oír la respuesta.

—Solo en las raras veces en las que la ocasión lo exige.

Al imaginarse a Will con otras mujeres, Dana sintió el aguijón de los celos. Le habría encantado preguntarle si eran muy raras aquellas ocasiones. Desprendiéndose de aquella pregunta, al tiempo que de las manos de Will, se volvió hacia él.

—Gracias. Ya me encuentro mucho mejor.

Will pestañeó sorprendido.

—¿Hay algo más que pueda hace por ti?

Si unos minutos atrás Dana sentía débiles las rodillas, en ese momento tenía la sensación de que se le habían transformado en

gelatina.

—No, ahora lo único que necesito es meterme en la cama —¿cómo podía ser tan estúpida? Solo eran las cuatro de la tarde. Se llevó la mano a la sien—. Estoy agotada. Esta semana he tenido mucho trabajo.

—¿Te duele la cabeza?

Antes de que hubiera podido contestar, Will estaba ya tomándole el rostro con las manos y dándole un suave masaje en las sienes. Dana abrió inmediatamente los ojos. Quería protestar, decirle que se apartara, pero no tenía fuerzas suficientes.

—En realidad, tengo la cabeza perfectamente… —y contra todas las recomendaciones del sentido común, cerró los ojos—. Mmm… Qué agradable.

Estaba tan absorta en sus delicados cuidados, que no se dio cuenta de que Will se había acercado hasta que sintió el calor de su aliento sobre la frente. Sintió la tentación de ver una vez más su hermoso rostro, su maravillosa sonrisa. Y aunque sabía que sería mucho más prudente alejarse de él, cometió la tontería de abrir los ojos y encontrarse con su mirada.

Will deslizó entonces la mano por su pelo y le acarició las mejillas con los pulgares.

—¿Quieres saber lo que te dije ayer? —preguntó con voz ronca.

—Sí.

Will repitió el signo, en aquella ocasión rodeando el rostro de Dana con delicadeza.

—Dije que eres preciosa —le apartó un mechón de pelo de la mejilla—. Y es cierto, lo eres.

Dana no tuvo tiempo de prepararse para su beso. Y aunque lo hubiera tenido, le habría resultado imposible hacerlo. Entreabrió los labios sin pensarlo dos veces y Will deslizó la lengua en su interior, prendiendo un fuego que atravesó todo su cuerpo.

Por una vez en su vida, Dana abandonó sus inhibiciones y se

permitió exploras aquel maravilloso terreno. Sentía una intensa necesidad de abandonarse. De no pensar en nada que no fueran los deliciosos labios de Will y las caricias de aquellas manos que descansaban en su trasero. Will inclinó la cabeza y el beso se profundizó, haciéndose más salvaje y urgente. La estrechaba con fuerza contra él y Dana podía sentir cada parte de su cuerpo: su pecho presionando sus delicados senos, sus musculosos muslos y la más evidente expresión de su deseo.

Dana casi sentía vértigo mientras las llamas del deseo alcanzaban rincones de su cuerpo de cuya existencia ya prácticamente se había olvidado. Hacía mucho tiempo que nadie la besaba y quería que aquello continuara eternamente. Pero Will se separó de ella, retrocedió y se frotó con gesto preocupado la barbilla.

—Lo siento, no era exactamente eso lo que pretendía hacer.

Dana se llevó un dedo a los labios.

—No pasa nada. Simplemente ha ocurrido, no hay nada de lo que tengamos que preocuparnos.

—Mira, Dana, creo que eres una de las mujeres más hermosas que he conocido en mucho tiempo. Eres atractiva, tienes estilo y una hija encantadora —la miró a los ojos—. Y tengo que admitir que he estado pensando en besarte desde el día que nos conocimos. Pero, suceda lo que suceda entre nosotros, bueno… Solo quiero que sepas que no soy un hombre que esté pensando en nada estable. Me gusta vivir al día en todos los sentidos.

—¿Estás pensando que podría intentar atraparte? —preguntó Dana indignada—. ¿Que soy una divorciada desesperada por agarrar a un hombre porque es capaz de hablar con mi hija? —elevó los ojos al cielo—. Por favor, Will.

—No es eso lo que estoy diciendo. Y no creo que estés en absoluto desesperada. No tienes ninguna razón para estarlo. Cualquier hombre se sentiría afortunado al poder tenerte.

—Pero tú no.

—No, yo no. Por lo menos ahora. Quiero que sepas que estoy seguro de que podemos pasarlo muy bien juntos, pero que no puedo

hacerte promesas.

¡Dios santo! La había besado una sola vez y ya estaba pensando que ella iba detrás del matrimonio.

—Will, tú también me gustas. Eres divertido y, además, admito que el hecho de que hayas conectado bien con mi hija es un punto a tu favor. Así que, ¿por qué no pasamos un buen rato y nos dejamos de cuestiones más serias?

—De acuerdo. Nada de cuestiones serias —sonrió de una forma tan sexy que Dana estuvo a punto de volver a perder la razón.

—Y ahora, será mejor que me vaya a casa —dijo, aunque lo único que la esperaba en casa era una buena dosis de trabajo. Desde luego, no le parecía muy tentador.

Caminaron en silencio hasta el coche de Dana. Una vez allí, esta se volvió.

—Bueno, Will. Nos veremos el viernes.

—¿Qué vas a hacer mañana?

—No estoy segura, ¿por qué?

—Hay un restaurante que no está lejos de aquí en el que preparan unas barbacoas condenadamente buenas. Justo al lado hay una pista de rodeo en la que nos reunimos algunos amigos de vez en cuando. Es más divertido que una competición oficial y he pensado que a lo mejor tú y Callie…

—Callie va a pasar la noche del domingo con su padre.

—Oh, bueno, no tienes, por qué…

—Me encantaría ir, si no te importa que te acompañe.

—No te lo habría pedido si no quisiera que vinieras.

—¿A qué hora?

Will le mostró la mano extendida.

—A las cinco —respondió Dana sonriente—. Bueno, parece que he aprendido algo.

—Desde luego —respondió Will riendo—, pasaré a buscarte a las cinco.

Aquello sonaba terriblemente parecido a una cita.

—¿Y no podemos encontrarnos allí?

—No es fácil encontrar ese lugar. Y además, con lo guapa que eres y si apareces montada en un trasto como este —palmeó el coche —delante de un montón de vaqueros, no me atrevo ni a pensar en lo que podría suceder.

Ella tampoco.

—De acuerdo, a las cinco entonces.

El domingo por la tarde, Dana permanecía sola con sus pensamientos en una mesa situada al lado de la pista de rodeos. Will había estado con ella el tiempo suficiente para comer un poco e inmediatamente había ido a ocuparse de los asuntos relacionados con la monta.

Intentó dominar un bostezo. Miró el reloj y vio que eran ya más de las diez. ¿Durante cuánto tiempo podría prolongarse la velada?

Estaban ya en la ronda final en la que quedaban solamente dos equipos, de los cuales, uno lo conformaban Will y Boyd. En ese momento acababan de atrapar al novillo que les había dado el triunfo y Will se dirigía hacia la puerta de salida de la pista con una enorme sonrisa en el rostro y el brazo levantado en señal de victoria. En cuanto desmontó, se arremolinó una multitud a su alrededor. Dana estiró el cuello para intentar verlo desde su mesa. Un grupo de chicas se congregaron a su alrededor como abejas atraídas por el polen.

¿Cómo podía competir ella con jovencitas de veintidós años, vestidas con vaqueros ajustados y minúsculos tops? Era imposible. De hecho, ni siquiera encajaba en aquel ambiente. Se preguntaba si Will se arrepentiría de haberla invitado a ella, en vez de a la rubia voluptuosa que en aquel momento se colgaba de su brazo.

Will le dijo algo a la chica que hizo que bajara la mano. A continuación miró a Dana, se encogió de hombros y caminó hacia ella.

Dana se reclinó en su asiento y fingió estar mirando a su alrededor hasta que oyó un golpe en la mesa. Alzó la mirada hacia Will, que llegaba con el sombrero y el rostro cubiertos de polvo. Tenía el aspecto de un niño travieso que hubiera estado jugando con tierra durante todo el día.

—Apuesto a que estás deseando marcharte de aquí —comentó Will.

—No, es interesante, y divertido.

Will le acarició la mejilla.

—No tienes por qué mentir. Te he visto intentando contener un bostezo en un par de ocasiones.

—Estoy un poco cansada, eso es todo. ¿Siempre ganas tú?

—No siempre, pero gano la mayor parte de las veces —miró hacia Boyd—. Lo más importante de todo es conseguir una buena pareja.

Dana apoyó la mejilla en su mano, completamente hechizada por el brillo de los ojos de Will.

—Eres demasiado modesto.

—No, solo estoy diciendo la verdad. Un buen equipo puede sustituir perfectamente a la falta de talento —le tendió la mano—. Vamos a casa antes de que te quedes aquí dormida. Supongo que mañana tendrás que levantarte temprano.

—Si, tienes razón —tomó la mano que Will le ofrecía y le sorprendió que este no la dejara apartarse de él mientras caminaban entre la multitud. La sujetaba con fuerza, con un gesto de posesividad que despertó algo primitivo en el interior de Dana. Y tenía que admitir que le encantaba que aquella gente, especialmente las mujeres, la miraran como si acabara de ganar el gran premio.

Will miraba a Dana de vez en cuando, observando su perfecto perfil. No habían hablado mucho durante el trayecto. El único ruido que se oía en la camioneta era el procedente del remolque en el que transportaba el caballo.

Durante los últimos kilómetros había conducido más despacio de lo normal. No quería que aquello terminara. No quería despedirse tan pronto de ella. Quería pedirle que lo invitara a una cerveza. O a un vaso de agua. Cualquier cosa que le permitiera estar algunos minutos más con ella.

Will aparcó el camión en la acera, frente a la casa de Dana y, en un impulso, apagó el motor.

—Siento que no hayas disfrutado de esta noche —le dijo, mirándola a los ojos.

—Claro que he disfrutado. He aprendido mucho.

—¿Ha sido una clase de paciencia?

Dana le tomó la mano.

—Estoy hablando en serio. De momento he aprendido a decir vaca. Quizá todavía quede alguna esperanza para mí.

Sus ojos brillaban como el cristal y atraían a Will como si fueran un imán. Will quería verlos oscurecerse de deseo mientras él la besaba hasta dejarla sin sentido. Quería ver su melena revuelta tras haber hecho el amor. Quería despertarse con ella en sus brazos. La deseaba. Mucho.

Volvió a poner el motor en marcha, bajó la ventanilla y encendió la radio. Cualquier cosa para ganar tiempo. Cuando la suave melodía de George Strait se filtró en la cabina del camión, esperaba oír las protestas de Dana contra su gusto musical. Pero, frente a todo pronóstico, Dana apoyó la cabeza en el respaldo del asiento y comentó en un ronco susurro:

—Bonita canción.

El deseo se filtró por el cuerpo de Will como la brisa que había

inundado la cabina. Aquello le hizo dudar. Quería besarla otra vez. Y si se hubiera tratado de otra mujer, no habría vacilado.

Pero Dana no era como las demás mujeres. Ella necesitaba a un hombre que pudiera estar a su lado al día siguiente. Y al siguiente también. Alguien que pudiera ofrecerle una vida estable, que pudiera darle hijos. Un padre para Callie. Necesitaba mucho más de lo que él podía darle.

Por su parte, él quería cualquier cosa que ella pudiera ofrecerle, aunque fuera solo un beso de buenas noches.

Apoyó el brazo en el asiento y jugueteó con un mechón de pelo de Dana que acariciaba la base de su cuello.

—Estás preciosa esta noche. Bueno, en realidad siempre lo estás.

Dana se volvió hacia él con una sonrisa en los labios.

—También lo estaban las otras chicas.

¿Estaría celosa?

—Cariño, no te llegan ni a la suela del zapato. Hay muchas como ellas. Pero tú eres una entre un millón.

Dana desvió la mirada.

—Apuesto a que eso se lo dices a todas tus admiradoras.

Will la tomó por la barbilla para que pudiera verlo mientras le decía:

—Jamás se lo he dicho a nadie. Solo a ti.

Dana sonrió y se inclinó hacia él. Will podía oler su perfume y sentir el calor de su cuerpo. Y todas sus diferencias, todas las razones para evitarse, se derritieron como la cera bajo el fuego.

Will la abrazó y rozó sus labios con los suyos, vacilando al principio, dándole la oportunidad de rechazarlo. Pero Dana no lo hizo, al contrario, profundizó su beso. El sabor de sus labios despertaba sus sentidos; y sentir sus voluptuosas curvas bajo su mano le aceleraba al pulso hasta alcanzar un vertiginoso ritmo.

Posó la mano en el muslo de Dana y fue deslizándola por su cadera hasta alcanzar el borde de sus senos, deseando avanzar, pero sin atreverse a hacerlo. La atrajo hacia él. Pero Dana no estaba nunca suficientemente cerca. Deseaba tumbarla en el asiento y sentir cómo se moldeaban todas sus curvas contra él.

Pero por culpa del volante no había sitio suficiente. Se sentó en medio del asiento y colocó a Dana en su regazo, con las piernas estiradas sobre el asiento de pasajeros. Dana le rodeó el cuello con los brazos, tirándole involuntariamente el sombrero. Por supuesto, a Will no le importó. Si no se detenían, aquella no iba a ser la única prenda de ropa que terminara fuera de su sitio.

Al principio sentía a Dana tan flexible como una soga entre sus manos. Pero después comenzó a retorcerse contra él.

Will deslizaba la lengua entre sus labios entreabiertos. Capturó un gemido acabado de escapar de la deliciosa garganta de Dana y succionó lentamente su labio inferior. Y cuando Dana volvió a moverse, decidió aprovechar la oportunidad para hacer algo que quizá no debería haber hecho.

Como si su mano tuviera voluntad propia, deslizó los dedos por su pecho. Su cerebro le decía que se detuviera inmediatamente, pero su cuerpo planteaba que tocar a Dana era precisamente lo que tenía que hacer. Quería aprenderse cada una de sus curvas, explorar las colinas y los valles que la convertían en una mujer tan sexy y suave. Tomó el último botón de su camisa, pero comprendió que necesitaba su permiso por mucho que deseara desabrocharlo.

—Dana…

Dana, como si no le hubiera oído, cubrió de besos su cuello y su oído, sin decir nada. Y a continuación buscó sus labios para darle otro tórrido beso.

El sentido común desapareció como un bandido perseguido por la policía. Consiguió desabrochar tres botones en un tiempo récord. Pero mientras acariciaba aquellos senos cubiertos de encaje, oyó campanas de alarma en su cabeza. Debería actuar como un hombre de treinta años en compañía de una dama y no como un adolescente de dieciocho.

Sin embargo, cuando comenzó a retirar la mano, Dana lo agarró de la muñeca para hacerle posar la palma de su mano contra su seno. Will sintió que el sujetador se tensaba y después se aflojaba; comprendió que Dana acababa de desabrochar el cierre delantero. Y, olvidándose de todo, salvo de su deseo, Will apartó el encaje para poder tocar la seda de sus senos.

Tampoco eso bastaba. Sentía una necesidad sobrecogedora de verla, de saborearla. Cubrió de besos su cuello trazando un camino que terminaba sobre su seno. Dana gimió de placer al sentir la lengua de Will sobre su pezón erguido. Se retorcía contra él mientras él lamía sus senos.

¿Hasta dónde le dejaría llegar?

Will ya casi estaba dispuesto a ceder a las súplicas de su cuerpo. Casi. Sabía que se merecía algo mejor.

La soltó de repente y se reclinó en su asiento.

—Dana, creo que será mejor que nos detengamos. Me siento un poco incómodo con esto —tanto física como emocionalmente.

Dana abrió los ojos, se mordió el labio inferior y se sonrojó violentamente mientras regresaba a su asiento. Allí permaneció sin moverse ni hablar, limitándose a mordisquearse el labio inferior de tal manera que Will pensó que iba a terminar haciéndose sangre.

—Eh —le acarició suavemente, la mejilla—. Lo siento.

Dana, creo que me he dejado arrastrar por el entusiasmo. No tenemos por qué hacer nada más que sentarnos aquí a hablar.

—Ya es un poco tarde para eso, ¿no crees? —musitó Dana.

Justo en ese momento, un haz de luces delante de su casa le hizo olvidarse de lo embarazoso de aquella situación.

¡Rob!

De todas las personas a las que no quería ver en ese momento, él ocupaba el primer lugar de la lista.

—¿Quién es? —preguntó Will al tiempo que recuperaba su

sombrero.

—Mi ex —graznó mientras se abrochaba rápidamente el sujetador y los botones de la blusa. Intentó alisarse el pelo. Esperaba que su aspecto no reflejara lo que había estado haciendo en la cabina del camión. Rob necesitaba pocas razones para hacerle reproches.

Para cuando salió del camión, su ex marido estaba esperándola en la entrada de la casa. Callie estaba a su lado.

—Me alegro de que hayas decidido reunirte con nosotros —dijo Rob mientras ella se aproximaba.

—Acabo de llegar —se quedó mirándolo fijamente, decidida a no dar explicaciones sobre su conducta.

Rob se frotó la barbilla y arqueó una ceja.

—¿Ahora te dedicas a llevar la contabilidad del circuito de rodeos?

Todas las esperanzas de Dana de renunciar a darle explicaciones murieron cuando vio a Will apoyado contra la puerta del asiento de pasajeros del camión. Había inclinado el sombrero de tal manera que era imposible verle los ojos.

—Es un amigo. El profesor de equitación de Callie —explicó, y se volvió hacia su hija—. Hola, cariño, ¿qué estás haciendo aquí?

—Ha estado llorando como una niña de dos años hasta que he accedido a traerla a casa —respondió Rob—. Y, exactamente, ¿qué es tuyo?

—Ya te lo he dicho, un amigo.

Se oyó entonces el sonido de los cascos del caballo contra el metal. Evidentemente, Pete estaba deseando marcharse.

Rob se inclinó hacia delante y fijó la mirada en el remolque de Will.

—Asociación de Laceros a Caballo —leyó. Después suspiró, como si estuviera hablando con una niña traviesa—. ¿Un vaquero,

Dana? Me decepcionas. Los barrios bajos nunca han sido tu estilo.

Dana estaba a punto de decirle lo que podía hacer con su decepción cuando Will comenzó a caminar a grandes zancadas hacia ellos.

Callie corrió a su encuentro, Will la levantó en brazos, le dio un beso en la mejilla y la dejó nuevamente en el suelo.

—Eh, amiga. Te he echado de menos este fin de semana —le tendió la mano a Rob—. Will Baker —se presentó.

Dana soltó el aire que había estado conteniendo, temiendo que Will saludara a Rob con un puñetazo. En cualquier caso, la sonrisa de Will era de todo menos sincera. Pero dudaba que Rob lo hubiera notado. Estaba demasiado ocupado juzgando los vaqueros y las botas de Will con la mirada. Estrechó con desgana la mano que Will le tendía.

—Rob Landry, ex marido de Dana.

—Ya sé quién eres —respondió Will con cierto desdén en su voz.

Rob dejó caer la mano. Tenía que alzar la cabeza para mirar a Will.

—Me gustaría poder decir lo mismo, pero me temo que Dana no te ha mencionado hasta esta noche. Supongo que vuestra relación no va más allá de tus habilidades ecuestres —señaló la camisa de Dana, de la que había desaparecido un botón—. Aunque quizá me equivoque.

Will apretó los puños. Dana sospechaba que estaba haciendo un gran esfuerzo para no golpear a Rob.

Callie miraba alternativamente a Rob y a Will, como si estuviera presenciando un partido de ping—pong. Dana la tomó de la mano.

—Tengo que acostar a Callie. Mañana tiene que ir al colegio.

Rob miró a Will con recelo.

—¿Él se va?

—Sí, de hecho…

—En cuanto este listo —la interrumpió Will—. Todavía no me he despedido apropiadamente —le pasó a Dana el brazo por los hombros y le dio a Callie una palmadita en la barbilla. La niña se echó a reír.

—¿Desde cuándo ha vuelto a hacer ese horrible ruido? —preguntó Rob furioso.

—Se estaba riendo, Robert —replicó Dana furiosa—. Algo que deberías intentar hacer tú de vez en cuando —se volvió hacia Will con la más maravillosa de sus sonrisas y le dijo—: Ven, tómate un café en casa antes de irte.

Will se agachó para tomar la bolsa de viaje de Callie y le pasó el brazo por la cintura a Dana. Mientras se alejaban, se dirigió hacia Rob por encima del hombro.

—Ha sido un placer conocerte, Bob.

—Me llamo Rob, estúpido.

—Rob Estúpido, sí te sienta como un guante —y continuaron andando. Dana tuvo que llevarse la mano a la boca para no soltar una carcajada. En el momento en el que llegaron a la puerta principal, oyó chirriar los neumáticos del Jaguar y supo que su marido había encontrado en Will Baker a un rival digno de él.

Capítulo 5

Callie se fue por fin a la cama, después de que Will le contara un cuento inventado sobre un caballo. Mientras, Dana permanecía en la cocina haciendo café y preguntándose si habría sido sensato invitarlo a pasar. En ese momento necesitaba dormir, no cafeína, para estar en condiciones al día siguiente por la mañana.

Pero la verdad era que no tenía ni pizca de sueño, estaba demasiado nerviosa para meterse en la cama sola y con su enorme sentimiento de culpa. Siempre se había enorgullecido de su capacidad de control. Pero aquella noche se había comportado como una colegiala con las hormonas alteradas.

En cuanto estuvo hecho el café, sirvió dos tazas y las llevó al cuarto de estar, donde había dejado a Will.

—¿Cómo lo quieres? —le preguntó mientras dejaba el azucarero y la leche en la mesa.

—Solo —contestó Will sin mirarla.

Dana se sentó a su lado y bebió un sorbo de café sin saber qué podía pasar a continuación. Dejó de nuevo la taza en la mesa y le dirigió una rápida mirada.

—Bueno, no puedes decir que esta noche no haya tenido un final emocionante.

—Podía haber sido peor. Si Rob os hubiera dicho algo más a ti o a Callie, podría haberle pegado.

—Y la verdad es que me habría encantado. Rob es único para sacarme de quicio.

—Conmigo también lo ha conseguido.

Dana lo tomó por la muñeca.

—Lo siento de verdad. Y espero que no tengas que volver a enfrentarte otra vez con él.

—No pretendía causar problemas. Odiaría proporcionarle una excusa para intentar alejaros a ti y a Callie.

Dana tomó de nuevo su taza de café y rió secamente.

—Eso nunca ocurrirá. No quiere cargar con Callie. Ahora apenas la ve. Además, estamos divorciados, ya no puede controlar mi vida. Puedo hacer lo que me apetezca.

Will la miró por fin.

—¿Y qué es lo que te apetece, Dana?

—Quiero que Callie pueda disfrutar de una buena vida y del apoyo de sus padres.

—Después de haber conocido a tu ex, parece que eso podría no suceder.

—Así que ya te has dado cuenta de cómo es.

—Sí, y no me he gusta lo que he visto —dejó la taza en la mesa y se inclinó hacia delante—. ¿Es él la razón por la que Callie no habla?

—En el primer colegio al que fue Callie la enseñaron a hablar, pero Rob les pidió a los profesores que no la forzaran a hacerlo cuando oyó a otros niños del colegio. Pensaba que la niña podría quedar traumatizada.

—¿Y tú que pensabas?

—No sé, supongo que quizá Rob tenía razón. Me preocupa que Callie sufra.

—Mi impresión es que Callie podría sorprenderos a los dos, es una niña muy fuerte.

Pero solo por fuera. Dana conocía la vulnerabilidad de su hija, aunque ella intentara disimularla.

—Pienso volver a hablar con los profesores cuando vuelva a la escuela.

—Es una gran idea —Will sacudió la cabeza—. Todavía no has contestado a mi pregunta.

—¿Qué pregunta era?

Will la miró con una intensidad que le hizo desear desviar la mirada.

—¿Qué es lo que quieres, Dana? Para ti misma, no para Callie.

—Yo tengo todo lo que quiero.

Sus palabras sonaban vacías, carentes de verdad.

—¿Estás segura de que no quieres nada más?

Dana se tensó, y midió sus palabras mientras contestaba:

—Si te refieres a tener una familia, o más hijos, sí, me gustaría Pero tener una hija como Callie es un freno para la vida amorosa.

—Yo creo que un hombre que se enamorara de ti aceptaría inmediatamente a Callie. Además, ¿por qué no iba a quererla a ella?

—Es sorda, Will, ¿o es que no lo has notado? —no pretendía sonar tan cruel, pero se preguntaba si todo el mundo vivía en las nubes, salvo ella. Nadie deseaba más que ella que Callie fuera una niña normal, pero no lo era—. Y, sinceramente, creo que la mayor parte de los hombres no saben manejarse con una niña con discapacidades.

Will se levantó, tomó su sombrero de detrás del sofá y se lo colocó en la cabeza.

—No todos los hombres son iguales.

Dana comprendió que tenía razón. Él no era como ninguno de los hombres que había conocido, y menos como Rob.

—Lo siento, Will. Es solo que… —bajó la mirada—. Lo siento, de verdad. Ha sido un comentario injusto. Sé que tú no eres así.

—Callie es especial, Dana. Yo no la puedo ver como un problema que hay que esconder en el armario. Y también tiene una

madre muy especial. Te mereces a un buen hombre en tu vida, alguien que os acepte a ti y a Callie.

Aunque no lo dijo, Dana comprendió que no consideraba la posibilidad de ser él quien ocupara ese puesto, por mucho que ella pudiera desearlo.

Dana se levantó del sofá y se descubrió a sí misma caminando hasta el círculo de sus brazos. Pero aquella vez Will no la besó. La distancia emocional contrastaba con su contacto físico. Aun así, se sentía segura entre sus brazos. Por primera vez desde hacía años, había encontrado un lugar en el que deseaba estar. Aquel vaquero amable y considerado podría ganarse su corazón si ella bajaba la guardia. Pero para ello haría falta vivir en un mundo perfecto en el que el amor llegara fácilmente y sin condiciones.

Will se separó de ella y le dio un beso en la mejilla antes de dirigirse hacia la puerta.

—Te veré el viernes —le dijo Dana.

Will se detuvo en la puerta, con el picaporte en la mano. Sin decir una sola palabra, volvió hasta ella y la envolvió en sus brazos. Aquella vez la pasión se inflamó, el deseo explotó en cuanto sus labios se encontraron. Fue un beso duro, ardiente, sus lenguas se enredaban con un hambre que Dana apenas conocía.

Will la soltó tan rápidamente como la había abrazado.

—Dana, quiero verte, pero como ya te he dicho antes, no estoy buscando nada permanente.

Dana lo interrumpió posando un dedo en sus labios.

—Nada de promesas, ¿recuerdas? Soy suficientemente adulta para saber lo que hago.

—Solo quiero que entiendas que no quiero hacerte daño.

—Soy más dura de lo que crees, Will Baker.

Will sonrió entonces, con aquella maravillosa sonrisa de mil voltios capaz de ensombrecer a las estrellas.

—Estoy seguro, Dana Landry. Y esa es una de las cosas que me gustan de ti —se inclinó hacia delante y le dio un beso en la mejilla —. Te veré el viernes entonces.

Mientras Will se adentraba en la noche, Dana experimentó una afilada sensación de soledad. Quería pedirle que volviera, decirle que estaba dispuesta a asumir el riesgo. Aquella noche, Will le había hecho sentirse más viva de lo que se había sentido en mucho tiempo. Y quería más, cualquier cosa que Will estuviera dispuesto a darle.

Para cuando recibió su quinta lección, Callie ya había comenzado a galopar. Will la observaba emocionado, recordándose al tiempo que no era su hija, que nunca sería nada más que una alumna.

Pero no iba a ser fácil. Había evitado enfrentarse a Dana durante las dos semanas anteriores, había eludido las preguntas de sus ojos y se había resistido a la urgencia de invitarla a cenar. Afortunadamente, había tenido que ir a un par de rodeos, lo que había impedido que cediera al impulso de dar un paso adelante en su relación.

Aquel día había dejado a Callie sin salir del coche siquiera. Según Callie, tenía que hacer unos recados. Y Will se descubría mirando por encima del hombro cada vez que oía acercarse un coche. Estaba hundido hasta el cuello en el pozo del deseo.

—Esa niña se va a romper las manos intentando que le prestes atención, Will.

Will volvió la cabeza y descubrió a Marge tras él. Volvió a mirar a Callie, que le estaba diciendo por señas que la mirara mientras galopaba nuevamente con Pete.

—La estoy mirando.

—Hace un minuto estabas a kilómetros de aquí, probablemente soñando con tu próximo premio. Pero el dinero no te servirá de nada si dejas que esa niña se caiga porque no la estás mirando. Su madre te pondría una demanda que te dejaría sin nada.

—Dana no es así —contestó enfadado.

—Así que la tuteas, ¿eh? ¿Y desde cuándo, si puede saberse?

—Desde que la conozco. Aunque no lo parezca, es una mujer muy sencilla.

—Vaya, vaya. Will Baker, así que el Norte de Dallas te está haciendo sudar, ¿verdad?

—Estoy sudando, es verdad, pero sobre todo por este calor infernal y por tus preguntas. Así que deja de molestarme. Estoy dando clase.

—Entonces atiende a tu alumna. Y, por cierto, hablando de enseñar. He estado observando los progresos que ha hecho esa niña desde que está contigo. Deberías considerar la posibilidad de hacerte cargo de un programa de clases para niños con problemas.

Will se echó el sombrero hacia atrás y se secó el sudor de la frente.

—Ni soñarlo. Ya tengo bastante con entrenar caballos. Y con el dinero que gano me basta.

—Quizá te baste económicamente, pero eso no alimenta tu alma. ¿No crees que ya va siendo hora de sentar cabeza?

—Ya está bien, Marge —dijo Will entre dientes.

No estaba muy seguro de a qué se debía su enfado. Nunca le habían molestado los consejos de Marge. Pero aquella vez le había afectado de manera especial. No, no podía considerar la posibilidad de sentar cabeza. Si las cosas hubieran sido diferentes, quizá podría haber encontrado una buena mujer. Una mujer que aceptara que no quería tener hijos propios. Y esa mujer no era Dana. Dana quería tener más hijos. Y él no podía dárselos.

—¿Qué tal lo está haciendo Callie hoy?

Will se volvió al oír su voz, incapaz de hacer otra cosa. Dana permanecía tras él, protegiéndose los ojos del sol con la mano. Verla en ese momento fue como recibir un puñetazo en pleno rostro.

Estaba demasiado guapa para ignorarla, con aquel vestido de

tirantes que la brisa hacía ondular. Nunca la había visto vestida de aquella forma, tan sencilla, tan inocente. Parecía un auténtico ángel.

—Cada vez mejor —respondió Marge.

Will agradeció en silencio a Marge que le hubiera dado aquella oportunidad de poner orden en su cerebro antes de hablar.

—Perfectamente —respondió él—. El que creo que está un poco cansado es Pete. No está acostumbrado a dar tantas vueltas. Probablemente esté mareado.

—A mí me parece que está perfectamente —repuso Dana—, pero si quieres podemos dar ya por terminada la clase.

Dana evitaba mirarlo directamente. De hecho, miraba a todas partes excepto a él. Will sabía que algo andaba mal, pero no estaba muy seguro de cómo manejarlo. Y, aunque no tenía ninguna gana, sabía también que tenía que aclarar las cosas antes de que Dana se fuera. Se volvió hacia Marge y le pidió:

—¿Puedes ocuparte de Callie? Me gustaría hablar un momento con su madre.

—Sí, claro, Will. Tómate todo el tiempo que quieras. Me llevaré a Callie a casa y le invitaré a un refresco.

En cuanto Marge se metió en la pista para ayudar a Callie, Will le dijo a Dana:

—Tenemos que hablar.

Dana apoyó una mano en la cadera.

—Adelante.

—Aquí no.

—A mí me parece que aquí estamos perfectamente.

Sin decir una sola palabra más, Will la agarró del brazo y la condujo hacia un establo reservado para yeguas a punto de parir. En aquella época del año estaba vacío. Una vez dentro, Dana se

apoyó contra uno de los pesebres y frunció el ceño:

—Habla, soy todo oídos.

Era toda una mujer, pensó Will, con su melena castaña flotando alrededor de sus hombros y la cremosa piel de su cuello y sus brazos al descubierto, parecía una auténtica visión.

—Bueno, ¿vas a decirme algo o te vas a quedar toda la mañana mirándome?

La determinación de su barbilla le hizo sonreír. Dana estaba sacando su genio.

Will se quitó el sombrero, se pasó la mano por el pelo y volvió a ponérselo.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

Dana elevó los ojos al cielo.

—¿Para eso me has traído aquí? —se cruzó de brazos—. De acuerdo, tendremos una pequeña conversación. Estoy bien, Will, ¿y tú?

—¿Estás enfadada conmigo?

Dana dejó caer las manos a ambos lados del cuerpo.

—No, ¿por qué voy a estar enfadada?

—Sé lo que estás pensando, Dana.

—¿Ah, sí?

—Estás pensando que he estado evitándote.

—Y es cierto.

—He estado muy ocupado con los rodeos y me han surgido un par de proyectos para el invierno y… —le falló la voz al advertir el cinismo de la mirada de Dana. No se estaba creyendo nada de lo que le decía—. De acuerdo, he estado evitándote.

—Y ahora que lo sé, ¿te importaría decirme por qué?

—Simplemente pensé que era mejor que no siguiéramos viéndonos. Las cosas estaban yendo demasiado rápido. No quería hacerte…

—¿Daño?

—Sí.

—¿De verdad crees que unos cuantos besos podrían hacerme caer a tus pies? —rió sin humor—. Tengo una niña, tengo responsabilidades. No necesito a un hombre para demostrar mi valor.

Will dio un paso adelante.

—No es eso lo que estoy diciendo.

—¿Entonces qué es lo que estás diciendo, Will? ¿Que te doy miedo?

Dios, sí, eso era. Tenía miedo de acercarse demasiado a ella. De no ser capaz de separarse cuando llegara el momento. Pero por supuesto no pensaba admitirlo.

—No, no tengo miedo.

—¿Entonces estás diciendo que no quieres estar conmigo?

Diablos, claro que quería estar con ella. Quería abrazarla, tocarla, pero si lo hacía volverían a enredarse.

—¿Y bien? —preguntó ella.

—Ahora mismo quiero…

Will no fue capaz de decir lo que quería porque cualquier cosa que no fuera admitir que la deseaba sería mentira. Y él no quería mentirle a Dana. Aunque tampoco podía permitirse el lujo de decirle toda la verdad.

Dana sonrió satisfecha.

—Hay cosas mucho peores que un poco de química entre un hombre y una mujer, ¿no crees?

¿Un poco de química? Si las chispas que saltaban entre ellos fueran reales, en ese momento él estaría envuelto en llamas.

Dana lo miró a los ojos. Y Will se sintió como si estuviera siendo arrastrado por un remolino, succionado por aquellos ojos azules. Los ojos de Dana resplandecían. Y él había visto antes aquella mirada. Deseo, puro y simple. Fijó la mirada en sus labios, después en sus senos. Y, utilizando toda la fuerza de voluntad que fue capaz de reunir, la posó nuevamente en sus ojos.

Dana dio un paso adelante.

—Una vez me dijiste que tenía que aprovechar mis oportunidades. Eso es lo que estoy haciendo. Conozco los términos de nuestra posible relación y ya he tomado una decisión sobre hasta dónde quiero que vayan las cosas.

Dana se humedeció los labios, haciendo estragos en la capacidad de control de Will.

—Quiero estar contigo, Will, durante el tiempo que esto dure. Después sucederá lo que tenga que suceder.

Y, como si estuviera moviéndose a cámara lenta, terminó entre sus brazos. Sus labios se fundieron en un largo y tórrido beso. Will estaba completamente entregado a su sabor, a la sensación de su boca, a la caricia de su lengua mientras jugaba contra la suya.

Interrumpió el beso para tomar el lóbulo de la oreja con sus labios.

—¿De verdad es esto lo que quieres, Dana? —le susurró al oído, deslizando la mano por su espalda.

—Sí —respondió ella en un jadeo.

—¿Solo esto? —bajó las manos hasta su trasero.

—Sí —repitió, aquella vez con más convicción.

El calor que hacía en el establo era sofocante. Y también el

deseo de Will por ella.

Dio un corto paso e hizo apoyarse a Dana contra la pared del establo, al tiempo que iniciaba otro apasionado beso. Acarició su trasero a través de la fina tela de algodón, deseando que aquel material desapareciera para poder sentir el contacto de su piel.

Dana gimió suavemente al sentirlo bajar los dedos por sus muslos. Will sentía un intenso calor en el sexo. Se meció hacia delante, al ritmo que marcaba con las caricias de sus manos. Dibujó la línea de la barbilla de Dana con los labios y se deleitó al sentir su pulso cuando cubrió de besos su cuello.

Will la estrechaba con fuerza contra él, enviándole la señal alta y clara de que en aquel momento la deseaba más que a cualquier otra cosa en el mundo.

Intentó dejar de moverse, por miedo a precipitar las cosas hasta un punto en el que fuera imposible dar marcha atrás.

—No te detengas —dijo Dana con voz suplicante.

—Dana, no sabes lo que me estás haciendo.

Dana no dijo nada, se limitó a continuar moviéndose contra él. En un impulso, Will deslizó la mano por debajo de su falda hasta dar con el satén que cubría su trasero. Deslizó la mano dentro de aquel delicado material para poder tocarla como quería hacerlo.

La piel de Dana era como terciopelo bajo sus dedos. Pero aun así, todavía no estaba suficientemente cerca. La estrechó con fuerza. Dana respiraba cada vez más rápido. Will incrementó la presión de sus manos y su cuerpo al tiempo que la besaba, hundiendo la lengua entre sus labios entreabiertos e imitando con ella los movimientos de su cuerpo. Deseaba, como nada en el mundo, que Dana se tumbara para poder apartar las barreras que los separaban y hundirse en su interior. Pero Dana se merecía algo más que un sucio establo. Y aun así, no quería dejarla marchar. Quería oírla gemir de placer.

Continuó moviéndose contra ella y hundiendo los dedos hasta encontrarse con sus más húmedos y cálidos rincones.

Dana se estremecía con sus caricias y Will ardía en el deseo de

enterrarse dentro de ella. Allí. Justo en ese momento.

Oyó entonces su nombre. Pero no era Dana la que lo había pronunciado. Y solo Marge podía haberlo pronunciado de manera tan brusca.

Will dejó caer las manos a ambos lados de su cuerpo y retrocedió.

—Nos están buscando.

Dana se apartó un mechón de pelo de su sofocado rostro y se quedó mirándolo fijamente.

—¿Qué?

—Marge y Callie.

—Oh, Dios mío, ¿qué estoy haciendo?

Will se hacía a sí mismo esa misma pregunta, ¿qué estaba haciendo al pensar que podía hacer el amor con ella en aquel lugar? Dios santo, toda su cordura parecía haberlo abandonado, dejando en su lugar un deseo incontrolable. Aquella mujer lo estaba volviendo loco.

Cuando oyó unos pasos que se acercaban, volvió a mirar a Dana. No tenía un aspecto demasiado sospechoso, salvo por el color que teñía sus mejillas…

Tomó su sombrero y se lo puso discretamente. No quería darle una sola oportunidad a la vista de águila de Marge.

Marge se acercó a la puerta del establo, pero no entró.

—Has recibido una llamada.

—Diles que dentro de un rato la contestaré.

—Era el ama de llaves de tus padres.

—¿Ha habido alguna emergencia?

—No me lo ha dicho, pero no parecía muy afectada.

Si hubiera sido algo urgente, Marge lo habría sabido inmediatamente. El ama de llaves de los padres de Will tendía a exagerarlo todo.

—Dile que prometo llamarla en unos minutos —miró significativamente a Dana—. Todavía tengo un asunto pendiente.

—De acuerdo, pero no le gustará —repuso Marge mientras se marchaba.

Will se volvió hacia Dana, con su resolución hecha añicos.

—Mira, lo que ha sucedido hace un momento…

—No, no quiero hablar de ello. No me estoy comportando mejor que esas jovencitas a las que parece que no soy capaz de dejar de criticar. Ahora me iré y no volveré a molestarte otra vez.

Cuando intentó pasar por delante de él, Will la agarró del brazo. Dana lo miró con el corazón en los ojos.

—Dana, no huyas. Quiero que comprendas por qué no podemos seguir con esto.

—Lo sé, Will, tú eres un hombre de relaciones pasajeras y crees que yo soy una mujer que busca algo más estable. O quizá pienses que soy tonta… Will le tomó la mano.

—No creo que seas tonta. Creo que ves en mí algo que no existe. Yo no soy lo que tú necesitas.

—¿Cómo lo sabes?

—Simplemente lo sé, eso es todo. Dana apartó la mano. En aquella ocasión era la furia y no el deseo el que encendía su rostro.

—¿De qué estás huyendo, Will? ¿No puedes decirme a qué le tienes tanto miedo?

—No estoy huyendo, Dana. Simplemente estoy haciendo lo que es mejor para ti. Créeme, lo sé.

—No te creo en absoluto —respondió Dana, giró sobre sus

talones y salió del establo sin decir una sola palabra.

Will se dejó caer sobre una bala de heno. Se sentía derrotado. Si su vida hubiera sido diferente, podría haberle entregado su amor a Dana. Podría haberla cuidado, e incluso podría haberle dado otro hijo como Callie. Exactamente igual que Callie, de hecho. Su hijo podría haber heredado su talento para distinguir a un buen caballo, incluso podía haber heredado los hermosos ojos de Dana. Y también la cabezonería de ambos.

Sí, podían haber tenido un hijo perfecto. Pero, a causa de sus genes, también podrían haber tenido un niño incapaz de oír.

Dana recorría nerviosa la casa mientras esperaba la llegada de Rob. A pesar de todo el maquillaje que se había puesto, no había sido capaz de disimular sus ojeras. Apenas había podido dormir. Sus pensamientos se centraban en Will y en su propio comportamiento en el establo.

Ella siempre había sido una persona que actuaba marcándose objetivos concretos, pero no podía comprender por qué había convertido a Will Baker en una meta. Sí, era cierto que era magnífico con Callie, trataba a su hija con un respeto que ella rara vez veía. Pero había mucho más.

Will era un hombre especial, capaz de una compasión que intentaba disimular tras una dura fachada. Y tenía también una sensualidad que despertaba los más profundos deseos carnales de Dana. Aquella mezcla de dureza y ternura lo convertía en uno de los hombres más atractivos que había conocido en su vida.

Había intentado convencerse a sí misma de que lo único que quería era sexo. Pero lo que en realidad ansiaba era reptar bajo su piel y averiguar todos sus secretos. Averiguar por qué le dolía el corazón cada vez que lo miraba a los ojos. Por qué pensaba que él podía llenar el vacío en el que había vivido durante años.

En ese momento sonó el timbre, sacando a Dana de sus pensamientos.

—¿Dónde está Callie? —preguntó Rob en cuanto le abrió. En aquella ocasión llegaba solo.

—En el piso de arriba, iré a buscarla.

—Todavía no. Antes quiero que hablemos de nuestra hija. Creo que la estás mimando demasiado y ya es hora de que dejes de hacerlo.

—La quiero Rob, le doy lo que cualquier madre le daría a su hija.

—A una niña normal. Pero Callie no es una niña normal. O al menos no es todo lo normal que podría ser. Es una niña mimada y caprichosa. He estado hablando con sus profesores y me han dicho que no termina nunca los deberes. Se pasa todo el día dibujando caballos —Rob se frotó la frente e hizo una mueca—. Criaturas de cuatro patas, por el amor de Dios. Y estoy seguro de que tu novio tiene algo que ver con eso.

—Él no es mi novio y Callie siempre ha adorado a los caballos.

—Gracias a ti.

—Sí, gracias a mí. Si fuera por ti, se habría pasado la vida jugando a las construcciones y haciendo planos —Dana bajó la voz e intentó recuperar la calma—. Rob, Callie es una niña normal que no puede oír. Quiere lo mismo que todas las niñas de su edad, tiempo para divertirse y correr libremente. No necesita toda esa rigidez con la que crees que podrás convertirla en algo que no es. ¿Por qué no puedes aceptarlo?

—No, no puedo aceptarlo. Algún día tendrá que ser una mujer independiente y necesitará algunas habilidades que no va a conseguir montando a caballo.

—De acuerdo, si quieres podemos ponerla ya con un cesto a vender bolígrafos en cualquier plaza. Si empieza ya, para cuando tenga veinte años posiblemente tendrá dinero suficiente para pagarse un año de alquiler.

—El sarcasmo no te sienta bien, Dana.

—Tu actitud es nauseabunda, Rob.

—No voy a discutir contigo, Dana. Ya he tomado una decisión y espero contar con tu aprobación.

—¿Qué decisión?

—He matriculado a Callie en un internado que está fuera del estado. Desarrollan un programa excelente en el Distrito de Columbia, que permite a sus alumnos el ingreso prácticamente directo en la universidad de allí. Es muy caro, pero merece la pena la inversión.

—Antes te veré a ti en el infierno que a mi hija lejos de mí.

—No estás siendo razonable, Dana.

—Soy su madre, Rob, y no permitiré que le hagas algo así.

—Ya he iniciado el proceso.

—El decreto de divorcio establece que los dos tenemos el mismo derecho a decidir sobre la educación de la niña. Iré a los tribunales, si me obligas a ello.

—Haz lo que tengas que hacer, pero a ningún juez le costará entender las ventajas de enviar a Callie a un colegio mejor.

—El colegio al que va ahora no tiene nada malo.

—No es precisamente el colegio lo que me preocupa. No estoy seguro de que la vida que estás llevando ahora sea un ejemplo moral para Callie.

—¿Y quién eres tú para acusarme? El hecho de que Callie no te viera acostarte con Gloria antes de que nos divorciáramos no significa que seas un santo.

—Y abrirte de piernas delante de un vaquero tampoco te convierte a ti en una santa.

—¡No tienes ningún derecho a decirme cómo debo vivir mi vida! —lo señaló con un dedo—. ¡Y puedes estar seguro de que voy a luchar por esto!

Por el rabillo del ojo, advirtió que Callie estaba sentada al final de la escalera, llorando desconsoladamente.

Dana bajó la mano lentamente.

—Callie, cariño —corrió hacia ella y la estrechó en sus brazos—. Mamá no va a hacerle nada a papá. Papá y mamá estaban discutiendo, eso es todo —le besó con ternura, sin estar segura de que le estuviera entendiendo.

Rob se aclaró la garganta y bajó la mirada hacia Callie.

—¿Estás lista para que nos vayamos?

Callie asintió, tomó su pequeño maletín y sonrió a su madre antes de levantarse, como si quisiera asegurarle que estaba bien.

Dana se cubrió la boca con la mano, conteniendo un sollozo. Cuando Callie ya estuvo fuera, Rob se volvió de nuevo hacia Dana.

—La proteges demasiado. De esa forma nunca progresará.

—¿Qué tiene de malo consolarla? Estaba aterrada.

—Por culpa tuya.

—Claro, tú no has tenido nada que ver con eso.

—Ya hablaremos de esto en otra ocasión. Ah, y por cierto, Dana, los jueces no ven con buenos ojos que una mujer conviva con un hombre sin estar casada, y menos con un inútil vaquero.

Capítulo 6

Después de conducir sin rumbo fijo durante toda la mayor parte del día, Dana se descubrió dirigiéndose hacia el picadero. Mientras aparcaba frente a la casa situada detrás de los establos, danzaban en su cabeza miles de advertencias. Pero necesitaba compañía. Hablar con alguien que pudiera comprenderla. Y Will la comprendería.

Salió del coche y se dirigió hacia la puerta. Tras llamar un par de veces, apareció Marge con una bata, el periódico en una mano y una cerveza en la otra.

—Señora Landry, ¿qué puedo hacer por usted?

—Siento molestarla a estas horas, pero estoy buscando a Will Baker. ¿Sabe dónde vive?

Marge salió para indicárselo.

—Al final de esa carretera de allí. Ese es el único remolque que verá, seguro que no se pierde.

—¿Sabe si estará en casa?

—He oído su camioneta hace un rato.

—¿Podría usar su teléfono para llamarlo antes de ir? No me gustaría interrumpir nada.

—Es tarde, así que supongo que estará solo. Además, no tiene teléfono. Pero no creo que le importe que se pase por allí.

—Entonces iré a ver si todavía está despierto. Gracias por su ayuda.

—De nada.

Cuando Dana se estaba volviendo para irse, la ronca voz de Marge la detuvo.

—Es un buen hombre, señora Landry.

—Lo sé.

—Ha pasado por situaciones muy duras y ha sido capaz de soportarlo, pero no necesitan que le hagan más daño.

—Lo comprendo —dijo Dana, aunque en realidad no lo entendía —. Solo quiero decirle algo, es importante.

—No tiene por qué darme explicaciones, en realidad eso no es asunto mío.

Dana giró sobre sus talones y se dirigió hacia el coche antes de que le diera tiempo de cambiar de opinión.

Al cabo de unos minutos, llegó a una fila de cedros. Tras los árboles, distinguió inmediatamente el remolque en el que vivía Will.

Dana salió del coche y fue hasta su puerta. Una vez allí, vaciló un momento, temiendo lo que pudiera encontrarse. Quizá Will no estuviera solo. O, peor aún, podía decirle que se fuera.

Tomó aire, alejó sus temores y llamó. No obtuvo respuesta. Volvió a llamar y esperó. Los grillos cantaban en la distancia y el viento silbaba entre los árboles, pero no se oía nada en el interior del remolque. Ni radio, ni televisión, nada.

Al cabo de unos segundos, se volvió para marcharse. Si Will estaba allí, era evidente que no quería ser molestado.

Pero antes de que hubiera llegado de nuevo a su coche, oyó que la puerta se abría.

—Estoy aquí, Dana.

Al oír el grave timbre de su voz, se detuvo. Se volvió y vio la silueta de Will en el marco de la puerta.

—Yo… Necesitaba hablar con alguien. En realidad quería hablar contigo, pero si estás ocupado…

—Entra.

Dana entró sin mirarlo en aquella minúscula habitación.

—No es muy grande, pero es una casa —dijo Will tras ella.

—Está muy bien. Es perfecta para un hombre soltero.

—Siéntate.

Pasó por delante de ella y quitó el periódico que había encima del sofá. Solo entonces Dana se fijó en su atuendo. Tenía el pelo empapado y el torso desnudo revelando sus músculos Los pantalones se ajustaban perfectamente a sus caderas.

Cuando se volvió para mirarla, Dana sintió el vértigo de todos sus sentidos. Todo aquel hombre rezumaba sensualidad. Un suave vello dorado cubría su pecho y bajaba por su abdomen para desaparecer en el interior de los vaqueros. Vaqueros cuya cremallera llevaba abrochada, pero no el botón. Dana decidió no seguir mirando.

Se acercó al sofá con piernas temblorosas. Cuando los dos estuvieron sentados, Will pasó el brazo por el respaldo del sofá y preguntó:

—¿De qué querías hablarme?

—Es sobre Callie —respondió Dana, con la mirada fija en los trofeos que se alineaban en una estantería de la habitación—. Rob quiere enviarla a un internado que está más lejos.

—¿En dónde?

—En el Distrito de Columbia.

—¿Y tú qué le has dicho?

—Le he dicho que iré a los tribunales antes de permitir que haga una cosa así.

Will soltó un suspiro y fijó la mirada en el techo.

—¿Y él te ha dicho que sigas adelante?

—Sí, es exactamente lo que ha dicho.

—En ese caso, quizá deberías mostrarte de acuerdo.

Dana se levantó de un salto.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Quizá sea lo mejor para Callie.

—Por Dios, Will, solo puedo verla durante todo el día en verano y durante fines de semana alternos cuando empieza el año escolar. ¿Cómo puedes pensar que vivir lejos de mí puede ser bueno para ella?

—No creo que el que su padre y tú entabléis una batalla en los tribunales pueda ser mucho mejor. Probablemente la destroce, y ni siquiera será capaz de decírtelo.

—No, no podrá, y hoy, mientras discutía con Rob, estaba aterrada. Pero yo también, Will. No quiero perderla. No, no puedo perderla.

No pudo continuar. Cerró los ojos, intentando contener las lágrimas. No quería que Will la viera de ese modo, al borde del colapso emocional. Pero las lágrimas se presentaron sin prestar atención a su voluntad de contenerlas.

No se dio cuenta de que Will se había levantado hasta que sintió sus brazos a su alrededor. Se apoyó contra su pecho, intentando resistirse a su consuelo. Quería estar enfadada. Con él. Con el mundo entero.

—Lo siento, Dana —susurró—. Sé lo que estás sufriendo. No tenía derecho a decirte lo que te he dicho.

—Tú no puedes saber lo que se siente al pensar que vas a perder a tu hija.

—Que no tenga hijos no significa que no sepa lo que es perder a alguien.

Dana lo creía. Sabía que la entendía. Y deseaba saber por qué. ¿Qué era lo que no le estaba diciendo? Pero en ese momento no tenía fuerzas para interrogarlo.

—Lo siento —susurró con voz rota—. No estoy enfadada contigo.

Will le acarició suavemente el pelo.

—No pasa nada. Tienes derecho a enfadarte si eso te hace sentirte mejor.

Dana alzó la mirada y vio tanta ternura en sus ojos que deseó poder olvidarlo todo. Olvidarse de Rob, olvidarse de que había dejado a Callie con un padre que no la comprendía… Y entonces supo qué era lo que realmente quería, sin importarle el precio que tuviera que pagar por ello. Quería perderse en Will.

Estudió su rostro, esperando encontrar en él algo que indicara que también él la deseaba. Quería encontrar consuelo en sus brazos, aunque fuera solo una vez.

Dana posó los labios en su cuello y trazó un camino de besos que la llevó hasta su pecho, absorbiendo el aroma a jabón de su piel.

—Dana, ¿te das cuenta de lo que estás haciendo? —preguntó Will con voz ronca.

—Por primera vez en todo el día, soy consciente de lo que estoy haciendo.

—Pero estás… —se interrumpió al sentir los labios de Dana sobre su pezón, que Dana lamió hasta hacerlo erguirse contra sus labios.

Cuando Will hundió las manos en su pelo, Dana pensó que iba a apartarla. Pero no lo hizo. Will acarició su nuca mientras ella prestaba atención al otro pezón. Ya que no podía decirle con palabras lo mucho que significaba para ella, lo mucho que lo necesitaba, se lo demostraría. Le entregaría su cuerpo… Lo único que esperaba era que su corazón sobreviviera a aquel encuentro.

—Te deseo, Will. Te deseo mucho.

Aquella voz ronca y apasionada amenazaba con hacerle perder el control a Will. Sabía que no podría aguantar mucho más. Tenía que poner fin inmediatamente a aquella locura. Enviarla a su casa. Dana no estaba en condiciones de tomar una decisión racional. Pero

lo que le estaba haciendo era condenadamente bueno.

Dana trazó una línea de besos por su abdomen y se arrodilló. Will comprendió inmediatamente hacia dónde se dirigía. Hacia dónde se dirigían.

Hizo levantarse a Dana y la besó. Hundió la lengua en su boca, incapaz de controlar la pasión que crecía entre ellos. Quería sentir sus manos sobre ella, su boca sobre sus labios… Quería estar dentro de Dana.

Con un movimiento rápido, sacó la camisa de Dana y buscó bajo ella la suave carne de sus senos. Cuando le pellizcó delicadamente un pezón, Dana gimió. Will le acarició entonces entre los muslos. Fue un contacto tan impactante como placentero. Will estaba ya completamente excitado, a punto de explotar.

Hizo que Dana se tumbara en el sofá y miles de sensaciones inundaron su cerebro. Aquella mujer le hacía desear cosas a las que no podía permitirse el lujo de aspirar. Pero necesitaba hacer el amor con ella en ese mismo instante. Ya tendría tiempo para pensar más tarde.

Ignorándolo todo, salvo su presencia, hundió la lengua en su boca y la mano en el interior de los pantalones. La razón parecía haberlo abandonado por completo. Le bajó la cremallera y acarició la nube de rizos que protegía la piel húmeda y sedosa de su sexo.

Cuando le bajó los pantalones, dándose así más espacio para explorar, algo, en algún rincón de su mente, le hizo darse cuenta de que hacer el amor con Dana significaba mucho más que sexo. Pero ni siquiera saberlo podía salvarlo de cometer aquella imprudencia. Ya no había nada que pudiera detenerlo.

Dana tembló cuando Will encontró el centro de su feminidad y posó allí sus dedos. Will la abrazaba con fuerza, temiendo que pudiera cambiar de opinión y marcharse. Dana no podía irse hasta que él le hubiera dado lo que ella deseaba, y lo que él tanto necesitaba.

—Me siento tan bien… —susurró contra su boca, mientras introducía un dedo en su cálido interior.

Dana buscó la cremallera de sus pantalones, torturándolo con

cada uno de sus gestos. Will se levantó y se desprendió de los pantalones al tiempo que olvidaba los futuros remordimientos. Se quitó los calzoncillos y con un rápido movimiento desabrochó el sujetador de Dana, se lo quitó e hizo lo mismo con las bragas.

Se quedó mirándola fijamente. Ni sus fantasías más eróticas podían compararse a la imagen de Dana allí tumbada, desnuda y sonrojada.

Pero no tuvo paciencia suficiente para saborear aquella visión. En ese momento solo tenía una cosa en la cabeza: amarla hasta hacer que nada, ni el presente ni el pasado, importara.

Se tumbó a su lado en el sofá y por un instante consideró la posibilidad de llevarla al dormitorio, pero Dana se aferró a su cuello y lo atrajo hacia ella para darle otro ardiente beso.

Will volvió a meter la mano entre sus muslos al tiempo que tomaba uno de sus pezones con los labios. Cuando encontró el rosado botón de su feminidad, Dana se arqueó contra él. Will sentía que su control se desvanecía con cada movimiento, con cada gemido que Dana emitía.

La acarició suavemente y susurró:

—Tranquila, cariño. Déjate llevar.

Con solo unas cuantas caricias más, Dana echó la cabeza hacia atrás y gritó al tiempo que sentía liberarse el deseo. Cuando comenzó a relajarse, Will observó su rostro, pensando en lo condenadamente hermosa que estaba en aquel momento. Y satisfecha. No podía evitar sentirse orgulloso. Podría haber seguido mirándola durante una eternidad. Quizá durante el resto de su vida si las cosas hubieran sido diferentes.

La sostuvo entre sus brazos hasta que sus temblores cesaron. Cada vez era más intenso el deseo de estar dentro de ella.

Dana se aferró a sus hombros, intentando atraerlo hacia ella y Will estuvo a punto de olvidarlo todo. De olvidar su responsabilidad, su prudencia. Pero no pudo.

La experiencia de los rodeos le había enseñado a mantener la cabeza en su sitio. No podía ignorar las lecciones que le había

enseñado la vida por unos cuantos minutos de frenesí. No podía permitirse el lujo de abandonarse a algo que podía cambiar su vida para siempre.

De pronto, Dana sintió que Will se tensaba, elevando una barrera invisible entre ellos que le hizo cuestionarse su precipitada conducta.

Hundió la cabeza en su pecho, agradeciendo no poder ver la expresión de Will. ¿Habría sido demasiado insistente? ¿Se había mostrado excesivamente desesperada?

No había podido evitarlo. Lo deseaba con locura, y de una manera que tenía tanto que ver con los sentimientos como con el placer físico. Y dudaba que Will pudiera sentir nada parecido.

Will la miró con expresión pensativa.

—Dana, ¿estás tomando la píldora?

—No —respondió ella, desviando la mirada.

—Entonces, si hiciéramos el amor, podrías quedarte…

—Embarazada —terminó por él.

La expresión preocupada de Will le recordó lo que este quería: nada de compromisos, ni de lazos permanentes. Y si ella continuaba por aquel camino, lo único que él podría ofrecerle sería su cuerpo, cuando, de hecho, lo que ella deseaba era su corazón.

Dana se levantó del sofá y comenzó a buscar su ropa.

Will la agarró por la muñeca…

—¿A dónde vas?

—A casa —respondió ella. Se puso la camisa y buscó el pantalón. No aparecía por ninguna parte.

Will no se movió, permanecía sentado, observándola. Parecía completamente desinhibido, a pesar de su desnudez.

Al cabo de unos segundos, se levantó para ponerse los vaqueros. Dana estaba ya agachada en el suelo.

—Dana.

¿Dónde diablos estarían los pantalones?

—Dana.

Por fin los encontró.

—Dana, háblame.

—No hay nada que decir, excepto que ha sido un error —respondió mientras se levantaba con los pantalones en la mano.

Con dos grandes zancadas, Will se acercó a ella y la encerró en el círculo de sus brazos.

—No ha sido un error. Me importas, Dana.

—¿De verdad?

—Sí. Mucho. Pero tenemos que tener cuidado.

Se miraron a los ojos. Dana sabía que debería irse inmediatamente, separarse de él antes de que le resultara imposible hacerlo… Pero ya era demasiado tarde.

Will le quitó los pantalones de la mano.

—No te vayas a casa, Dana. Quédate conmigo. Déjame hacer el amor contigo…

—Pero Callie…

—Callie no vendrá a casa esta noche.

—Marge sabe que estoy aquí. Es posible que no le guste ver mi coche aparcado en frente de tu casa mañana por la mañana.

—Marge no siempre duerme sola —respondió él, sonriendo.

—Es muy protectora contigo. Me ha dicho que ya has sufrido

bastante, ¿es eso cierto?

—Eso es muy propio de Marge. Pero no lo sabe todo sobre mí.

—A mí me gustaría saber más.

Will la estrechó contra él.

—Acuéstate conmigo y te enseñaré todo lo que necesitas saber.

—De momento ya veo que tienes un ego bastante inflado —respondió Dana, sonriendo.

El deseo estaba ganando la batalla. Seguramente debería irse a casa. ¿Pero qué la esperaba allí? Una casa y un dormitorio vacíos. Y en ese momento estaba justo donde quería estar: en los brazos de Will.

—De acuerdo, me quedaré.

Will la besó en la mejilla, la tomó de la mano y la condujo al dormitorio, que no era mucho mayor que el cuarto de estar. Se detuvo al lado de la cama y le quitó la camisa. Muy lentamente en aquella ocasión, y cubriendo de besos la piel que iba dejando al descubierto.

A Dana comenzaron a doblársele las rodillas ante aquel asalto de sensualidad, pero Will la sujetó justo a tiempo y la tumbó en la cama.

No se reunió inmediatamente con ella. Se quitó los vaqueros y le dio la espalda. Dana se sintió perdida, sola, vulnerable al pensar que Will podría haber cambiado de opinión.

Le oyó abrir un cajón y rasgar un papel. Will estaba tomando precauciones en las que debería haber pensado ella. Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad del pequeño dormitorio, advirtió que Will no se había separado de la cómoda.

—No tenemos por qué hacer esto —le dijo con un hilo de voz.

—Lo sé.

—Podría irme a mi casa.

—Ya te he dicho que no quiero que te vayas.

—Podemos dormir juntos solamente.

—Sí, podemos, si es eso lo que quieres.

—No es eso lo que quiero.

Dana se levantó de la cama, se acercó a él y le rodeó por la cintura.

—¿Qué es lo que no me estás contando?

—Nada —no parecía del todo convencido.

—¿Tienes alguna enfermedad? —le preguntó, repentinamente asustada.

—No —rió sin humor—. Estoy a salvo… De enfermedades, quiero decir.

—No te entiendo, Will.

—No imaginaba que pudieras hacerlo —se volvió y clavó en ella su mirada—. No quiero tener hijos, Dana. Nunca.

—Oh… Lo comprendo, nada de ataduras.

—Es algo más que eso —la tomó por los hombros. Su expresión era seria y seductora, sombría y demandante al mismo tiempo—. Ahora mismo no quiero hablar de eso. No quiero hablar de nada en absoluto.

Y acalló sus preguntas con un fiero y erótico beso. Un persuasivo beso que hizo correr fuego líquido por las venas de Dana. Cuando la estrechó contra él, Dana pudo sentir cada centímetro de su cuerpo. Will estaba completamente excitado y la sensación era… maravillosa.

Cualquier sombra de pensamiento racional voló de su cerebro mientras Will la llevaba a la cama.

Una vez allí, comenzó a acariciarla con sus maravillosas manos,

primero rodeando sus senos con sus manos ásperas y delicadas y dibujando después un camino por su abdomen. Dana se entregaba por completo a aquellas deliciosas sensaciones, atraída por aquel erótico mundo en el que nada más existía. Solo Will y sus besos. Solo Will y sus caricias.

Will se centró por fin en sus lugares más íntimos y le dio todo aquello que podía darle. Muy pronto consiguió llevarla nuevamente al borde de un nuevo orgasmo. Dana quería pedirle que se detuviera, decidida a no hacer sola aquel viaje en aquella ocasión, pero era incapaz de articular palabra.

Como si le hubiera leído el pensamiento, Will se colocó el preservativo, se puso encima de ella y la instó suavemente a abrir las piernas.

Con un movimiento rápido y fluido entró en ella. Dana ardía de deseo mientras Will comenzaba a moverse en perfecta sintonía con ella, mientras viajaba junto a él hasta un lugar en el que nunca había estado. Un lugar habitado por el puro sentimiento.

Su cuerpo se deshizo en un millón de briznas de placer. Will pronunció suavemente su nombre cuando llegó al clímax.

Se hizo sobre ellos un largo silencio, interrumpido solamente por sus agitadas respiraciones.

Cuando Will comenzó a moverse, Dana lo abrazó con fuerza.

—No te vayas todavía —le pidió.

—Peso demasiado —respondió él, con un ronco susurro.

—No, me gusta sentirte así —Dana todavía no estaba preparada para dejarlo marchar. No hasta que no hubiera grabado aquel momento en su memoria.

Al cabo de unos segundos, Will se apartó y la abrazó. Acariciaba sus hombros suavemente, con un movimiento rítmico y relajante. Pero Dana tenía la sensación de que en el interior de Will continuaba librándose una batalla. Se estaba debatiendo entre disfrutar de aquel momento de euforia o intentar averiguar algo más sobre su tristeza cuando Will rompió el silencio.

—¿Podrías tomarte algunos días libres dentro de un par de semanas?

—¿Qué?

—Tiempo libre. Para pasar unos días de vacaciones conmigo. Solo será un fin de semana largo.

—No sé, la verdad es que estoy muy ocupada. Y no estoy segura de que Rob esté dispuesto a quedarse a Callie durante…

—Callie también está invitada.

—¿A dónde quieres llevarnos?

—A casa. Bueno, en realidad a casa de mis padres, está cerca de Kerrville.

—¿Quieres que conozca a tus padres?

—Sí. Y también creo que te vendría bien salir unos días de aquí —le apartó el pelo de la cara—. Podemos irnos el viernes por la tarde. Yo voy a estar fuera de la ciudad durante los dos próximos fines de semana. Tengo que ir a un par de rodeos. Seguiré dándole la clase a Callie, pero durante el resto del tiempo voy a estar muy ocupado.

—Veré lo que puedo hacer. Todavía me quedan algunos días de vacaciones.

—Estupendo.

—¿Pero qué pensarán tus padres cuando te presentes en su casa con una mujer divorciada y su hija?

—Callie les encantará. Ya ti te tolerarán.

Dana le quitó la almohada y le golpeó con ella. Will la sujetó de las manos.

—¡Solo era una broma, Dana!

Dana se tumbó de nuevo en la cama, riendo sin parar. Will se colocó sobre ella, sujetándole los brazos por encima de la cabeza.

—¿Tienes sueño? —le preguntó con la más seductora de las sonrisas.

—No, pero tú no estarás… Bueno, tan pronto…

—No hay nada mejor que la segunda ronda.

En aquella ocasión hicieron el amor lenta y voluptuosamente, una experiencia que Dana saboreó segundo por segundo, grabando en su memoria cada uno de los detalles, cada una de aquellas maravillosas sensaciones.

Después de aquel encuentro, comenzó a amanecer. Dana no quería pensar en nada, salvo en aquel placer increíble. Pero sus pensamientos regresaban a lo que Will había dicho anteriormente: nada de hijos, nada de ataduras, nada de compromisos. Podía desear su cuerpo, pero no la querría a ella para siempre.

¿Debería intentar escalar la tapia que Will había levantado alrededor de su corazón? Quizá al hacer aquel viaje con él encontrara las respuestas que esperaba.

Capítulo 7

Dana se asustó tanto al oír los gritos espeluznantes de Callie que estuvo a punto de tirar la lata de café que estaba enjuagando en el fregadero. Agarró un trapo de cocina y salió de la cocina, temiendo que su hija se hubiera pillado la mano o algo peor. Pero cuando llegó al vestíbulo, lo encontró vacío y con la puerta abierta. Entonces vio la camioneta de Will y a Callie cruzando corriendo el jardín. Los gritos de Callie habían sido de pura alegría y no de dolor.

Will había llegado.

Dana supervisó el equipaje que había colocado en el vestíbulo y volvió a la cocina repasando mentalmente la lista de cosas que había que hacer antes de salir de casa. Después de conectar el sistema de alarma, se dirigió hacia la puerta principal. No había tenido mucho tiempo para pensar en lo que estaba a punto de hacer mientras hacía los preparativos para el viaje. Pero en aquel momento, al ver a Will caminando con Callie a los hombros, comenzó a dudar.

¿Estaría actuando correctamente? ¿Debería decirle a Will que había cambiado de opinión? Pero entonces vio la sonrisa de su hija y comprendió que si se echaba atrás, Callie nunca se lo perdonaría.

En cuanto llegó a la puerta de la casa, Will dejó a Callie en el suelo y entró en el vestíbulo con la más radiante de las sonrisas. Se echó el sombrero hacia atrás con el pulgar y soltó un largo silbido mientras señalaba el equipaje que bloqueaba el paso hacia las escaleras.

—No sé si va a caber todo eso en la camioneta.

—No sabía qué llevar.

—Y parece que lo has metido todo, salvo el fregadero de la cocina —levantó un maletín e hizo una cómica mueca—. Aunque quizá hayas metido también el fregadero.

—No, pero allí están todos mis productos de maquillaje.

—No vas a necesitar ningún tipo de maquillaje.

—Eso lo dices porque no me has visto sin él.

La mirada de Will se tornó oscura y ardiente.

—Sí, claro que te he visto.

Los pensamientos de Dana volaron entonces hasta la mañana en la que había amanecido entre sus brazos. No, no quedaba mucho maquillaje para entonces. Ni en sus ojos ni en su corazón.

Will levantó las tres maletas sin esfuerzo y le dejó a Dana una sola bolsa.

—He pensado que podríamos llevar mi coche —comentó ella, mientras lo seguía al exterior.

—Invito yo, así que llevaremos mi camioneta.

—Bueno, pero si te cansas, también puedo conducir yo.

Will colocó las maletas en el asiento trasero y tomó la bolsa que llevaba Dana en la mano.

—Estoy acostumbrado a los trayectos largos, cariño. He recorrido miles de kilometras en medio de la noche, habiendo dormido menos de dos horas. Podré soportarlo.

—Conduzco muy bien —replicó ella.

Will tomó la bolsa y sonrió.

—Estoy dispuesto a conducir lo que haga falta. Siempre que estés a mi lado —le guiñó el ojo, haciendo que a Dana le diera un vuelco el corazón, y se volvió hacia Callie—.Tú irás en el asiento trasero —le dijo por señas—. Te he dejado mucho sitio.

Callie frunció el ceño y comenzó a mover las manos a toda velocidad. Dana no sabía qué estaba diciendo, pero sí que no estaba contenta.

—Los niños no pueden ir en el asiento delantero. Y además, necesito que tu madre me ayude para no perdernos.

Callie se llevó el dedo índice a los labios.

—No estoy mintiendo. Ahora métete en la camioneta como una buena vaquera y te prometo comprarte una hamburguesa para almorzar.

Callie rodeó la camioneta y subió casi de un salto al asiento trasero.

—Parece que la comida rápida es mucho más elocuente que las palabras —comentó Will riendo.

Se metió en la camioneta y dejó su sombrero en medio de los dos asientos. Dana se instaló en el asiento de pasajeros y mientras Will ponía el vehículo en marcha, miró hacia su casa. Parecía triste y desolada contra el cielo gris. Pero no le importaba dejarla detrás. De hecho, sentía incluso alivio al alejarse de ella junto a Will.

Callie no tardó en quedarse dormida. Will no decía nada, se limitaba a juguetear con el dial de la radio. Dana viajaba concentrada en el paisaje.

—¿Te alegras de haberte podido alejar unos días del trabajo? —le preguntó Will.

—Sí, pero me estará esperando cuando regrese.

Will estiró el brazo, rozándole la muñeca al hacerlo, y sacó un libro de la guantera.

—Toma —le dijo—. Esto te hará sentirte mejor en casa, te permitirá estar ocupada durante las vacaciones.

Dana leyó el título del libro: *Diccionario General del Lenguaje de Signos*.

—¿Es una indirecta?

—Es una herramienta con la que puedes empezar a aprender. No está todo allí, pero te ayudará con las cuestiones básicas —estiró la mano para palmearle la rodilla—. Y si eres buena, te enseñaré también todo lo que no viene en el diccionario.

La sensualidad de su voz dejó a Dana sin aliento.

—¿Entonces estos son mis deberes de vacaciones?

Will la miró; y Dana se sintió como la nieve bajo un calor de cuarenta grados.

—No, las vacaciones son para disfrutar, no para trabajar.

Aquellas palabras sonaron como una sensual promesa. Pero no iban a estar solos. Aunque suponía que en algún momento podrían encontrar tiempo para las actividades extraescolares.

«¡Basta ya, Dana!», se regañó.

Llevaba menos de una hora en su presencia y ya estaba pensando en cómo quedarse a solas con él. Necesitaba concentrarse en la excursión. Y con aquella idea en la cabeza, le pidió:

—háblame de tus padres.

—Bueno, digamos que son buena gente. Ambos tienen ya más de sesenta años. Eran maestros, pero se retiraron hace unos años.

Dana calculó mentalmente la edad en la que habían tenido a Will.

—¿Tienes hermanos?

—No, soy hijo único. Y fui un accidente.

La mente de Dana se puso entonces en funcionamiento. Quizá Will hubiera sido consciente desde la infancia de que no era un hijo deseado. A lo mejor por eso no quería tener hijos. Pero era absurdo especular sobre ello. Will no iba a revelarle nada sobre sí mismo. Lo único que podía hacer era mantener los ojos y los oídos bien abiertos e intentar averiguar algo por sí misma.

Will miró por el espejo retrovisor y vio que Callie se estaba despertando. Había dormido durante más de dos horas, mientras que Dana había comenzado a dar cabezadas hacía solo unos minutos. Will había estado concentrado en sus pensamientos durante la mayor parte del viaje. Y la mayoría de aquellos

pensamientos habían estado centrados en Dana.

Aunque no habían hablando mucho, su mera presencia le decía cosas que no se atrevía a examinar. A veces había tenido que dominarse para no darle la mano, o para no pedirle que apoyara la cabeza en su hombro. Aquel viaje tenía que ser un final, no un principio. En cuanto Dana supiera la verdad, cualquier cosa que hubiera entre ellos, se terminaría. Callie le dio a Will un golpecito en el hombro y deletreó la palabra «hambre».

—De acuerdo —respondió Will con un signo, y se volvió hacia Dana—. Llegaremos al final del estado dentro de unos minutos. Pararé entonces, si no te importa.

Se detuvo al cabo de unos kilómetros al lado de un restaurante de comida rápida. Will se acercó al mostrador a pedir mientras Dana y Callie iban al baño y cuando estas salieron se reunió con ellas en una mesa situada en el exterior. Se sentó en frente de Dana para disfrutar de su vista. Mientras él daba cuenta de una hamburguesa doble, la observaba comerse unas patatas fritas, lo único que ella había pedido.

—Vas a desaparecer si no comes nada más —le comentó.

—No me gusta comer cuando viajo en coche. Tengo tendencia a marearme.

—¿Y ahora te encuentras bien?

—Tengo algunas náuseas. Pero nada que no pueda curar una buena siesta.

—Si quieres, cuando vuelvas en la camioneta, puedes apoyar la cabeza en mi regazo mientras conduzco.

Su mente se pobló al instante de imágenes eróticas que cortó con enfado. Necesitaba generar distancia, no alimentar el deseo.

Dejando unos trozos de pollo a medio terminar, Callie se levantó de su asiento, palmeó la mano de su madre y señaló hacia la zona de juegos del interior del local.

—De acuerdo —le dijo Dana—, pero solo unos minutos. Los padres de Will nos están esperando.

—No exactamente —comentó Will.

En cuanto Callie se alejó, Dana se volvió hacia él.

—¿Qué quieres decir con eso?

Will se removió en su asiento. Suponía que ya estaban a suficiente distancia de Dallas para que Dana no pudiera obligarlo a volver a casa.

—Saben que voy yo, pero no saben nada de Callie y de ti.

—¿Y por qué no se lo has dicho?

—Quería que fuera una sorpresa.

—Si yo fuera tu madre, te mataría por presentarte en mi casa con invitados sin avisar.

—Estoy segura de que le encantará que me presente en casa con alguien, para variar.

—Lo dudo. Probablemente todavía esté descansando de los amigos que llevabas a casa cuando eras adolescente.

Will no se molestó en explicarle que no había sido un niño de muchos amigos. No lo entendería.

—El día que recibí una llamada cuando estábamos en el establo —desvió la mirada al recordarlo—, era el ama de llaves de mis padres diciéndome que mi madre quería que pasara este fin de semana en casa porque es el cumpleaños de mi padre. Pero no he vuelto a llamar.

—Espero que no se enfade contigo.

Incapaz de contenerse, Will alargó el brazo y acarició su rostro.

—No te preocupes. Estoy seguro de que Callie y tú le encantaréis. Seguro que se va a pasar el día entero cocinando para ofreceros sus mejores platos.

—No me gustaría causar ninguna molestia.

—A ella le encanta hacerlo. Siempre hace comida suficiente para alimentar a un ejército. De hecho, creció en un ejército. Eran ocho hermanos.

—¿Ocho hermanos? —Dana miró entonces a Callie, que jugaba rodeada de niños.

—Sí, pertenece a una familia de emigrantes polacos. Tengo montones de primos, tíos y primos. La mayor parte de ellos son académicos, médicos y abogados.

—¿Tu madre todavía habla polaco?

—Sí —Will decidió dejar allí las cosas.

—¿Y tu padre?

—Mi padre creció en una granja y decidió ser maestro. Él y mi madre se conocieron en la universidad, se casaron y se fueron a vivir a Austin. Llevan cuarenta años juntos.

—Debe de ser maravilloso para ellos.

—Sí, son gente muy especial —y muy pronto Callie y Dana podrían darse cuenta de hasta qué punto—. ¿Lista para marcharte?

—Claro.

Se levantaron al mismo tiempo. Los sonidos de fondo desaparecieron cuando Will miró a Dana a los ojos. Deseaba besarla. Terriblemente. Pero sería mejor que aprendiera a dominar sus necesidades antes de que llegaran a casa de sus padres.

—Nos veremos en la camioneta —le dijo, cuando Dana fue a buscar a Callie.

Mientras se dirigía hacia allí, se preguntaba si habría hecho mal al no preparar a Dana para lo que se iba a encontrar. Pero él siempre había sido un tipo espontáneo. Aunque la espontaneidad le causara a veces problemas. Como la otra noche. La noche en la que había perdido el sentido común en los brazos de Dana Landry.

Dana abrió los ojos en cuanto se dio cuenta de que la camioneta se había detenido. Se descubrió frente a una casa de ladrillo rodeada de robles.

Will ya había salido de la camioneta, y también Callie. Dana miró hacia bajo y advirtió la expresión de timidez de su hija. Evidentemente, a Callie también la inquietaba su encuentro con los padres de Will.

—Venga, entrad, ya llevaremos más tarde el equipaje —dijo Will.

Dana se estiró y bajó de la camioneta. Tenía las piernas entumecidas a causa de la inactividad y el pie derecho se le había dormido. Una vez en el suelo, miró hacia la puerta de la casa, esperando ver a los padres de Will, pero no habían salido a recibirlos.

Will las condujo hasta los escalones de la entrada, giró el picaporte y entró en la casa. Dana y Callie se escabulleron tras él, como si fueran ladrones. Se encontraron de pronto en una habitación luminosa, decorada con muebles hermosos y figuras delicadas. En ella se respiraba el tipo de ambiente en el que Dana se había acostumbrado a vivir durante su matrimonio con Rob.

El movimiento de una de las puertas llamó la atención de Dana. Entró en la habitación una mujer elegante como un cisne. Era alta, delgada y no llevaba una sola de sus hebras plateadas fuera del moño en el que se había recogido el pelo. Tenía un aire de confianza y seguridad asombroso.

La mujer caminó hacia Will con los brazos abiertos.

—Por fin has vuelto a casa —parecía medir cada una de sus palabras, pero la alegría de su tono y su expresión transmitían la alegría de ver a su hijo.

Will caminó hacia su madre con una sonrisa.

—Sí, mamá, por fin vuelvo a casa —le dio un beso en la mejilla y se volvió hacia Dana y Callie—. Quiero que conozcas a mis compañeras de viaje. Callie y su madre, Dana Landry. Señoras, esta es mi madre, Sophia —hablaba por señas para que Callie lo entendiera.

Sophia le tendió la mano a Dana.

—Es un placer conocerte.

Cuando Callie alzó su mano para saludar, Will comentó:

—Mi madre conoce el lenguaje de signos —le palmeó la mejilla a la niña—. Callie es una princesa, mamá.

—Un hada princesa, presumo.

Como Callie frunció el ceño, Sophia le tomó la mano.

—Ven conmigo y te contaré la leyenda.

Después de sentarse con Callie en el sofá, le contó, apenas susurrando:

—Mi madre me contó una vez que las niñas que no pueden oír son hadas princesa, con poderes especial —al igual que su hijo, movía las manos a la vez que hablaba—. Los oídos de esas hermosas hadas están tan finamente afinados por los sonidos del bosque mágico que cuando se convierten en niñas humanas, los ruidos de los mortales son excesivamente dolorosos para ellas. Pero después abandonan el mundo de los mortales y se convierten en ángeles, con alas de algodón rematadas en oro y un resplandeciente halo en la cabeza.

Sophia se interrumpió y rodeó la cabeza de Callie con ambas manos.

—Y una vez que atraviesan las puertas de las perlas, ¿sabes cuál es su deber? —Callie negó lentamente con la cabeza y Sophia sonrió —. Pues bien, tienen que hacerse cargo de la música de los cielos.

Callie sonrió radiante y comenzó a mover sus bracitos como si fueran las alas de un ángel.

—Es un cuento maravilloso, señora Baker —dijo Dana, cuando consiguió dominar la emoción. La mujer no respondió, pero continuó sonriendo a Callie.

Dana estaba tan concentrada en la historia de Sophia que no se

había dado cuenta de que se había unido a ellos otra persona. Era un hombre alto, que se inclinaba sobre un bastón, con una media sonrisa en los labios y una expresión de alegría bailando en su mirada.

No necesitaba que se lo presentaran para saber que era el padre de Will. Excepto por su pelo plateado, su parecido era más que evidente. Dana asumió, por su parálisis facial, que había sufrido un accidente o una trombosis.

Will cruzó la habitación y le dio un enorme abrazo.

—¿Cómo estás, papá? —movía las manos mientras hablaba. Su padre le contestó con el lenguaje de signos.

De modo que el padre de Will tampoco oía. Esa era la razón por la que Will conocía el lenguaje de signos. ¿Pero por qué no se lo habría dicho? ¿Por qué le resultaría tan doloroso?

Dana se acercó a Will y le tendió la mano a su padre.

—Señor Baker, soy Dana Landry.

El padre de Will se cambió el bastón de mano para saludarla.

—Y ya que estamos con las presentaciones —dijo Will—, Dana, este es Ben, mi padre —le guiñó el ojo a la niña—. Y Callie, este es Ben —deletreó el nombre con la mano y terminó con un signo que Dana no entendió. Pero Callie, Ben, Will y Sophia se echaron a reír.

Dana deseó haber entendido la broma, pero asumió que aquel era solo el principio de un largo fin de semana con problemas de comunicación. Y, en cualquier caso, Will tendría que continuar dándole clases, porque en ese momento se sentía como una completa ignorante.

Will ayudó a su padre a sentarse en el sofá, junto a Sophia y a Callie, y a continuación se sentó en una silla. Callie, Sophia y Will comenzaron a conversar con las manos mientras Ben los miraba, asintiendo de vez en cuando. La habitación estaba en completo silencio.

Dana permanecía tras ellos, intentando atrapar algún fragmento de conversación. Sabía que Callie estaba contando algo sobre

caballos, pero no estaba segura de qué. Había demasiadas palabras. Y demasiada gente hablando a la vez.

Se alejó del sofá y se sentó al lado de Will.

—¿De qué estáis hablando?

Will le respondió por señas, sin hablar. Dana no fue capaz de entenderlo, aunque Will se lo repitió más lentamente. Mientras continuaba aquella silenciosa conversación, Dana se sentía como si estuviera inmersa en un tanque de agua en el que ningún sonido podía alcanzarla. No tenía ningún lugar a donde ir. Ya nadie con quien hablar.

Se sentía sola. Una extraña.

Y en aquel momento las garras de la realidad se clavaron en el corazón de Dana. Su hija había experimentado aquella sensación cada día de su vida. Por fin comprendía cómo se sentía Callie, obligada a estar en el mundo en el que la gente hablaba con palabras que ella no era capaz de oír.

La analítica mente de Dana lo había aceptado hacía tiempo. Pero su corazón no había conseguido admitirlo hasta entonces.

De pronto, se le hizo evidente que la intención al llevarlas allí había sido demostrárselo. Podía enfadarse con él. O podía intentar aprender. Will le había entregado una herramienta, el diccionario, y un ambiente que invitaba al silencio. Podía intentar sumergirse en él. Aquella misma noche comenzaría a estudiar.

Sentada en un taburete de la cocina, Dana observaba a Sophia fregar una sartén. Había habido alguna comunicación verbal durante la cena, pero durante la mayor parte de la misma, Dana se había encontrado haciendo grandes esfuerzos por comprender. Y tenía muchas preguntas para las que le faltaba respuesta.

Dejando de lado su tristeza, decidió que aquel era un momento ideal para saber algo más sobre Will. Al fin y al cabo, ¿quién podía conocerlo mejor que su madre?

—Will me ha contado que usted era maestra, señora Baker. ¿De qué asignaturas se encargaba?

Sophia continuó fregando de espaldas a Dana.

—¿Qué temas enseñaba, señora Baker? —repitió Dana.

Sophia seguía sin contestar. Dana bajó del taburete y se acercó al fregadero. ¿Habría hecho algo que la hubiera enfadado?

—¿Señora Baker?

No hubo respuesta.

Se apoderó de Dana una espeluznante sensación. En un impulso, hizo algo que no había vuelto a hacer desde que Dana era un bebé. Alzó las manos y dio varias palmadas.

Sophia continuó sin inmutarse.

Pero no, no podía ser. Aquella mujer hablaba perfectamente, sus palabras carecían de aquellos tonos nasales que caracterizaban el lenguaje de los deficientes auditivos. Pero al pensar en ello, Dana comprendió que Sophia hablaba de una forma demasiado precisa. Le palmeó suavemente el hombro. Sophia se volvió con una radiante sonrisa.

—Lo siento, querida, ¿estabas hablándome?

—Sí, sí… Usted no… Usted es…

Sophia se llevó la mano al oído.

—¿Sorda?

—Sí, bueno, quiero decir. Yo no sabía…

Sophia rió suavemente y fue a buscar una toalla.

—Sí, eso me temo. Pensaba que mi hijo te lo habría dicho.

—No, no me lo ha dicho. Y después de oírla hablar, jamás me lo habría imaginado.

—Soy más afortunada que la mayoría —suspiró mientras se secaba las manos—. No siempre he sido sorda y todavía conservo

algo de oído. Hubo una época en la que podía oírlo todo. A veces todavía recuerdo sonidos.

—Habla maravillosamente.

—Gracias, querida. He tenido que practicar mucho. A veces es más fácil introducirse en el mundo de los oyentes disimulando tu discapacidad, ¿no crees?

—Daría cualquier cosa por oír hablar a Callie.

Sophia le palmeó la mejilla.

—No te preocupes, ya aprenderá en cuanto se sienta libre para hacerlo.

—A veces es tan difícil. No puedo comprenderla y me frustro. Y puedo imaginarme lo frustrante que tiene que ser para ella.

—Will me ha dicho que no conoces el lenguaje de signos.

Dana bajó la mirada, evitando el escrutinio de Sophia.

—No, no lo conozco. Sé algunos signos, pero no los suficientes. Pero pretendo aprender.

—Claro que sí. Y en cuanto asumas el compromiso de hacerlo te darás cuenta de que no es tan difícil. Mi hijo es un buen maestro. A mí me habría encantado que se hubiera dedicado a enseñar, en vez de a los caballos. Tiene muchas cosas que ofrecer.

—¿Cómo llegó a hacerse vaquero?

—Es un chico atrevido, como se suele decir. Cuando tenía la edad de Callie comenzó a recibir clases de equitación. En la adolescencia se metió en un club de rodeos y aprendió a echar el lazo en vez de a montar como un caballero —alzó las manos—. ¿Pero qué le voy a hacer yo? Lo lleva en la sangre.

—Pero a usted no le gusta lo que hace.

—Lo aleja de mí, eso es todo. Pero la culpa es mía.

Siempre lo he animado a seguir los dictados de su corazón y está

haciendo lo que le gusta. A veces me gustaría que sentara cabeza. Y espero que lo haga algún día, aunque no vaya a darme nietos.

Evidentemente, Will ya le había contado a su madre que no quería tener hijos.

—Estoy segura de que lo hará, Sophia —le aseguró Dana—. Bueno, creo que voy a ir a buscar a Callie. Quiero asegurarme de que no se ha metido en ningún lío.

—No creo que se meta en ningún lío esta noche —dijo Sophia—. Está en el estudio, viendo la televisión con mi marido y durmiendo igual que él.

—¿Y dónde está Will? ¿Durmiendo también?

—No, está en el porche. Siempre va allí después de cenar. A pensar, creo.

—Saldré un rato con él.

—Estupendo —asintió Sophia.

Cuando ya se volvía, las palabras de Sophia la detuvieron.

—Gracias por traerlo de nuevo a casa, Dana.

Dana miró a Sophia y vio gratitud en su mirada.

—Ha sido idea suya, señora Baker.

Sophia sonrió.

—No, creo que ha sido tuya.

Capítulo 8

—¿Por qué no me lo dijiste?

La voz de Dana se filtró en los pensamientos de Will como la brisa nocturna entre las hojas de los robles. Continuó de espaldas a ella, observando, esperando.

Sabía que aquel momento llegaría. Sus preguntas. Su desaprobación. Todo lo que no le había dicho. Todo lo que seguía ocultándole.

—háblame, Will.

Will se volvió lentamente y soltó el aire que había estado conteniendo.

—No me apetece mucho hablar ahora —deseaba abrazarla, silenciar sus preguntas con un beso.

—De acuerdo, por mí puedes seguir haciéndote el mudo.

Will se sobresaltó mentalmente al oír aquella palabra.

«¿Qué le pasa a tu padre, Will Baker? ¿Es mudo? El padre de Will Baker es mudo, el padre de Will Baker es mudo…».

—Deberías haberme dicho que tus padres eran sordos.

—Quería que lo vieras por ti misma.

—Me parece una pobre excusa.

—No se me dan bien las palabras. Era más fácil dejar que tú lo averiguaras.

—Eso te hace parecer un cobarde.

—Me alegro de que por fin te hayas dado cuenta.

—No me vale con eso, Will. Quiero la verdad —posó la mano en su pecho, a la altura de su corazón—. Y esta vez quiero que me

contestes con el corazón, no con tu cabeza dura.

Con una mano en la cadera y la cabeza inclinada hacia arriba, Dana parecía la viva imagen de la determinación. No, aquella vez no iba a dejarlo escapar.

—Cuando creces junto a dos personas sordas, hablar no es algo que suela apetecerte mucho. Te haces reservado. La gente no lo entiende.

—¿Y crees que yo tampoco?

El dolor que reflejaba la voz de Dana le llegó al corazón.

—No te habría traído hasta aquí si creyera que no lo comprendes.

—¿Pero por qué no me lo dijiste?

—Quería que vieras a mis padres, que los conocieras. Que supieras quién soy.

—¿Cómo quieres que sepa quién eres cuando creo que ni tú mismo lo sabes?

—Sí lo sé.

Dana lo agarró del brazo.

—Entonces dímelo. Confíame tus secretos. Yo te he hablado de los míos.

—No querrías saberlos.

—Claro que sí, Will.

Will se alejó de ella y se aferró a la barandilla del porche.

—Sé quien soy, Dana. Un hombre que no tiene futuro con nadie. Supongo que pensabas que si descubrías dónde y cómo he crecido, comprenderías por qué no puedo asumir ningún compromiso.

—No lo comprendo. Tus padres te quieren, Will. Y es evidente que ellos se aman. ¿No quieres una relación así para ti?

—Sí, claro que la quiero —respondió con voz ronca.

—¿Entonces por qué no la buscas?

—Porque no puedo tenerla.

Dana se acercó hasta él.

—¿Por qué no, Will? ¿Crees que una mujer no podría amarte a causa de tus raíces? ¿Te avergüenzas de ellas?

—¡No me avergüenzo maldita sea! —suspiró—. Mis padres han hecho por mí mucho más que la mayoría. Siempre han intentado facilitarme las cosas. Mi madre tomó lecciones solo para poder hablar mejor, para que mis amigos… —no pudo continuar. Todavía le dolía, a pesar del tiempo pasado.

—¿No se burlaran de ella?

—Sí, algo así. Pero nada de lo que hacían mis padres funcionaba. Yo no encajaba. No era aceptado en el mundo de los oyentes y tampoco en el de los sordos.

—Así que vivías en una especie de limbo.

—Hasta que me forjé mi propia vida. En mi ambiente nadie me conocía. Allí solo era el bueno de Will, un vaquero que viajaba a donde le llevaba el viento.

—Intentando encontrar su lugar en el mundo.

—Tú lo has dicho.

—¿Y ya lo has encontrado?

—No lo sé.

—«Compromiso» no es una palabra sucia.

—No es el compromiso lo que estoy evitando, Dana —la miró a los ojos—. Hay muchas más cosas que tú no sabes.

—Sé que no quieres establecerte y formar una familia.

—No puedo correr el riesgo de tener hijos. No es que no quiera tenerlos… Mi madre perdió el oído cuando era adolescente. Todavía puede oír algo, pero solo con aparato —miró a Dana. Todavía no había reaccionado a nada de lo que le había dicho—. Mi padre nació sordo. En realidad nadie sabe por qué ni cómo sucedió. Se rumorea que hubo algún otro sordo en la familia, un tío abuelo o algo así, pero nadie está realmente seguro.

Will observó el rostro de Dana, que por fin parecía empezar a comprenderlo. Continuó hablando, temía detenerse y no tener valor para terminar, para contarle lo que no le había contado a nadie sobre su familia.

—Así que están marcados genéticamente, lo que significa que es algo que se puede heredar.

—Pero tú no eres sordo.

—Eso no significa absolutamente nada —replicó Will con enfado. No estaba furioso con ella. Eran las circunstancias las que lo irritaban. Tomó aire y lo soltó lentamente—. Lo que me han dicho los asesores genéticos es que todavía tengo un veinticinco por ciento de posibilidades de tener un hijo sordo.

Esperaba que Dana lo racionalizara todo, que le dijera que también tenía un setenta y cinco por ciento de posibilidades de tener un hijo normal. Pero Dana alzó la barbilla y le espetó:

—¿Y qué tendría eso de malo?

—No puedo creer que me estés haciendo esta pregunta después de vivir con Callie.

—Eres un hipócrita —siseó Dana—. Hablas como Rob. Y tú eres el que me dice que acepte a Callie como lo que es, no como lo que podría ser. ¿Crees acaso que ese consejo solo sirve para los hijos de los demás?

—Eso no es así —repuso Will, sintiéndose derrotado—. Quiero a Callie como si fuera mía, pero sé lo duro que es no pertenecer a ningún sitio. ¿Por qué habría de poner a un niño en la misma situación?

—Porque no se puede vivir sin correr riesgos. Porque eres capaz de dar mucho amor a un niño, aunque no sea perfecto. Además, es posible que tengas un hijo que oiga perfectamente.

¡Bingo! Will sabía que si esperaba tiempo suficiente, sería eso lo que terminaría oyendo.

—No sería justo, Dana. No sería justo.

—¿Justo para quién?

—Para nadie.

—Puedes seguir haciéndote el mártir todo lo que quieras, Will. Es tu vida, no la mía —dio media vuelta y se alejó.

El sonido de un portazo se incrustó en el corazón de Will, cerrando el capítulo de su relación con Dana Landry. Exactamente lo que pretendía. ¿Pero entonces por qué le dolía tanto?

Al día siguiente, Will llevó a Dana y Callie a dar un paseo por los alrededores. Dana tenía la sensación de que las acompañaba solo por obligación. De hecho, no había pronunciado más de dos palabras desde que había salido de la casa.

En ese momento, Callie y él se habían detenido al lado de una verja para estudiar las huellas de algún animal. Will le hablaba a Callie con las manos, incitándola a imaginarse qué tipo de animal podría haber estado allí.

Dana tenía la sensación de que se habían olvidado completamente de ella. En realidad, no podía culpar a Will por ignorarla. La noche anterior lo había herido. Había visto el dolor y el arrepentimiento en su mirada.

Lo único que podía hacer ella era intentar arreglar las cosas.

Dana señaló las huellas.

—Quizá sean huellas de oso.

Will alzó la mirada de las huellas para clavarla en su rostro con gesto preocupado. Callie miró a su madre y tiró a Will de la manga,

pidiéndole que le tradujera. Segundos después, la preocupación había pasado al rostro de Callie.

—Eh, solo era una broma.

Will se levantó.

—Por lo que yo sé, no hay osos por aquí —le sonrió a Callie—. ¿De acuerdo, vaquera?

Callie se levantó, se limpió la tierra de las manos en los vaqueros y asintió, aunque no parecía muy convencida.

Dana le arregló la cola de caballo y le retiró un mechón de pelo de la frente.

—Hace calor, ¿verdad?

—Sí —contestó la niña con las manos.

—¿Puedes decirme cómo se dice «calor», cariño?

Callie la miró fijamente un instante y a continuación hizo un gesto tan rápidamente que Dana no entendió nada. ¿Por qué no podía ser un signo más simple, como quitarse el sudor de la cara?

—Es como si te estuvieras sacando un trozo de comida caliente de la boca —le explicó Will. Formó una C con la mano, se la llevó a los labios y después echó la mano hacia delante—. Ahora inténtalo tú.

Dana repitió el movimiento y Callie aplaudió encantada.

—No está mal —dijo Will con una sonrisa—, pero vas a tener que trabajar un poco.

—Mucho, me temo —respondió Dana.

—Estoy seguro de que si te lo propones, podrás hacerlo.

Dana le devolvió a Will la sonrisa, pero este desvió la mirada y comenzó a caminar otra vez. Callie hizo una serie de volteretas laterales, se levantó y se puso a correr, disfrutando de su libertad.

Will se detenía de vez en cuando para esperar a Dana, pero caminaba siempre varios pasos delante de ella. Sin embargo, Dana estaba decidida a formar parte activa de aquella excursión, aunque para ello tuviera que ponerse a hablar del paisaje.

—¿Cuántas hectáreas de terreno tienen tus padres?

—Unas cuarenta —respondió Will—. Las veinte que están hacia el oeste son las mejores. Son mías.

—¿Tuyas? ¿Y por qué no las utilizas?

Will murmuró algo acerca de los mosquitos y aceleró el paso.

Dana corrió para alcanzarlo. No iba a permitir que escapara tan fácilmente.

—Me refiero a que este parece un lugar magnífico para entrenar caballos, quizá incluso para construir un establo y una casa. Creo que es el lugar ideal para instalarse y echar raíces.

Will se detuvo y se volvió hacia ella.

—Déjalo ya, Dana. Ya tengo suficiente con mi madre. No necesito que me lo repitas también tú.

Dana sospechaba que su mal humor tenía más que ver con lo ocurrido la noche anterior que con lo que acababa de decirle.

—Quizá te gustaría oírme decir que siento lo de anoche.

—No, no me gustaría. No quiero hablar de lo que ocurrió anoche. De hecho, no tengo ningunas ganas de hablar.

Callie se detuvo a los pies de un anciano roble y se quedó mirando fijamente aquella maraña de ramas y hojas. A continuación se puso a saltar sobre las raíces, hasta que Will la levantó en brazos y la colocó en una rama.

Dama sonrió al pensar en el signo que Will le había enseñado. Se acercó hasta el árbol, miró a Callie y formó la palabra «árbol» con la mano. Callie la recompensó con una enorme sonrisa y repitió el gesto. Abrió los brazos hacia ella y Dana la agarró de la cintura para ayudarla a bajar. Pero Callie se aferró a su cuello con un voraz

abrazo, sujetándola como si nunca fuera a dejarla marchar.

Dana solo le había dado a su hija un simple gesto, un eslabón para comunicarse, pero la alegría de Callie le decía lo mucho que significaba para ella. ¿Cómo podía haber esperado tanto tiempo para ser testigo del regocijo de su hija? ¿Cuántos momentos como aquel se habría perdido por no haber aprendido a hablar como ella?

Dana quería reír y llorar al mismo tiempo. Quería, sobre todo, detener aquel momento. Pero lo único que pudo hacer fue almacenarlo en el cajón de los buenos recuerdos y esperar que se repitiera alguna vez.

Will se acercó a ellas, fijó la mirada en la hierba, se metió las manos en los bolsillos y se colocó de espaldas a ellas.

—Solía pensar que aquel sería un buen lugar para construir una casa —alzó la mano para señalar un grupo de robles—. La haría de un par de pisos, para poder ver desde allí el arroyo. Una casa de piedra, con el tejado de teja, tres o cuatro dormitorios y una enorme cocina con el suelo de madera y una chimenea que ocupara toda una pared.

Dana dejó a Callie en el suelo y se acercó a él, aliviada al comprobar que todavía no había perdido del todo la fe en el futuro.

—Me parece un proyecto maravilloso.

—Sí, lo es —respondió Will—. Pero solo es un sueño. A veces, a los sueños les cuesta morir, pero terminan muriendo de todas formas.

A Dana se le cayó el corazón a los pies al oírlo. Will estaba de espaldas a Callie, lo que quería decir que aquellas palabras iban dirigidas exclusivamente para ella. Todas las esperanzas de disfrutar de un futuro con Will murieron.

Dana se sentó al borde de la cama y acarició la frente de su hija. Callie olía a limpio y su rostro sereno resplandecía bajo la luz de la lámpara. Le preocupaba que la niña no pudiera dormirse después de haber tenido un día tan ajetreado, pero los ojos comenzaban a cerrársele y su respiración era ya profunda y regular.

Dana miró hacia la otra cama, en la que ella dormía. Sophia le había contado que aquella había sido la habitación de Will, aunque Dana podría haberlo averiguado por sí misma. Las camas estaban cubiertas de colchas con dibujos de vaqueros y caballos; las paredes estaban decoradas con carteles de rodeos y del poste de la cama colgaba una cuerda.

Dana suponía que la vida de un vaquero podía parecerle romántica a cualquier chico. Toda emoción y aventura. Ir constantemente de un sitio a otro. No, no le resultaba difícil imaginarse por qué había elegido Will aquella vida. Había estado huyendo desde que era niño. Huyendo de una familia imperfecta que lo amaba, huyendo de la creencia de que jamás podría tener su propia familia. Y huyendo de la culpa.

Después de darle a Callie un beso en la mejilla, Dana se acercó a la otra cama. Tomó el diccionario que Will le había regalado, decidiendo estudiar un rato. «Si no puedes con ellos, únete a ellos», era la consigna que había adoptado. Quizá, si aprendía lo suficiente, podía empezar a oír algo más… con sus ojos.

Pero no podía concentrarse. Su mente continuaba pendiente de Will Baker. Sabía que estaba sufriendo y se sentía en parte responsable.

Podía pasarse allí toda la noche, deseando encontrar un modo de restañar su herida. O podía ir a buscarlo y decirle lo que sentía. Lo mucho que sufría por él.

Dana pasó de puntillas frente al dormitorio principal y el baño, para llegar hasta el dormitorio que estaba situado al final del pasillo. La puerta estaba cerrada. Pero eso no podía detenerla. Aquella noche había planeado abrir más de una puerta.

Tomó aire y se aferró al picaporte. Al girarlo, este chirrió y Dana maldijo en silencio. Pero inmediatamente recordó que solo Will podía oírla.

Dana esperaba encontrarlo dormido, pero cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, lo vio sentado frente a la ventana, con las piernas desnudas y los pies apoyados en el alféizar.

Dio otro paso. El suelo de madera crujió bajo sus pies. Pero Will

continuaba sin darse por enterado de su presencia. Dana pensó que quizá debería dar media vuelta y marcharse.

—¿Te has perdido? —la voz grave y profunda de Will rompió el silencio de la noche.

—Quería darte las buenas noches.

—Buenas noches.

—Sé que no quieres oírlo, pero también quiero decirte que lo siento.

—¿El qué?

—Lo que te dije la otra noche en el porche.

—Solo estabas expresando tu opinión.

—En realidad hablé sin pensar.

Will exhaló un largo suspiro.

—De acuerdo, disculpa aceptada. Que duermas bien.

Reuniendo todo su valor, Dana avanzó hacia él y lo miró fijamente. Lo único que Will llevaba encima eran una especie de pantalones cortos de deportes.

—¿Podemos hablar un poco más sobre lo ocurrido? —preguntó, obligándose a desviar la mirada de su sólido pecho.

—Yo ya he dicho todo lo que tengo que decir.

Dana tuvo que reprimir las ganas de agarrarlo por los brazos y darle una buena sacudida.

—Pues yo no —se arrodilló al lado suyo y observó su atractivo rostro—. Hoy te he echado de menos.

La brisa mecía las cortinas. Y Will continuaba con la mirada fija en la ventana.

—He estado todo el día aquí.

—Físicamente sí, pero no emocionalmente.

Will por fin la miró.

—Mis sentimientos están agotados, Dana. Ya no tengo nada que dar.

—Eso no es cierto.

Will bajó los pies del alféizar y se inclinó hacía delante, con los codos apoyados en las rodillas.

—Sí, me temo que sí es cierto.

—No voy a permitir que me rechaces.

—No tienes opción.

Oh, claro que la tenía. Y estaba dispuesta a utilizar todas las armas que poseía para demostrarle lo equivocado que estaba.

Posó las manos en sus rodillas, las separó y se colocó entre sus piernas entreabiertas. A continuación besó su cuello.

—¿Qué estás haciendo?

—Adentrarme en tu terreno.

—Nadie te ha invitado.

A Dana le pareció advertir una sonrisa en su voz, pero estaba demasiado ocupada mordisqueándole el lóbulo de la oreja para averiguar si estaba sonriendo o no.

—Entonces estoy metiéndome sin permiso.

—Dana… —terminó su nombre con un suspiro mientras ella enredaba las manos en los rizos de su pecho y acariciaba tentadoramente sus pezones. Will le agarró la muñeca—. No podemos seguir haciendo esto. Yo no puedo darte lo que quieres.

—Ya lo has hecho.

—No me refiero al sexo, Dana, sino a una casa, una familia.

—Yo solo te quiero a ti.

Will se tensó mientras ella liberaba su mano y continuaba su curso, deteniéndose en su ombligo. Casi inmediatamente, sintió una sólida y rígida presión contra su vientre.

—Parece que hay alguien que sí quiere que me quede aquí —dijo, deslizando un dedo por su barbilla.

—Están mis padres en casa —protestó Will, con voz entrecortada.

Dana retrocedió ligeramente y esbozó una seductora sonrisa.

—Lo sé. Y lo encuentro excitante, ¿tú no? Me hace sentirme realmente… —le dio un beso en la mejilla—, mala….

Aquella vez fue a por todas, fundiendo sus labios con los de Will en busca de un verdadero beso. El primero desde hacía semanas.

Al principio Will no respondió, pero Dana lo obligó a reaccionar con sus minúsculos besos y su tentadora lengua hasta que Will le permitió acceder al interior de su boca. La excitación de Will igualaba a la de Dana. Él también buscaba su lengua imprimiendo a sus caricias un sugerente ritmo que hizo temblar a Dana de deseo.

Pero no la tocaba. Y ella deseaba con locura que lo hiciera. Sus senos reclamaban su atención, los pezones se erguían contra el algodón de su camisón. Por una vez quería ser ella la seducida y no la seductora.

Deslizó la mano por la hendidura de su pantalón y rodeó con ella su sexo. Will contuvo la respiración y exhaló un trémulo suspiro. Pero tampoco entonces la tocó. Sin embargo, no le apartó la mano, de modo que Dana decidió considerar aquel avance como una pequeña victoria. Y no pensaba detenerse hasta que no hubiera ganado la guerra.

Mientras le acariciaba con la mano, cubrió su pecho de besos y fue descendiendo lentamente hasta que sus labios quedaron al borde del pantalón. Los nervios de Dana vibraban mientras se lo bajaba lentamente. Su cuerpo estaba pagando ya el precio de lo que

pretendía hacer, pero no podía detenerse. No, todavía no.

Will gimió suavemente mientras Dana envolvía su miembro en el húmedo calor de su boca. Se servía de sus labios y su lengua en el intento de conducirlo hasta la locura. Jamás había deseado complacer a un hombre como en aquel momento deseaba complacer a Will. Y jamás había hecho nada parecido con ningún hombre, ni siquiera con Rob. Y por la forma en la que Will comenzaba a elevar las caderas, estaba segura de que este estaba disfrutando del experimento.

—Dana… por favor…

Dana no estaba segura de si le estaba pidiendo que continuara o le suplicaba que se detuviera. Entonces Will enredó las manos en su pelo y la hizo levantarse. Dana esperaba que la apartase. Pero Will le tomó la mano, se la llevó a los labios y succionó cada uno de sus dedos, mientras la miraba a los ojos. A continuación lamió la palma de su mano, enviando un rayo de puro placer por todo su cuerpo.

Antes de que pudiera darse cuenta de lo que estaba haciendo Will, este deslizó la mano bajo el camisón y le bajó las bragas. Entonces hizo un gesto con las manos que parecía muy sugerente. Incluso ligeramente obsceno.

—Dime lo que has dicho.

—Utiliza tu imaginación —susurró. Con un rápido movimiento, la agarró del trasero, la tomó en brazos, haciéndole rodearle la cintura con las piernas y se levantó de la silla.

Al sentir la piel de su cintura contra su sexo, el deseo de Dana se inflamó. Tras dejarla en la cama, Will se colocó a horcajadas sobre ella y le sostuvo las manos por encima de la cabeza.

Su silueta se recortaba contra la luz, dándole un aspecto dominante. Posesivo. La tenía completamente paralizada, con sus manos y con su intensa mirada. Sus labios se habían convertido en una fina línea y su rostro era una máscara de control. Aquel era un aspecto de su personalidad que Dana hasta entonces desconocía.

Manteniendo las manos por encima de su cabeza, Will se inclinó hacia delante, tomó el dobladillo del camisón con los dientes y lo subió hasta dejar sus senos al descubierto. La brisa nocturna y la

mirada hambrienta de Will hicieron que los pezones se irguieran todavía más.

Will se inclinó hacia delante, cubrió de besos el valle que había entre sus senos y a partir de allí comenzó a descender.

Dana arqueó la espalda, sintiendo que el deseo de besarlo estaba a punto de volverla loca. Al final le soltó las manos, pero en vez de permitirle hacer lo que deseaba, Will se sentó y comenzó a trazar círculos alrededor de sus senos. Pero aquello no era suficiente para Dana. Ella quería sentir la boca sobre la suya, quería sentir sus manos en todo su cuerpo.

Se estaba cumpliendo su deseo. Will Baker la estaba seduciendo.

Se aferró con fuerza a sus brazos.

—Will… te deseo, acaríciame.

—Di por favor.

—Por favor.

—Dímelo por señas.

Haría cualquier cosa. Sería capaz de caminar sobre carbón ardiendo para que la tocara. Hizo un círculo sobre su corazón y cuando, sin pretenderlo, rozó su pezón, Will gimió.

Inmediatamente, se quitó los pantalones, se tumbó a su lado y le quitó el camisón. Mientras recorría el cuerpo de Dana con las manos, hizo un nuevo signo. En aquella ocasión Dana reconoció lo que le estaba diciendo. Le estaba diciendo que era hermosa, que la veía hermosa entre sus brazos.

Will volvió a besarla. Movía las manos contra las palmas de las manos de Dana, hablándole sin necesidad de palabras. Dana solo podía imaginar lo que le estaba diciendo. Pero habría dado cualquier cosa por saber lo que Will estaba sintiendo.

Los movimientos de Will eran tormentosamente lentos en su exploración del cuerpo de Dana. Para cuando deslizó el dedo entre sus muslos, ella ya estaba a punto de suplicarle. Pero Will solo se detuvo un momento. Cuando apartó la mano, Dana gimió su

protesta.

—Todavía estoy aquí —susurró él, besando su rostro—. Y te deseo. Dios, cuánto te deseo.

Pero cuando Dana intentó colocarlo sobre ella, volvió a sujetarle ambas manos.

—Pero…

Will acalló su pregunta con un beso. Un beso profundo y erótico que la sometió de nuevo a su hechizo. Will podía hacer con ella lo que quisiera. Cualquier cosa.

Y lo hizo. Empezó besándole otra vez el cuello y el pecho. Y siguió lamiendo sus pezones antes de descender por su abdomen y detenerse en su ombligo.

Se colocó de rodillas, le soltó las manos y le abrió las piernas. Dana, sintiéndose completamente expuesta, se cubrió con las manos.

—No, señora —susurró Will con voz increíblemente seductora—. Quiero verte —le apartó la mano, la miró a los ojos y sonrió—: Eres muy hermosa —y bastaron sus palabras para que todas las inhibiciones de Dana se derritieran.

Will se inclinó hacia delante y besó el interior de sus muslos. Posó el rostro sobre los rizos que protegían el sexo de ella y los besó con dulzura.

Dana se retorcía de anticipación, esperando una experiencia incomparable con nada de lo que hasta entonces había vivido. Y Will no la defraudó.

Todo pensamiento consciente abandonó el cerebro de Dana mientras Will la tomaba con su boca; Will usaba su lengua para tentarla, para arrastrarla hasta la locura. Y cuando hundió un dedo en su interior, y después dos, Dana alzó involuntariamente las caderas. Will aprovechó aquel movimiento para deslizar las manos bajo su trasero y alzarla como una ofrenda para su boca.

Dana estaba a punto de gritar cuando sintió que el calor de Will la abandonaba. Volvió a gemir.

—Tranquila Dana. Puedes gritar si quieres. Solo yo puedo oírte. Y me encantaría hacerlo.

Bajó nuevamente la cabeza y la mantuvo prisionera de aquel sensual asalto a los sentidos. Dana se sentía desorientada, los ojos le pesaban mientras se hundía cada vez más en el universo de erotismo que Will estaba creando para ella. Se aferró a sus hombros mientras él continuaba con sus íntimos besos. Apenas podía respirar, su pecho se tensaba y un intenso calor fluía por su sexo.

Y entonces se derramó sobre ella una deliciosa oleada de placer. Su grito resonó en la habitación, penetrando el silencio mientras los espasmos sacudían su cuerpo.

—Dana… —Will pronunció su nombre como si se tratara de una oración. La abrazó y la besó profundamente. Se separó un instante de ella, se puso un preservativo y con un rápido movimiento se unió a ella en la más maravillosa danza del amor.

Will movía la mano sobre la palma de Dana mientras sus cuerpos se mecían. No había palabras entre ellos, pero el silencio era como un capullo de seda que los protegía del mundo y de sus problemas. Aquella noche solo existían ellos y su amor.

Cuando Will se estremeció y gritó, rompiendo la plácida barrera del silencio, Dana lo abrazó con fuerza.

Al cabo de unos segundos, Will se colocó a su lado y la cubrió de caricias tiernas. Dana temía que el corazón le estallara si no le decía de una vez lo que estaba sintiendo. Pero en vez de utilizar palabras, dobló sus dedos anular y corazón y sostuvo su mano contra el pecho de Will.

—No, Dana. No sabes lo que me estás pidiendo.

—No te estoy pidiendo nada —le dio un beso en la mejilla—. Te quiero, Will. Me gusta todo de ti. Tu forma de tratar a Callie, tu manera de hacer el amor. Y tu capacidad para entender lo que hay en mi cabeza y en mi corazón.

—Dijimos que nada de promesas.

Dana posó la cabeza en su pecho y suspiró.

—Lo sé. Y tampoco yo quiero nada de promesas. Sé lo que puedes darme. Solo quería decírtelo, eso es todo.

Pero en lo más profundo de su ser, Dana admitía que quería mucho más. Quería también su amor.

Capítulo 9

Will se despertó a la mañana y estiró el brazo esperando encontrar a Dana a su lado. Pero solo encontró un lugar tan vacío como su propio corazón. Dio media vuelta y enterró la cabeza en la almohada. Todavía conservaba la fragancia de Dana. Y entonces recordó sus palabras: «te quiero, Will».

Pero Will no quería que lo quisiera. Prefería pensar que Dana había confundido el amor con la gratitud. Que le estaba agradeciendo que le diera clases a Callie y que las hubiera llevado allí. Sabía que si se quedaba a su lado, Dana terminaría resentida por lo que no podía darle: un hijo y una vida normal.

Will no podía culpar a nadie, salvo a sí mismo. Debería haber cortado de raíz aquella relación desde el primer día.

Llegó hasta él el aroma a café recién hecho. Acababa de amanecer, pero al parecer alguien se había levantado antes que él. Salió de la cama y se puso los vaqueros y la camiseta para dirigirse a la cocina.

En un impulso, se detuvo en la que era su antigua habitación y se asomó. Dana estaba durmiendo en la misma cama de Callie, se acurrucaba contra ella como si quisiera protegerla. Will jamás había sentido tanta añoranza, un dolor tan intenso en su corazón. Deseaba poder reproducir él mismo aquella imagen, la de un padre y un hijo unidos por un lazo tan fuerte que nada pudiera romperlo. Pero nunca podría ser.

Después de cerrar la puerta, se encaminó hacia la cocina. Sophia estaba sentada en la mesa, leyendo el periódico. Will sacó una taza de la despensa, se sirvió un café y se sentó frente a ella.

Sophia alzó la mirada, sonrió y le palmeó cariñosamente el brazo.

—William, es tan maravilloso verte aquí, como antes.

Will estudió la acogedora cocina. Nada parecía haber cambiado desde la última vez que había estado allí. Nada, excepto él.

—¿Qué te ocurre, hijo? —preguntó Sophia con voz infinitamente dulce.

—Nada, mamá.

Sophia sonrió con expresión pensativa.

—Claro que te pasa algo, y no voy a parar hasta que me digas qué es lo que te preocupa.

Will se frotó la barbilla, desvió la mirada y utilizó sus manos para hablar.

—¿Todavía está en pie la oferta de que vuelva a casa y monte aquí un negocio de doma de caballos?

—Claro que sí.

—Estupendo. Porque estoy pensando aceptarla.

Después de todas las veces que su madre le había suplicado que volviera a casa, esperaba encontrar más alegría en su rostro. Pero Sophia no parecía en absoluto feliz.

—¿Por qué quieres volver ahora? ¿Estás pensando en sentar cabeza?

—Estoy pensando que necesito un negocio que me pertenezca. Tengo algo de dinero ahorrado para montar los establos y las pistas.

—Y vendrás a casa solo.

—Sí, mamá, solo —aquella palabra le producía amargura. Y era extraño porque la soledad era algo que jamás le había molestado.

Hasta que había conocido a Dana.

Sophia lo miró a los ojos y suspiró.

—Solo te lo voy a decir una vez, William. Quiero que vuelvas a casa, siempre lo he querido. Pero si pretendes huir de algo y encontrar paz aquí, no funcionará.

—¿De qué se supone que estoy huyendo, mamá?

—¿Del amor, quizá?

Will no podía luchar contra Dana y contra su madre. No tenía fuerzas.

—Solo quiero tener mi propia casa, mi propio negocio. Eso es todo.

Sophia negó con la cabeza.

—No, hijo mío, quieres mucho más. Quieres tener tu propia familia. Puedes decirme una y mil veces que no es eso lo que quieres, pero te conozco igual que conozco mi corazón —se inclinó hacia delante para continuar hablando—. Cuando tu padre y yo descubrimos que íbamos a tener un hijo, estábamos aterrados. Habíamos tenido tanto cuidado por miedo a transmitirle nuestros defectos a un pequeño… Pero cuando te vimos nada más nacer, con aquellas manitas tan perfectas, con aquel pelo rubio… Yo no habría podido pedir nada más. Si hubieras sido sordo no te habría querido menos. Y di gracias a Dios por haberme dado ese regalo. Eres mi milagro, William.

Will tragó saliva, intentando deshacer el nudo que tenía en la garganta. Quería decirle lo duro que había sido para él a pesar de todo su amor. Cuántas veces en su egoísmo había culpado a Dios por haberle dado unos padres que no oían. ¿Pero cómo confesar aquellos secretos? Se levantó de la silla y le dio un beso a su madre en la mejilla.

—Lo siento, mamá, pero yo no soy como tú. No tengo la paciencia de Job, ni tampoco tu fuerza de voluntad.

—Pero tienes una gran capacidad de amor, William. Hasta ahora nunca habías tenido miedo a nada. No lo tengas ahora.

Will salió de la cocina, dejando las dudas de su madre sin responder. El amor era lo único que jamás se había permitido. Y no podía enfrentarse en ese momento a él.

—Feliz cumpleaños, papá.

Dana observó el cariñoso abrazo que Will le dio a su padre. Ben

esbozó su media sonrisa y sus ojos resplandecieron mientras se inclinaba para soplar la enorme cantidad de velas de la tarta de cumpleaños. Setenta para ser exactos. Callie había insistido en contarlas una por una.

El almuerzo del domingo había terminado con la celebración del cumpleaños de Ben. Y por la tarde regresarían a casa.

Dana alzó la mirada y descubrió a Sophia de pie a su lado.

—Para Ben ha sido una gran alegría que William haya estado en casa el día de su cumpleaños.

—Will también se alegra de haber estado.

—Y también se alegra cuando está a tu lado. Te quiere mucho. Y también a tu hija.

Sophia señaló con la cabeza hacia Will y a Callie, que se estaban embadurnando la cara mutuamente con las frutas del pastel.

Por lo menos alguien se estaba divirtiendo, pensó Dana. Will apenas había hablado en todo el día. Y Dana no sabía cómo se sentía.

Sophia se acercó de nuevo a su marido y se sentó a su lado. Tomó un trozo de tarta y le ayudó a Ben a llevárselo a la boca. Se sonrieron el uno al otro con la complicidad de unos amantes. Como personas que se conocían perfectamente la una a la otra y que habían sabido superar los momentos más duros de la vida.

Dana quería conocer aquel tipo de amor. Pero comprendía también que no iba a ser posible. Por lo menos con Will. Su amor no bastaba para destruir la fortaleza tras la que Will se escondía.

No se arrepentía de haberle declarado su amor la noche anterior. De lo único que se arrepentía era de haber sabido tan pronto que Will jamás podría devolverle ese amor. Ya estaba lista para aceptar la derrota. Pero aun así, le bastaba pensar que no volvería a verlo para sentir el escozor de las lágrimas.

Dana se levantó y corrió a la cocina para servirse un vaso de agua fresca. Se inclinó contra la despensa y se refrescó las mejillas con agua.

Unos pasos firmes llamaron su atención. Volvió la cabeza y descubrió a Sophia en el marco de la puerta, observándola con obvia curiosidad.

—¿No te encuentras bien, Dana? Vamos, siéntate —la animó, señalando un taburete—. No me extraña que te encuentres mal, apenas has probado la comida.

—Tienes razón, debería haber comido más.

Sophia se acercó a ella y posó la mano en su frente.

—No tienes fiebre, pero tienes los ojos irritados —frunció el ceño—. Espero que no sea a causa de las lágrimas. No me gustaría que mi hijo te hubiera hecho llorar.

—Por supuesto que no —Dana bajó la mirada—. Will es un buen hombre.

—Sí, lo es. Siempre ha sido un buen chico, desde que era un bebé.

A Dana le habría encantado saber cómo se las habían arreglado Sophia y Ben para educar a Will cuando era niño, pero no quería parecer demasiado entrometida.

Sophia sonrió y continuó hablando, como si le hubiera leído el pensamiento.

—Al principio era difícil, pero era un niño muy bueno. Como no podíamos oírlo llorar, dormía en la cama conmigo, para que pudiera sentirle moverse. Cuando ya fue más grande, lo pusimos en una cuna a nuestro lado hasta que comenzó a salirse de ella. Pero nos causó muy pocos problemas. Sí, ha sido un buen hijo.

—Estoy segura.

—Y Callie, ¿es sorda de nacimiento?

—No. Fue a causa de una meningitis. La tuvo al poco tiempo de cumplir un año. Tardamos algún tiempo en darnos cuenta de que había dejado de oír.

—Debió de ser terrible para ti ver a tu hija tan enferma.

—Sí, lo fue. No me importaba lo que pudiera ocurrir con tal de que sobreviviera.

—Y la sordera fue el precio que tuviste que pagar a cambio de su vida. Un precio muy pequeño a cambio de tenerla viva, ¿no crees?

Dana ni siquiera había considerado aquella discapacidad de Callie como un precio. Pero, desde luego, la incapacidad de la niña para oír era algo menor comparado con el hecho de que su vida había estado pendiente de un hilo durante varias semanas. No habría podido soportar la vida sin ella.

—Los niños son milagros —dijo Sophia—. Espero que tengas muchos más. Te los mereces.

—Tampoco me importaría no tenerlos. Con Callie ya he tenido una gran suerte.

Sophia le palmeó cariñosamente la mejilla.

—Estoy segura de que tendrás más —y sin decir una sola palabra más, salió de la cocina.

Qué extraño. Dana continuó allí sentada preguntándose si Sophia sabría algo que a ella desconocía. ¿Sería capaz de predecir el futuro? Quizá debería haberle preguntado quién iba a ser el padre de sus hijos. Porque, desde luego, no iba a ser Will.

Will permanecía en el vestíbulo de casa de Dana, pensando en qué hacer. ¿Cómo habría podido llegar tan lejos? ¿Cómo iba a explicarle a Callie que tenía que irse? Podría decirle que sus padres necesitaban que estuviera con ellos y esperar que lo comprendiera. Pero Dana era otra cuestión.

Llamó a la puerta y Dana le abrió. Parecía tan cansada como él se sentía. Habían llegado tarde la noche anterior y después de meter a Callie en casa, Will se había marchado. Dana le había dejado irse sin protestar y en aquel momento él regresaba para hacer lo que debería haber hecho hacía tiempo.

—Entra —lo invitó Dana.

Cuando entró en el vestíbulo, se quedaron mirándose en silencio. Eran demasiadas las cosas que Will tenía que decir. No sabía por dónde empezar. «Adiós» era una palabra horrorosa. No estaba seguro de poder pronunciarla si Dana continuaba mirándolo con aquellos ojos cargados de preguntas.

—¿Dónde está Callie? —preguntó—. Le había prometido traerle una cuerda. La tengo en la camioneta.

—Con su padre. Ha llamado esta mañana y ha dicho que le gustaría pasar la noche con ella.

Will advirtió que estaba preocupada.

—¿Te preocupa que Rob averigüe que hemos pasado el fin de semana juntos?

—Sí, aunque no creo que Callie pueda hacerle comprender algo tan complicado.

—Espero no haberte causado problemas.

—En cualquier caso, habría merecido la pena —le tomó las manos y acarició sus nudillos—. Tus padres son maravillosos.

—Sí, son magníficos. Gente especial.

—Y tienen un hijo también especial.

Will se devanaba los sesos intentando encontrar las palabras adecuadas para despedirse de ella. Y optó por la vía más cobarde.

—Será mejor que me vaya y te deje dormir, no sea que mañana llegues tarde al trabajo.

—Pedí un par de días más de vacaciones. Y como se está haciendo tarde y Callie no está en casa, ¿por qué no pasas la noche aquí? Así no tendrás que conducir de noche.

—No estoy tan lejos.

—Me gustaría que te quedaras. No quiero estar sola esta noche.

En el interior de Will batallaban sentimientos contradictorios. Quería quedarse, pero sabía que no debía hacerlo.

—¿Estás segura de que es una buena idea?

Dana dejó caer las manos y fijó la mirada en el suelo. Después alzó la cabeza y lo miró con expresión suplicante.

—Solo una noche más. Es lo único que te estoy pidiendo. Nada de promesas. Y si te quieres ir ya no te diré nada. Sé que nada ha cambiado entre nosotros.

Pero había cambiado todo, por lo menos para Will. Si se iba en aquel momento, tendría que vivir con los recuerdos de lo que habían compartido. Y si se quedaba, construiría un nuevo recuerdo. Al final la abrazó y le dio un beso en la frente.

—En cualquier caso, siempre he querido conocer tu dormitorio.

Dana se separó de él e intentó adoptar una expresión severa.

—Oh, lo siento, pretendía que durmieras en el sofá.

Will la levantó en brazos.

—No. Quiero la mejor habitación de la casa. ¿Dónde está?

—Detrás del estudio.

—¿Y tengo que recorrer contigo en brazos esta monstruosa casa?

—Si quieres dormir en mi cama… Pero, por supuesto, la habitación de invitados también está…

Will la interrumpió con un beso. Y continuó manteniéndola en silencio mediante sus besos, pensando a la vez que estaba comportándose como un estúpido. Cuanto más se acercaran, más duro sería decirle adiós.

Una vez en el dormitorio, dejó sus preocupaciones a un lado, se tumbó a su lado y la besó lentamente. Quería saborear aquellas horas que iban a pasar juntos. Aquella noche solo quería pensar en Dana y en los momentos finales que iba a pasar entre sus brazos.

Deseaba memorizar cada una de sus curvas, cada centímetro de su piel. No había tiempo para arrepentimientos, ni para pensar en nada que no fuera en el otro, en el presente.

Cuando por fin pudo deslizarse dentro de ella, lo hizo muy despacio, con un largo suspiro. Pronto estuvieron moviéndose a un ritmo perfecto, como si hubieran sido amantes durante años. Y cuando Dana pronunció su nombre, Will tuvo un orgasmo como ninguno de los que había tenido hasta entonces. Dana no tardó en acompañarlo y, sin necesidad de palabras, Will la abrazó hasta que sintió que su respiración se regulaba. Pensó que debería irse en aquel momento. Antes de que se hiciera de día; antes de tener que enfrentarse a ella. Pero eso sería una cobardía. Dana se merecía, por lo menos, un adiós adecuado, por mucho que pudiera dolerle.

Si los arrepentimientos fueran dólares, en ese momento Will tendría los suficientes para comprarse un rancho de mil hectáreas, y todavía le quedaría dinero para repartir.

Y el amor que Dana le entregaba tan libremente, alimentaba todavía más sus remordimientos. Porque sabía, con toda la dureza de su corazón y la inquietud de su alma, que había hecho algo que se había jurado no hacer jamás en la vida.

Will Baker, el vaquero errante para el que no había obstáculo que se interpusiera en el camino hacia la libertad, se había enamorado desesperadamente de Dana Landry.

Dana oyó un ruido, pero tenía demasiado sueño para registrar exactamente lo que estaba oyendo.

Desde luego no era Will, que estaba acurrucado tras ella, con el brazo sobre su cadera.

Dana reconoció súbitamente el sonido. ¡Era el timbre de la puerta! Miró el despertador. Las siete de la mañana. ¿Quién podría llamar a esa hora? No podía ser Rob, ella ya le había advertido que Callie no tenía que ir aquel día al colegio…

Salió de la cama y se asomó a la ventana. El coche de Rob estaba aparcado en la acera. Podía ver a Callie en el asiento trasero y a Gloria en el de delante.

Magnífico. Aquel era el momento ideal para una reunión familiar.

Se volvió, intentando dominar el pánico. Will alzó la cabeza y le sonrió.

—Eh, pequeña, ¿has dormido bien?

—Rob está aquí —contestó ella entre dientes.

Will se puso de espaldas, con las manos detrás de la cabeza.

—¿En serio? ¿Y crees que deberíamos invitarlo a venir aquí?

Dana se acercó a la cama y lo tapó con las sábanas hasta la barbilla.

—Quédate aquí, yo me desharé de él. No tiene porqué enterarse de que has pasado la noche conmigo.

—Buena idea, pero recuerda que tengo la camioneta aparcada delante de su casa.

—Le diré que se te estropeó cuando viniste a dejarme.

—¿Y por qué no le dices que ya eres mayor y que esto no es asunto suyo?

—Porque lo convertirá en asunto suyo, de eso puedes estar seguro.

—Yo hablaré con él.

—¿Es qué te has vuelto loco?

—Probablemente, pero no voy a dejar que te enfrentes a esto sola.

—No, por favor, quédate aquí hasta que se haya ido.

—De acuerdo, si eso es lo que quieres. Pero estaré escuchando, por si necesitas refuerzos.

El timbre de la puerta volvió a sonar. Dana se puso la bata,

considerando mientras lo hacía la posibilidad de vestirse. Pero cuanto más rápido atendiera a Rob, antes se iría él.

El corazón le latía al ritmo de sus pasos mientras recorría el pasillo. Y le dio un vuelco al oír que se abría la puerta.

Dios, Rob había encontrado la llave de reserva. Debería buscar un lugar mejor para esconderla. Asomó la cabeza por el salón y vio a Rob sentado en su sillón favorito. Se puso furiosa. Aquel hombre era increíble, creía que podía aparecer por allí cuando le apeteciera y esperar que lo recibiera.

Dana enderezó los hombros y entró dispuesta a enfrentarse a él.

—Bueno, Rob, ¿a qué se ha debido este brusco despertar?

Rob no se molestó en levantarse.

—No sé si te acuerdas de que Gloria y yo queríamos llevar a Callie a ver su nuevo colegio. Pensábamos salir dentro de dos horas.

Dana sintió que le corazón se le subía a la garganta.

—No me lo habías dicho.

—Claro que sí, pero es obvio que tenías «otras» cosas en las que pensar —la recorrió de arriba abajo con la mirada, como si pudiera ver los efectos que las caricias de Will habían dejado en su cuerpo —. Hazle las maletas. Nos iremos dentro de veinte minutos.

Dana estaba tan furiosa que sentía que iba a empezar a salirle vapor por las orejas en cualquier momento.

—No, no te la vas a llevar. Yo no estoy de acuerdo en que Callie se vaya.

—¿Todavía seguimos con esa discusión? Es inútil, Dana, sobre todo después de lo que he visto esta mañana. ¿Ese vaquero todavía está en tu cama, o le has hecho marcharse por el garaje para que yo no lo viera?

—Todavía estoy aquí.

Dana se sobresaltó al oír la voz de Will. Este se acercó a ella y

posó las manos en sus hombros.

Rob por fin se levantó, pero por su expresión, Dana comprendió que no lo hacía por educación.

—Y dime, Baker, ¿qué te ha parecido mi antigua cama? Seguro que mejor que el asiento trasero de tu camioneta.

—Eres un hijo de…

Dana agarró a Will del brazo.

—¿Es que no podemos arreglar esto de forma civilizada?

—Si quieres evitar una escena, haz las maletas de Callie, Dana.

En ese momento se abrió la puerta principal y entraron Callie y Gloria.

—Callie quería despedirse de Dana —dijo Gloria, tímidamente.

Callie abandonó inmediatamente a Gloria y corrió hacia su madre. Al ver la expresión de temor de la niña, Dana se puso inmediatamente en acción.

—Callie no se va a mover de aquí.

—Claro que sí.

—No dejaré que te la lleves.

Gloria caminó hacia Dana, con la mano apoyada en su abultado vientre.

—Rob no te la quiere quitar, Dana. Podrás verla en verano.

—¡Cállate, Gloria! —le espetó Rob—. Este asunto es entre Dana y yo.

Gloria se retorcía las manos, nerviosa.

—No me voy a callar, Rob. Callie también es hija de Dana.

Dana miró a Gloria con incredulidad. Era evidente que la había

infravalorado.

—Gracias, Gloria. Como estás a punto de ser madre, supongo que debes saber exactamente lo que siento. Estoy segura de que no te gustaría que Rob alejara a tu hijo de tu lado.

—No, claro que no.

—Te he dicho que te mantengas al margen de esto, Gloria —gruñó Robert—. Esto es diferente. No estamos hablando de una niña normal.

—¿Y cómo sabemos que nuestro hijo no va a tener problemas? —replicó Gloria, fulminando a su marido con la mirada—. ¿Te desharías de él si los tuviera?

—Esa no es la cuestión. La cuestión es… bueno, Callie tiene ciertas necesidades.

—Lo que Callie necesita es decirte personalmente lo que quiere —intervino Will. Pasó por delante de Rob y se arrodilló al lado de la niña.

—Díselo, cariño. Dile a tu papá lo que quieres hacer. ¿Quieres ir a un colegio que está lejos de casa o prefieres quedarte aquí con tu mamá? —Callie comenzó a hacer signos, pero Will le agarró las manos—. No, Callie, esta vez no. Diles a tus padres lo que quieres hacer de forma que puedan entenderte.

Callie alzó entonces la barbilla y bajó las manos.

—Yo… quiero… quedarme… con mamá. Y quiero… montar a caballo.

Dana se llevó las manos a la boca mientras las lágrimas escapaban de sus ojos. Callie había hablado. Años después que la mayoría de los niños, pero había hablado.

Recordó entonces las palabras de Sophia: Callie hablaría cuando se sintiera libre para hacerlo, le había pronosticado.

Miró a Will. Este sonrió con orgullo y abrazó a la niña. Aquel extraordinario acontecimiento había sido cosa suya, pensó Dana. Will le había dado a Callie el valor para hablar. Y lo más

importante, le había enseñado el valor de la libertad.

—Oh, cariño —gritó Dana, abrazando a Callie con fuerza—. Es tan hermoso oírte hablar… tan hermoso.

Callie sonrió resplandeciente y le dijo a su madre:

—Te quiero… mamá.

Dana buscó a Rob con la mirada, esperando encontrar en su rostro el mismo orgullo que albergaba ella en el corazón. Pero no lo vio. Al contrario, Rob parecía disgustado.

—Eso demuestra quién tiene razón —dijo, señalando a Callie—. En el colegio la han enseñado a hablar en contra de mis deseos.

Dana se levantó lentamente. ¿Cómo había podido querer alguna vez a aquel hombre?

—Suena maravillosamente bien.

—Suena re… —Rob se frotó la cara y desvió la mirada—. No suena normal.

Will dio un paso adelante. Apretó la barbilla y habló en voz baja y controlada.

—Tienes dos segundos para irte de aquí. En caso contrario tendrás que gastarte una fortuna para conseguir que te saquen la nariz del cráneo.

—¿Eso es una amenaza? —graznó Rob.

—Es una promesa, Landry.

Rob se acercó entonces a Gloria.

—Nos vamos —volvió la cabeza hacia Dana—. Pero volveré, y acudiré a los tribunales si tengo que hacerlo.

—Solo así podrás apartar a esta niña de mi lado.

Rob dio media vuelta y se marchó dando un portazo, sin acordarse siquiera de su esposa.

Gloria se acercó a Callie y se agachó para darle un beso en la mejilla. Después le comentó a Dana:

—Intentaré convencerlo de que es mejor que la niña se quede.

Dana le tomó la mano y sonrió.

—Gracias. Aunque te compadezco. Rob puede llegar a ser muy cabezota.

—Tengo armas secretas para ponerlo de mi lado.

—¿Ah, sí?

Gloria le guiñó el ojo.

—Lo amenazo con enviarlo a casa de su madre.

Gloria y Dana rieron a carcajadas mientras la primera se acercaba a la puerta. Y Dana rió todavía más cuando vio a Rob con los brazos cruzados y un ceño tan profundo que podría plantarse un roble en su frente. Antes de marcharse, Gloria se volvió:

—Ah, y por cierto, si tú y Will os casáis, es posible que se retracte.

Dana se sonrojó violentamente.

—Estoy no tiene nada que ver con Will, Gloria. La cuestión es Callie.

Gloria suspiró.

—Quizá, pero no vendría mal —añadió antes de alejarse precipitadamente.

Cuando cerró la puerta, Dana descubrió a Will esperando en el vestíbulo, con el sombrero en la mano.

—¿Dónde está Callie?

—Desayunando. Acabo de prepararle un tazón de cereales.

—¿Crees que se ha tomado bien todo esto?

—Por ahora así.

Dana tenía muchas preguntas que hacerle. Y decidió empezar por la más importante.

—¿Tú sabías que podía hablar, verdad?

—Sí, lo sabía.

—¿Desde cuando?

—Desde la primera vez que vine a cenar. Me hizo prometer no decírselo a nadie. También estuve trabajando algo con ella durante las clases, cuando tú no estabas. Queríamos darte una sorpresa.

—Y mantuviste tu promesa aunque eras consciente de que yo tenía derecho a saberlo.

Will suspiró.

—Fue una decisión difícil, Dana, pero le había dado mi palabra. Y sabía que Callie hablaría cuando se sintiera libre para hacerlo.

—Eso es exactamente lo que me dijo tu madre —se puso frente a él y acarició las pequeñas arrugas que enmarcaban su boca—. Esto es importante para ti, ¿verdad?

—Mantener mi palabra.

—Sí, y también vivir como quieres. Tu libertad.

—Sí lo es.

Dana comprendió entonces que, cuando llegara el momento, no podría hacer otra cosa que dejar que se marchara. Y también sabía que aquel momento llegaría antes de lo que ella esperaba.

Capítulo 10

El viernes siguiente, Will cargó algunos arreos más en el remolque. Había pasado los dos días anteriores transportando a los caballos hasta unos establos situados cerca de la casa de sus padres. A esas alturas, la mayoría de su posesiones estaban ya empaquetadas y en la camioneta y él dispuesto a empezar un nuevo viaje.

Era la primera vez que sentía que dejaba tras de sí algo verdaderamente importante. Pero ya era demasiado tarde para dar marcha atrás. Había tomado una decisión y tendría que llevarla adelante.

Will oyó arrastrarse unos pies y distinguió el casquete de terciopelo negro de Callie en una esquina del remolque. La niña rió y corrió hacia él. Will la levantó en brazos, la colocó al volante de la camioneta y miró hacia la carretera. Obviamente, su padre la había dejado allí y se había marchado.

—¿Cómo te ha ido vaquera?

—Muy bien —contestó la niña, pero su voz sonaba triste.

—¿Dónde está tu mamá?

—Con papá. Gloria ha tenido el bebé. Una niña.

—Qué bien… Así que ahora tienes una hermanita.

—Se llama… —deletreó el nombre de «Priscilla» y arrugó la nariz con desagrado.

—¿No te gusta el nombre o la niña?

—El bebé está bien. El nombre es… tonto —su sonrisa se desvaneció al mirar hacia la puerta del remolque—: ¿Te vas a alguna parte?

—Sí, tengo que ir a casa para cuidar de Ben y de Sophia.

—Llévame. Y lleva a mamá.

—No puedo, Callie. Tu madre tiene que quedarse aquí, para poder trabajar. No le gustaría vivir en el campo, sin tiendas bonitas a las que ir, sin teatros, sin cines. No sería feliz.

—Ahora no es feliz —respondió Callie, hablando nuevamente—. Tiene náuseas.

—¿Qué quieres decir con eso de que tiene náuseas? —preguntó Will, preocupado.

Callie se metió los dedos en la boca e hizo un sonido gutural.

—¿Está muy mal? —preguntó Will, cada vez más inquieto.

—Llora. No trabaja. Creo que está enferma porque papá quiere llevarme a un colegio que está muy lejos.

Will se sintió golpeado por un intenso sentimiento de culpa. Había esperado hasta el último momento para despedirse. Debería haberlo hecho de otra forma, acercándose a ver a Dana y enfrentándose a ella como un hombre. Todavía estaba a tiempo. Podía ir en ese momento y ver lo que le ocurría.

No podía soportar la idea de que Dana estuviera enferma sin tener a nadie que se ocupara de ella. ¿Pero qué esperaba que sucediera cuando él se marchara?

Esperaba que Dana encontrara a otro hombre. Pero, por alguna razón, aquel pensamiento hizo que le hirviera la sangre. No podía imaginarse a Dana con otro hombre. A Dana besando a alguien que no fuera él. Haciendo el amor con otro.

No. Tenía que ir a ver si estaba bien. Aunque ello significara posponer el viaje. Posó la mano en el hombro de Callie.

—Voy a decirle a Marge que se encargue de darte la clase e iré a ver cómo está tu madre.

Cerró el remolque con llave. Cuando Callie le palmeó el hombro, miró hacia ella y vio la esperanza brillando en el interior de sus ojos.

—¿Te vas a quedar? —le preguntó la niña por señas.

—Les prometí a mis padres que volvería a casa.

—Llévanos contigo, por favor —dijo con intensidad.

Will miró aquellos ojos cargados de confianza y se preguntó por qué Dios le habría enviado a aquella niña que lo miraba como si fuera él el mismísimo creador de las estrellas, cuando la verdad era que no se merecía su adoración. Como tampoco se merecía el amor de Dana. Pero en ese momento se dio cuenta de que no podía huir en desbandada de ninguna de ellas.

El primer día de trabajo de Dana después de las vacaciones había sido infernal. El estómago le daba vueltas y la cabeza le latía cada vez que la movía. Se había llevado algunos documentos a casa para trabajar en ellos, pero no podía concentrarse.

Cuando oyó el timbre de la puerta, gimió. No estaba en condiciones de recibir visitas. Caminó hacia la puerta. Al abrirla y ver a un hombre uniformado frente a ella, el corazón se le paralizó: algo le había ocurrido a Callie, pensó.

—¿Es usted Dana Landry? —preguntó el hombre.

—Sí, ¿ha ocurrido algo malo?

El hombre le tendió un sobre.

—Traigo esto para usted —se lo entregó, giró sobre sus talones y se marchó.

Dana permaneció en la puerta durante algunos segundos, completamente asombrada. Después, abrió el sobre y leyó la primera hoja. Se trataba de una citación judicial, pero su cerebro no era capaz de descifrar el galimatías que habían escrito en la primera página. Miró en la siguiente, y comprendió exactamente lo que decía aquel documento.

Rob pretendía disputarle la custodia de Callie.

Dana se deslizó lentamente hasta el suelo. Un torrente de lágrimas comenzó a brotar de sus ojos. Se llevó las manos a la cabeza, ¿hasta qué punto estaba dispuesto Rob a destrozarle la vida

en su afán de venganza?

Oyó pasos y vio frente a ella la punta de una bota. Alzó la mirada y descubrió a Will, mirándola preocupado. Este cerró la puerta, se sentó a su lado en el suelo y le pasó el brazo por los hombros.

—¿Qué ocurre, Dana? —preguntó.

—Esto.

Will tomó los documentos y leyó los papeles.

—Que se vaya al infierno.

Dana se levantó lentamente y Will la imitó.

—Debería haberme imaginado que era capaz de hacer algo así.

—¿Y qué piensas hacer?

—Llamar a mi abogado. Luchar contra Rob. Aunque soy consciente de que tengo todas las de perder.

—Eres su madre, Dana. Ningún juez la apartará de tu lado.

—Sí, según Rob, una madre con la moral de una prostituta.

—Los dos sabemos que eso no es cierto.

—¿Pero lo sabrá el juez?

La energía comenzaba a abandonarla y la cabeza a darle vueltas. Cuando comenzaron a doblársele las rodillas, Will acudió en su ayuda y la sostuvo.

—Vamos al estudio, necesitas sentarte.

Lo que Dana necesitaba era meterse en la cama y quedarse allí hasta que aquella pesadilla hubiera terminado. Pero sabía que tenía que enfrentarse a la realidad.

Will la condujo al sofá y se sentó a su lado, pasándole el brazo por los hombros para ofrecerle el consuelo que tanto necesitaba.

Dana se secó los restos de las lágrimas y se acordó entonces de su hija.

—¿Por qué no estás con Callie? ¿Rob no la ha llevado a clase?

—Sí, la ha llevado. Marge se ha quedado con ella para que pudiera venir a verte. Tenía algunas cosas que decirte, pero no creo que este sea el mejor momento para hacerlo.

Dana hizo un gesto de frustración.

—Adelante. Nada de lo que me digas puede ser peor que las noticias que acabo de recibir.

Will retiró el brazo de sus hombros y se inclinó hacia delante.

—He hablado con Callie antes de venir. Me ha dicho que estás enferma.

—Estoy bien —mintió.

—Estaba preocupado por ti.

—Podré superar todo esto. No es la primera vez que tengo que enfrentarme a Rob.

—Me gustaría poder hacer algo por ti. Cualquier cosa.

Dana podría haberle pedido que se quedara a su lado. Haberle dicho que lo necesitaba más que nunca. Pero no quería necesitarlo. Aquella batalla era exclusivamente suya, y podría librarla ella sola.

—No puedes hacer nada.

—Ya me lo imagino.

Dana se pasó la mano por la mejilla, humedecida por las lágrimas y preguntó:

—¿Qué querías decirme?

—No era nada importante.

Pero Dana sabía que estaba intentando evitar lo inevitable.

—Nos dejas, ¿verdad? —le preguntó, tomándole la mano.

—Vuelvo a casa, Dana. Mis padres ya no son jóvenes. Necesito estar cerca de ellos cuando me necesiten. Además, si continúo a tu lado, solo serviría para darle a Rob más excusas para intentar quitarte a Callie.

Dana miró sus manos unidas. Pensó en cómo la había amado Rob con aquellas manos, en lo especial que le había hecho sentirse, o miró, grabando en su memoria cada uno de los detalles de su rostro. Intentó contener sus emociones. Encontrar fuerza para hablar. Para retirarse con gracia.

Tomó aire.

—Te deseo suerte, Will. Y espero que encuentres lo que estás buscando. Y en caso de que no lo hagas, yo siempre estaré aquí. Siempre te amaré.

Will la abrazó y la sostuvo con fuerza entre sus brazos. Los segundos pasaban uno a uno, cayendo con la misma cadencia que las lágrimas de Dana. Al cabo de un rato, la soltó y le dio un beso en la mejilla.

—Marge podrá ocuparse ahora de Callie, así que procura que vaya a clase el jueves. Así podré despedirme de ella.

Una vez en el vestíbulo, buscó sus labios para darle un último beso.

—Cuídate. Tenme al corriente de cómo van las cosas con Callie. Y si necesitas un amigo, alguien con quién hablar, llámame a casa de mis padres. Le dejaré el número a Marge.

—Lo haré —contestó Dana, aunque sabía que no lo haría. Si continuaban manteniéndose en contacto, jamás superaría aquella separación.

Comenzaba a volverse cuando Will la detuvo.

—No te vayas todavía, Dana. Espera un minuto. Y por favor, no llores. Quiero recordarte siempre con una sonrisa.

¿Cómo podía pedirle una cosa así cuando estaba a punto de morir de tristeza? Pero Dana hizo un último esfuerzo y llevó sus pensamientos hasta los buenos momentos. Y cuando vio la boca de Will curvándose en aquella sonrisa infantil, no pudo evitar sonreír ella también.

—Eres alguien muy especial, Dana Landry —y se llevó la mano al sombrero, como había hecho el día que se habían conocido.

Después de cerrar la puerta tras él, Dana corrió a la ventana para verlo marcharse.

Will caminó con paso firme hacia la camioneta. Después, sin volverse, alzó la mano. Dana pensó que debía saber que lo estaba observando y quería despedirse de ella. Un sollozo escapó de su garganta cuando lo vio doblar los dedos anular y corazón y deletrear su nombre.

Con aquel gesto le estaba diciendo mucho más que lo que ella siempre había deseado oírle decir: «te amo, Dana».

—Bueno, Willy, ¿ya lo tienes todo preparado?

Will se volvió y vio a Marge en el marco de la puerta, pero continuó amontonando sus últimas pertenencias, ignorando su escrutinio.

—Sí, estaba terminando de recoger unas cosas y después me iré.

—No pareces muy contento.

—Me asusta un poco el viaje, eso es todo.

—¿Estás seguro de que eso es todo?

Aquello era lo último que le hacía falta: el interrogatorio final de Marge. Lo que él necesitaba era marcharse de allí antes de cambiar de opinión. Durante los últimos días, solo había sido capaz de pensar en Dana. Dios, la echaba de menos. Incluso había pensado en ir a verla más de una vez. Pero habría sido una estupidez. Después de haberse despedido de Callie aquella tarde, necesitaba romper las ataduras. Estaba convencido de que aquello era lo mejor

para los tres. Aunque su corazón se negara a admitirlo.

Agarró sus cosas, pasó por delante de Marge y se dirigió hacia el remolque. Marge lo siguió.

—Entonces, ¿entre tú y Dana Landry al final la cosa no ha funcionado?

—No.

—¿Se daba demasiados humos contigo?

—Diablos, no. Es la mujer más maravillosa que he conocido nunca. Y tiene una hija magnífica. Y era más feliz que nunca estando a su lado. ¿Responde eso a tu pregunta?

Marge arrancó una brizna de hierba y comenzó a mordisquearla.

—Y si es tan buena, ¿por qué la dejas?

Will miró hacia el cielo. Podía sentir la mirada de Marge sobre él. Y sabía que la única manera de detener sus preguntas era contestar la verdad.

—Su ex marido está amenazando con quitarle la custodia de la niña. No le gusta que un pobre vaquero esté saliendo con su ex esposa y pueda ser una mal influencia para su hija. Diablos, probablemente crea que estoy enseñando a Callie a mascar tabaco.

—¿Entonces él cree que has estado viviendo con Dana?

—Bueno, él, nos descubrió en su casa…

Marge se echó a reír.

—¿Así que Will Baker fue atrapado con los pantalones bajados y el corazón abierto y es demasiado testarudo para darse cuenta de lo que tiene que hacer ahora?

—¿Qué se supone que significa eso?

—Significa que solo puedes hacer una cosa: casarte.

—¿Perdón?

—Cásate con ella. Es evidente que estás en…

—No, no lo digas.

—Estás enamorado de ella, ¿verdad?

—Sí, lo estoy —pero confesárselo a Marge le hacía sentirlo como algo demasiado real. Y demasiado aterrador al mismo tiempo.

—Entonces dile que la amas. Haz las cosas bien y cásate con ella.

Ojala pudiera, pensó Will.

—No conoces toda la historia.

—De momento sé que eres demasiado orgulloso.

—Esto no tiene nada que ver con el orgullo. Tiene que ver con la sordera de mi padre y con el hecho de que si tengo un hijo, este puede nacer sordo. Así que no puedo pedirle a Dana que se case conmigo. Le estaría quitando la posibilidad de tener más hijos. De tener hijos normales.

—De acuerdo, déjame ver si lo entiendo. ¿Ella te quiere?

—Dice que sí. Y yo lo sé.

Marge sacudió la cabeza y suspiró.

—¿Alguna vez le has preguntado a ella lo que quiere, Will? Supongo que le habrás contado tus problemas, ¿pero le has dejado decidir? Quizá a ella no le importe aceptar el hecho de que no quieras tener hijos. ¿Te has parado alguna vez a pensar que podría darse por satisfecha siendo madre de Callie y estando a tu lado?

No, no se había parado a pensarlo. Había dado por supuesto que en el futuro Dana se resentiría por no haber podido tener hijos.

Quizá Marge tuviera razón. Quizá debería darle a Dana la posibilidad de elegir. Sus padres aprobarían su elección. Y a Sophia le encantaría organizar la boda e invitar a todo el condado. Vivirían en casa de sus padres hasta que hubieran terminado la suya. Y le

enseñaría a Callie a… Su cerebro se detuvo bruscamente. Aquellos solo eran sueños inútiles.

Cerró la puerta del remolque, giró sobre sus talones y se dirigió hacia la camioneta. Abrió la puerta. Las risas de Marge lo detuvieron cuando estaba a punto de entrar. La miró por encima del hombro.

—¿Qué es lo que te parece tan gracioso?

—Tú. Nunca te había visto moverte tan rápido.

—Me voy de viaje, Marge.

Marge dio un golpe en el capó de la camioneta.

—Mientras viajas, piensa en lo que te he dicho. Ya es hora de que empieces a utilizar tu cabeza para algo más que para llevar un sombrero.

Mientras se alejaba de allí en la camioneta, Will recordó las palabras de su madre: «si pretendes huir de algo y encontrar paz aquí, no funcionará».

Estaba a medio camino cuando pisó a fondo los frenos; los neumáticos de la camioneta se detuvieron en seco, escupiendo grava en todas direcciones. Will dio un golpe al volante y soltó una maldición.

Maldito fuera, estaba huyendo otra vez. Huyendo de Dana. Huyendo de su única oportunidad de ser feliz. Por mucho que odiara admitirlo, Marge tenía razón.

Ya era hora de detenerse. Tenía que darles una oportunidad a sus sentimientos. Necesitaba a Dana y Dana lo necesitaba a él.

¿Qué estaba haciendo Will allí?

Al oír el timbre de la puerta, a Dana le preocupó tener que enfrentarse a una nueva aparición de Rob. Aquella mañana le había llamado su abogado para decirle que había enviado un escrito de respuesta a la petición de Rob. Probablemente este ya era consciente de que no iba aceptar sin protestar que apartara a su hija

de su lado. De modo que, de alguna manera, esperaba una de sus visitas.

Pero era Will y no Rob el que permanecía al otro lado del vestíbulo, sombrero en mano.

Dana abrió la puerta de par en par.

—¿No se suponía que te ibas hoy?

—Necesitaba verte.

—No tengo mucho tiempo. Tengo que ir a buscar a Callie al colegio dentro de unos minutos.

—Tengo algo que decirte.

—Creo que ya nos dijimos adiós.

—Lo sé, pero tengo que decirte algo más. No tengo que entrar si no quieres, podemos hablar en el porche.

Dana salió al porche, pensando que probablemente fuera el lugar más seguro para ambos.

—¿Qué es lo que querías decirme?

—Quiero que tú y Callie vengáis conmigo a casa de mis padres.

Dana esperaba que le preguntara por el pleito con Rob, o que quisiera saber cómo se encontraba Callie. Pero ni por lo más remoto podía imaginar que le pediría que se fuera con él.

—¿Por qué ibas a querer algo así?

—Porque no puedo vivir sin ti.

En el interior de Dana se desataban sentimientos contradictorios. No estaba segura de los motivos de Will. Y tampoco sabía si debía creerle.

—Estás diciendo todo esto porque te sientes culpable de que Rob se enterara de lo nuestro.

Will posó las manos en los hombros de Dana. Ella se tensó. Will la soltó y retrocedió un paso.

—He venido aquí para decirte algo que debería haberte dicho hace mucho tiempo —le tomó las manos y la miró con una intensidad que Dana no había visto nunca en sus ojos—. Quiero ofreceros una vida hermosa a ti y a Callie. Podemos irnos los tres a mi casa y mi madre le enseñará a hablar. Hay un buen colegio para sordos en Austin. Y así podrás alejarte de Bob.

—Espera un momento…

—No quiero esperar. Déjame terminar antes de que me acobarde —suspiró—. Durante años he estado esperando encontrar a alguien como tú. Una persona con la que fundar un hogar. Hasta ahora, ni siquiera me había dado cuenta de que era eso lo que estaba buscando. Y, sin embargo, ahora sé que nunca podré encontrar a nadie como tú. Así que cásate conmigo y lucharemos juntos contra Rob… Diablos, haremos todo lo que esté en nuestras manos para mantener a Callie con nosotros. Y quiero estar a tu lado. Durante cincuenta años más por lo menos.

Las lágrimas inundaban los ojos de Dana mientras ella intentaba comprender a fondo lo que le estaba diciendo. Quería creerlo. Pero todavía tenía sus dudas.

—¿Por qué ahora?

—Marge me ha hecho darme cuenta de que lo que hemos compartido ha sido algo especial. Ella me dijo que debería darte una oportunidad para decidir.

—¿Y que me dices de los niños? ¿Querrías que tuviéramos un hijo?

Will dio media vuelta. Dana lo miraba aterrada. Se estaba yendo. Estaba a punto de retractarse de su propuesta y de sus maravillosas palabras. Pero si ese era el caso, ella sabría como afrontarlo. Al final, Will la miró nuevamente. No sonreía, pero no había tristeza en su mirada.

—Para serte sincero, me aterroriza la idea de llegar a convertirme en padre. Pero como tú misma dijiste, la vida está llena de riesgos. Tener un hijo solo sería uno más. Pero estoy deseando

tenerlo, sobre todo con una mujer a la que amo más que a la propia vida.

Dana soltó el aire que había estado conteniendo. Alzó las manos e hizo los signos lo mejor que pudo, deseando enviarle a Will un mensaje que pudiera liberarlo de su miedo.

—Te amo, Will. Para siempre —le rodeó el cuello con los brazos y lo estrechó con fuerza contra ella.

Will se separó unos centímetros y la miró con más amor del que Dana habría creído posible poder ver nunca en una mirada.

—Ocurra lo que ocurra te amaré. Y querré también a nuestro hijo como quiero a Callie —la besó con ternura—. Como te quiero a ti.

Dana pensó que el corazón le iba a estallar por el amor que sentía por él.

—Todavía no has contestado a mi pregunta —dijo Will después de un sentido beso.

—¿Cuál era?

Will se arrodilló delante de ella.

—Esto sí que es duro…

—Solo tienes que decirlo.

—No me refiero a lo que tengo que decir, sino al suelo.

Dana soltó una carcajada.

—Entonces date prisa.

Will alzó la mirada hacia ella y utilizó las manos para preguntarle:

—Dana Landry, ¿quieres casarte conmigo?

Dana le tomó las manos para hacerle levantarse.

—Sí.

Will la encerró en un fuerte abrazo y la besó con toda la fuerza de su amor. Y en cuanto se separaron le dijo:

—Creo que deberíamos ir a decírselo a Callie.

A Dana le temblaban las manos, imprimiendo un continuo movimiento al ramo de rosas rojas que llevaba entre las manos. La música se filtraba en el vestíbulo de la iglesia mientras Sophia atusaba el traje de novia que ella misma había confeccionado.

—Siento que tus padres no puedan estar hoy con nosotros, estás adorable.

Dana había llorado en más de una ocasión por ello. A su madre y a su padre les habría encantado conocer a Will. Y le gustaba pensar que en ese momento la estaban viendo desde el cielo, dándole su silenciosa bendición.

Dana le tomó la mano a Sophia.

—Estáis tú y Ben y eso es lo único que importa. Siempre y cuando no te importe tener que sustituirlos.

Sophia le dio un beso en la mejilla.

—Me siento honrada. Ahora tendré una hija y muy pronto otro nieto —palmeó el vientre de Dana—. Y esta vez será un niño.

—Pero Sophia, yo no…

—Lo estarás. Pronto.

Si Sophia lo decía, no podía menos que creerla. Estaba segura de que algún día tendría un hijo de Will. Y no le importaba que no fuera perfecto. La perfección estaba en la mirada del observador.

Y la prueba viviente de sus palabras estaba en ese momento en una esquina, girando con una cesta llena de pétalos de rosa. Una guirnalda de pequeñas flores entrelazadas con delicado satén rodeaba su cabeza. Su vestido, otra creación de Sophia, estaba adornado con diminutos capullos de rosa. Parecía una princesa.

El volumen de la música subió, señalando que estaba a punto de comenzar la ceremonia. A Dana le latía violentamente el corazón. Miró a Callie, que continuaba girando con los ojos cerrados como si fuera la bailarina de una caja de música, ajena a todo lo que la rodeaba, y después a Sophia.

—¿Qué está haciendo? —le preguntó.

—Está bailando la danza del silencio, por supuesto. La música que siente, pero no puede oír. Para ella, la música que imagina es completamente real.

Con los ojos llenos de lágrimas, Dana se acercó a su hija y le tocó el hombro para llamar su atención.

—Vamos, cariño, ya es hora de entrar.

—De acuerdo, mamá.

El sonido de la voz de su hija nunca dejaría de conmover a Dana.

—Estupendo. Te ha llegado el momento de lucirte, princesa.

Callie se encogió de hombros, se acercó a la puerta y comenzó a caminar por el pasillo.

Sophia dio un último retoque al vestido de Dana y sonrió.

Dana tomó aire y miró por encima del hombro.

Cuando asintió, Ben se acercó lentamente hasta ella y la tomó del brazo. Sophia le dio un beso en la mejilla y siguió a Callie por el pasillo.

Los primeros bancos de la iglesia estaban ocupados por personas a las que Dana no conocía, pero todos la miraban con adoración.

Will la esperaba frente al altar. Jamás lo había visto Dana tan atractivo. Llevaba un traje negro y una camisa blanca. Solo sus botas, perfectamente abrillantadas, recordaban su condición de vaquero. Su sonrisa era tan radiante que rivalizaba con el resplandor de las velas del altar.

Cuando llegó hasta él, Will le enmarcó el rostro con las manos, diciéndole sin necesidad de palabras lo hermosa que la encontraba. Ben se apartó a un lado y el ministro comenzó la ceremonia, utilizando las manos y la voz para hablar.

Cuando llegó el momento en el que Dana y Will tenían que pronunciar sus votos, ella le entregó su ramo de flores a Sophia. Will le tomó las manos. Su voz no temblaba lo más mínimo mientras la miraba y decía sus votos. Cuando le tocó hacerlo a Dana, esta apartó las manos. Will la miró confundido, ella le contestó con una sonrisa y comenzó a hablar al tiempo que movía las manos, formando los signos que Sophia le había enseñado.

Para cuando terminó, una solitaria lágrima descendía por la mejilla de Will. Una señal de lo mucho que apreciaba su regalo.

—Que lo que Dios ha unido, no lo separen los hombres —proclamó el ministro—. Y ahora, puedes besar a la novia.

Will abrazó a Dana y la besó con todo el amor que albergaba su corazón. Cuando se separaron, tomó a Callie en brazos, se volvió hacia la congregación y caminó con Dana hasta el vestíbulo.

Una vez allí, dejó a la niña en el suelo y se volvió hacia su esposa.

—¿Sabes lo mucho que ha significado para mí lo que has hecho?

Dana sonrió.

—Tanto como tú para mí. Y supongo que si voy a ser parte de esta familia, cuanto antes aprenda a hablar con las manos, mejor.

—¿Quién te ha enseñado a hacerlo?

—Tu madre, por supuesto.

—Por supuesto, y lo ha mantenido en secreto.

—Me dio su palabra de que no se lo diría a nadie. En eso se parece a su hijo.

—Pero a partir de ahora no habrá más secretos entre nosotros.

—No más secretos. Y ahora, te contaré algo que he estado deseando decirte durante todo el día. Es algo que tiene que ver con Rob. Al parecer Gloria lo ha convencido de que no siga adelante con el juicio.

Will sintió que se le quitaba un peso enorme de encima.

—Bien por Gloria. Le debemos una.

—Sí, se la debemos. Pero todavía nos queda un largo camino por delante. Tendremos que tratar con Rob durante otros diez años por lo menos.

—Lo haremos juntos.

Y Will sabía en el fondo de su alma que todo saldría bien. Nada podría enturbiar su felicidad.

Y en lo que a sus futuros hijos concernía, aunque nacieran en un mundo de silencio, serían hijos deseados y amados. Como su madre le había dicho, con el amor todo podía superarse.

Por fin había comprendido la verdad que encerraban aquellas palabras.

Fin